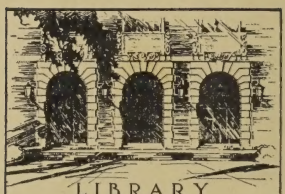
869.23
G58f



LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

869.23
G58f

CVI.
55.

FLORES DE PENITENCIA

E. GÓMEZ CARRILLO

FLORES DE PENITENCIA

RENACIMIENTO
San Marcos, 42
MADRID

ES PROPIEDAD
COPYRIGHT, 1925
BY E. GÓMEZ CARRILLO

Imprenta Latina - Rodríguez San Pedro, 19 - Tel. 11-26 J.

869.23
G58f

INTRODUCCION

Apenas

ESDE que, a mi regreso de Tierra Santa, comenzaron a interesarme los estudios religiosos, el fantasma del Indice Romano me persigue por todas partes. En América, los obispos me excomulgan, mientras en España los cardenales me declaran públicamente hereje. Y en vano me esfuerzo por hacer comprender a los unos y a los otros que la idea de ofender a Jesús no ha germinado, ni puede germinar, en mi espíritu de buen cristiano. Por ardientes y fervientes que sean mis evocaciones, el Anatema se alza siempre en mi camino. Hablando de mis escritos en general, el canónigo Magistral de Toledo, que es una de las más respetables autoridades dogmáticas en nuestra lengua, decía en un artículo publicado por casi todos los periódicos católicos de Madrid:

«Alma de poeta, que así es, sin duda, la suya, »fuera mejor empleada no derramando en sus »poemas (tal sus artículos parecen) espíritu de

»escepticismo, que tiene la triste virtud de matar »en el corazón las benditas flores de la creencia y »la esperanza; y si acaso se lo propuso y de paso »quiso halagar los poderosos de una raza que Dios »ha maldecido y maldecida ha de ser mientras no »hinque la rodilla ante su víctima, fuera noble de»cirlo.

»Recibiría así más efusivos y cálidos los aplau»sos del mundo anticristiano, y nada tendría el »mundo de la fe, sino dejar paso franco al señor »Gómez Carrillo en la procesión de sus numerosos »enemigos, que él contempla sereno erguirse de »momento y caer al instante derribados en el abis»mo histórico.»

Y concluía asegurando que lo que yo escribo es acreedor «a los tristes honores del Indice.»

Así, pues, poco a poco he tenido que acostumbrarme a la perspectiva de la condena pontificia. Después de todo, en mi misma situación se hallan muchos otros autores cuya alma es, sin embargo, austeramente evangélica. Porque, usando de rigores que sorprenden en épocas cual la nuestra, la congregación que siempre se llama inquisitorial, no deja escaparse de entre sus mallas ningún libro famoso que pueda parecer contrario a las leyes de la Iglesia. Los sacerdotes mismos, los más ilustres, los más admirables, los más sabios sacerdotes, caen a menudo bajo la férrea férula. El caso de monseñor Duchesne, miembro de la Academia Francesa y director de la Escuela de Roma, parece ha-

ber sido provocado diez años ha, con objeto de demostrar que nada nos defiende contra las santas iras del Vaticano, cuando se trata de mantener incólume el principio de caducas disciplinas. En efecto: en los momentos mismos en que todos esperaban ver al sabio historiador eclesiástico revestido de la púrpura cardenalicia, el decreto de su reprobación estalló cual una granada, «La Historia Antigua de la Iglesia—dice el Indice—queda prohibida.» Y de poco sirve que la obra haya sido examinada, antes de publicarse, por el Santo Oficio, y que en sus páginas figure el *imprimatur* y el *reimprimatur* de los inquisidores Lepidi y Cappetelli. Los prelados del Indice no se inclinan ante ninguno de los privilegios establecidos. Un libro puede muy bien tener todos los tradicionales permisos eclesiásticos y hacerse, sin embargo, prohibir. La historia de aquel *Año Cristiano* que llevaba como prólogo cuarenta bendiciones de obispos, y que fué reconocido herético por el Indice a causa de una errata de imprenta, se renueva a menudo. A monseñor Duchesne lo que se le achaca no son sino faltas de detalles sujetas a debate. El informe que provocó el decreto condenatorio, informe firmado por el cardenal de Lai, dice lo siguiente: «Las reticencias son en la Historia Antigua de la Iglesia estudiadas y contínuas, aun en materia de primera importância, como lo que se refiere a lo sobrenatural, y esto falsea y desfigura la verdad, representando a la Santa Madre Iglesia como casi

»despojada de sus tradiciones sobrenaturales, en »las cuales se funda, y sin las cuales no puede des»arrollarse. A esto se agrega el cuadro de los már»tires, de los que el autor no sólo disminuye el nú»mero, sino que a menudo los representa como ata»cados de fanatismo, desquiciando así el gran ar»gumento que el heroísmo sobrehumano presta a la »fe. Por el contrario, algunos persecutores del cris»tianismo son representados como hombres de ge»nio, obligados a las persecuciones por un gran ideal »político. Los mismos padres de la Iglesia, esos ver»daderos gigantes de la humanidad, salen de esta »historia disminuídos. Así, a menudo monseñor Du»chesne se complace en presentar las luchas épicas »de la fe contra la herejía como litigios provocados »por puntos de detalle mal comprendido, que hu»bieran podido fácilmente conciliarse. Por todo esto, »su lectura nos parece a nosotros soberanamente »peligrosa y hasta mortal, de tal modo, que debe »prohibirse en absoluto.»

Ahora bien; si se tiene en cuenta que la primera edición de la obra monumental del ilustre académico apareció hace cinco lustros, y que durante todo este tiempo los más severos críticos eclesiásticos la has estudiado minuciosamente, sin encontrar jamás en ella nada que no sea admirable desde el punto de vista de la más pura ortodoxia, tenemos que convenir en que el criterio de Roma, en punto a rigideces inquisitoriales, es imposible de preverse.

* * *

Es innegable que la suavidad y la tolerancia que León XIII había creído prudente introducir en todo lo relativo a la historia eclesiástica, ha desaparecido poco a poco. Hoy, un historiador como el doctor Luis Pastor, no sólo no lograría que Su Santidad escribiera una carta-prólogo para su *Historia de los Papas*, sino que ni siquiera podría obtener el *imprimatur*. La diferencia, empero, entre capítulos como los que el sabio alemán consagra a León X o a Alejandro Borgia, y los que monseñor Duchesne dedica a los padres de la Iglesia, es tan grande, que sólo se explica que unos sean aceptados y otros prohibidos por las fechas de su publicación. En 1886, cuando apareció la *Historia de los Papas*, los cardenales encargados de la dirección intelectual del Vaticano eran Jacobini, Hergenroether y Mertel, discípulos de León XIII. Hoy, los grandes inquisidores son los Vives y los Lai...

* * *

Uno de los puntos que más censuran en la Congregación del Indice, tal cual hoy funciona, los que estudian su organización, es la inverosimilitud de que los cardenales que la componen puedan enterarse de lo que se publica en todo el mundo. El Indice, según su último estatuto, no tiene por única misión condenar los libros que el clero de-

nuncia, sino que *está obligado a buscar las obras que se editan en todos los países católicos, para examinarlas y condenarlas o absolverlas.* Pues bien: si la estadística no miente, cada semana aparecen en Europa y América cerca de mil volúmenes. ¿Puede la Congregación leerlos, verlos siquiera? No. Y, naturalmente, esta imposibilidad de darse cuenta de todo lo que se escribe, condúcela a la injusticia de dejar muchísimos libros pecaminosos sin castigo, permitiendo así que los fieles estén expuestos a nutrirse de doctrinas malas por simple ignorancia.

En otro tiempo, cuando la producción era escasa, cuando los libros que se editaban tenían que obtener un *imprimatur* oficial, la policía ortodoxa resultaba relativamente fácil. La universidad de Lovaina, en 1546, pudo, sin gran trabajo, formar, para uso de Carlos Quinto, un catálogo de *todos los libros prohibidos hasta entonces y de todos los que debían prohibirse.* Hoy un catálogo igual resultaría una obra imposible de llevarse a cabo, no sólo por el número de bibliotecas que sería necsario consultar, sino por la vaguedad en el criterio inquisitorial, que ya no está compendiado en las reglas como antaño. La bula de Pío IV sobre el particular indica como obras que deben figurar en el Indice:

1.° Los libros poéticos de todos los tiempos que han sido ya condenados por los concilios o por los pontífices.

2.° Los nuevos libros heréticos que aún no han sido condenados.

3.° Las versiones de las Santas Escrituras hechas en lengua vulgar, a menos que el obispo lo permita.

4.° Los libros de controversia entre católicos y heréticos, salvo en casos en que el obispo lo permita.

5.° Los libros obscenos o inmorales, salvo los de autores de la antigüedad griega y latina, los cuales pueden ser leídos a causa de su belleza de forma, siempre y cuando el confesor lo permita.

6.° Los libros de magia y de astrología.

Aun en estos casos y en otros igualmente definidos, los papas del Renacimiento admitían que un libro condenado podía ser absuelto luego, si el autor se sometía a la autoridad eclesiástica corrigiendo los puntos que se le indicaban como pecaminosos.

En cambio, actualmente, una vez que una obra ha sido inscripta en el registro de las proscripciones, resulta poco menos que imposible obtener su absolución. El caso del sabio Bureau, autor de *La crisis moral de los tiempos actuales*, lo demuestra. Este teólogo, que desempeña una de las cátedras más importantes en el Instituto católico de París, fué llamado a comparecer ante un consejo de obispos que tenía el encargo de examinar su obra y de decidir si debía ser prohibida. Después de un larguísimo debate, los prelados pidieron al catedrático que suprimiese las páginas que en el curso del proceso habían sido reconocidas como peligrosas. «Lo haré»—contestó Bureau—. Y en seguida se puso al trabajo, hasta expurgar por completo de

todas las frases indicadas por los obispos su famosa *Crisis moral.* Dos sacerdotes nombrados para examinar la obra una vez corregida, declararon solemnemente que las enmiendas hechas bastaban para permitir que el libro fuese impreso de nuevo. El proceso se comunicó en el acto a Roma. Poco después *La crisis moral de los tiempos actuales,* era inscripta en el Indice como herética...

* * *

—Las novelas, sobre todo—dicen algunos influyentes prelados—, merecen ser vistas con desconfianza. Si pudiéramos, las prohibiríamos todas, sin distinción.

Si no todas, por lo menos muchas se prohiben. Y lo curioso es que, entre las que más fácilmente son apuntadas en el libro terrible, abundan las escritas con espíritu religioso por sacerdotes y las que ponen en escena a algún miembro del clero, Hace poco tiempo los católicos alemanes hicieron una manifestación ruidosa y justa en desagravio de un novelista lleno de fe y de respeto religioso, cuya mejor obra se veía amenazada de ser puesta en el Indice sólo porque uno de sus personajes encarna el tipo, frecuente en la vida, del religioso que se ve de vez en cuando atormentado por recuerdos de la vida anterior a la ordenación. «Los *Dos hombres,*

de Richard Voss—dice hablando de esta obra un profesor de Colonia—, es una novela admirable, que, lejos de merecer la censura, parece digna de que todo el clero la lea con cuidado.» «Es una de las obras más peligrosas»—contesta un discípulo de Veuillot en *El Universo*, de París. En realidad, sólo debe ser considerada como una historia real, que en nada puede hacer ni bien ni mal a la Iglesia. El protagonista es vástago de una noble familia del Tirol. Durante su adolescencia, enamórase de una niña que posee un castillo en la misma región donde él vive con su familia. En su entusiasmo puro, el joven llega a jurar a su novia que se casará con ella. Así, cuando el momento propicio se presenta, confía a su madre el secreto de su amor, y la dice que, si aquella unión no se realiza, será infeliz todo el resto de su vida. La buena señora, que quiere muchísimo a su hijo, desearía complacerlo autorizando su casamiento; pero una tradición familiar se opone a ello. En su linaje el menor ha sido siempre sacerdote, como el mayor ha sido militar, Imposible, pues... Y el joven se resigna: abandona a su novia, mata su casto amor en su alma, entra en el seminario, estudia, se ordena y se hace fraile. Su existencia es un dechado de virtudes. No hay religioso más puro, más humilde, más caritativo que él. Nadie se atreve a calumniarlo. «¡Es feliz!», piensan todos. Pero, ¡ay!, en su corazón la imagen de la novia abandonada vive siempre, y a veces entristece sus noches, reprochándole

amorosamente su abandono. Un día recibe una carta de su pueblo natal. «La pobre niña—le dicen—no ha podido soportar el abandono y ha muerto.» Entonces una paz absoluta invade el ánima del fraile, que puede acabar su vida santamente, después de haber asesinado su propio amor,

¿Tiene algo de pecaminosa esta novela? «Tiene la pintura de las tentaciones antes de la muerte de la novia»—dice Roma. Pero en tal caso no hay vida de santo que no esté expuesta a caer en el infierno del Indice. ¿Qué son, en efecto, las tristezas castas, las nostalgias involuntarias del héroe de la novela alemana, si se comparan con las visiones demoníacas que atormentan en la soledad de la Tebaida o en los desiertos de Judea, a los cenobitas más sublimes, a los Hilarios, a los Serapios, a los Pafnucios?

* * *

Cuando se hizo pública la condena de monseñor Duchesne, muchos reporteros visitaron al ilustre prelado.

—¿Qué va vuestra eminencia a hacer?—le preguntaron.

—Inclinarme, como buen cristiano y como sacerdote obediente—contestóle a todos.

Hubo uno que tuvo la suerte de no encontrar solo al historiador de los primeros siglos de nues-

tra era. A éste, como a los demás, monseñor le dijo:

—Inclinarme...

Pero otro académico que estaba presente habló, más o menos, de esta manera:

—El Indice no ha sido nunca un libro infalible, y la Iglesia misma ha tenido a menudo que reconocer que, entre las obras inscriptas en sus páginas, las hay que no merecen condena ninguna, sino, al contrario, gran veneración. Así, todo el mundo sabe que cuando comenzaba a adoptarse en Francia el culto al Corazón de Jesús, hoy uno de los que más fervientes tienen en el mundo, aunque al principio era visto con desconfianza en Roma, los tratados en que se celebraba este culto fueron puestos en el Indice. Esto no es todo. En 1863 un bulario romano, impreso en Lyon por los canónigos de la Catedral, fué también puesto en el Indice porque entre las bulas de Alejandro VII faltaba una. Me dirá usted que así el bulario estaba incompleto. Es cierto. Sólo que así y todo nada tenía de cismático ni de herético, y el Indice está creado para combatir los cismas y las herejías, y no para castigar a los que editan obras fragmentarias. En tiempo de los grandes debates místicos, todos los escritos que defendían el principio de la igualdad de San Pedro y San Pablo, eran despiadadamente prohibidos. ¿Sonríe usted? Entonces, ¿qué me dirá cuando le recuerde que las obras que trataban, hace tres siglos, de la verdadera forma del capuchón de San Francisco eran puestas en el Indice? Y esto no es

nada si se piensa que hay casos en que el Indice prohibe no sólo las obras completas publicadas de un autor, sino también las obras que pueda escribir en lo futuro. El sabio Loisy, cuya alma es tan evangélica, se halla en este caso. ¿Cómo quiere usted, pues, que monseñor Duchesne no vea con cierta desaprensión la condena que hoy recae sobre él? Más tarde, de seguro, se comprenderá que su *Historia* es la más fiel, la más completa, la más conforme al espíritu de los apóstoles, la más pura, la más cristiana, en una palabra.

* * *

Hay que reconocer, no obstante, que en el movimiento actual de rigorismo, el Vaticano ha encontrado apoyo en los centros que, por lo general, han sido refractarios a todas las disciplinas. Me refiero a los grupos literarios de París. Sin hablar de los escritores puramente católicos que, como es natural, aceptan y respetan todas las ordenanzas romanas, aún hay un número considerable de poetas, de novelistas, de historiadores, que proclaman en alta voz su firme voluntad de ajustarse a las ordenanzas romanas, por duras que éstas sean. Suavemente, algunos escritores, como Bourget, han dicho ya, sin emplear las antiguas fórmulas de servil obediencia, que desean

no poner en sus nuevas obras nada que sea contrario a las enseñanzas de la santa madre Iglesia. Pero esto no basta. Un poeta ilustre, uno de los que más influyen en la formación del alma de las nuevas generaciones literarias, el autor delicadísimo de tantos poemas olorosos a tomillo y a romero, acaba de inscribir, en la primera página de su último libro de poesías, la siguiente declaración, cuyos términos, según parece, han sido escogidos de acuerdo con un ilustre prelado.

«Je confirme, au seuil de cette oeuvre, que je suis »catholique romain, soumis humblement à toutes »les décisions de mon Pape S. S. Pie X, qui parle »au nom du vrai Dieu, et que je n'adhere, ni de »pres ni de loin, à aucun schisme et que ma foi »ne comporte aucun sophisme, ni le sophisme »moderniste, ni les autres sophismes, et que, sous »aucun prétexte, je ne m'écarterai du plus intran»sigeant et du plus aimé des dogmes: le dogme »catholique romain qui est la Vérité sortie de la »bouche même de Notre-Seigneur Jésus-Christ par »son Eglise. Je réprouve à l'avance tout accapara»ment que voudraient faire de ce poeme des idéo»logues, des philosophes ou des réformateurs.

»FRANCIS JAMMES.»

¿Puede darse una fórmula más sumisa y más prolija? En el siglo XVII los escritores se contentaban con retirar de antemano lo que pudiera ser contrario a las enseñanzas de la Iglesia. Nuestros

contemporáneos van más lejos y preven hasta el caso en que los filósofos quisieran servirse de sus ideas para sacar de ellas consecuencias contrarias a la fe y al dogma.

* * *

Por mi parte, al entregar hoy a la imprenta estas páginas, me contento con decir que no creo que haya entre ellas una sola que pueda ofender a un alma cristiana. Pero notad que digo cristiana y no católica, menos aún clerical.

Mi gran adoración, en efecto, se reduce a Jesús. Y tanto lo amo, y tanto lo venero, y tan ferviente es mi fe en él, que hasta lo veo más grande que los mismos católicos. Porque para mí el Nazareno coronado de espinas, no sólo redimió a los hombres, que, al fin y al cabo, ningún pecado han cometido, a no ser el pecado calderoniano de haber nacido, sino que hizo una mayor obra de redención redimiendo a Dios Padre de todos los crímenes espantosos que le atribuyen el libro de Josué, el libro de Job y otros libros del Antiguo Testamento. ¡Oh, aquel Dios de Abraham y de Moisés, aquel Dios de los judíos, que sigue siendo nuestro Dios, aquel terrible devorador de multitudes inocentes, aquel cruel y monstruoso Jehová, sin piedad y sin bondad, sí que había menester de ser purificado, de ser humanizado, de ser redimido! Y su única redención está en el Evangelio.

LOS SANTOS SOLITARIOS

A *vida de los padres del desierto resulta una grandiosa, austera novela.*—Esta frase de Renán, que los autores eclesiásticos encuentran irreverente, es, en realidad, la única que resume de manera perfecta la impresión que produce en las almas sinceras la más maravillosa epopeya mística. Nimbados de claridades sobrenaturales, los fundadores del ascetismo cristiano nos aparecen, en la perspectiva de los siglos y de la leyenda, como seres creados por una extraordinaria fantasía, para deslumbrarnos con sus milagros, con sus penitencias y con sus éxtasis. Todo lo que la mente exaltada puede idear de extraordinario en el terreno religioso, se encuentra en la historia de aquel inmenso pueblo de anacoretas y de cenobitas que, durante centenares de años, llenó el Oriente con el rumor formidable de sus preces, Porque no hay que creer que se trata de simples núcleos repartidos por las soledades de Nitria, de la Tebaida, de la Judea y de Capadocia, como en general se dice. Con sólo sumar las cifras que se hallan en los libros menos sospechosos, es fácil contar hasta cerca de

medio millón de seres que, después de abandonar la existencia de las ciudades y de renunciar a los placeres del mundo, llevaban en los más espantososo arenales y en las montañas más inhospitalarias, una vida de perpetua lucha por la perfección espiritual. Y poco importa que, según nuestro criterio, el concepto de la santidad, puesto en obra por tales hombres, resulte no sólo contrario a la razón humana, sino hasta alejado, en cierto modo, del puro espíritu evangélico. Sintiendo en el fondo del alma una llama que a veces los iluminaba con claridades sublimes y que a veces también los incendiaba con fuegos devoradores, los hijos de San Antonio y de San Hilario formaron, verdaderamente, una humanidad superior. Sus defectos mismos resultaban grandiosos, puesto que eran los defectos de sus virtudes. Ningún sacrificio, por inmenso que fuera, parecíales penoso con tal que sirviera para purificarlos. Ningún dolor los arredraba. Ante ninguna de las barreras que la naturaleza pone a la realización del ensueño celestial, se detenían. En una palabra, eran santos. Todos, aun los más humildes, eran santos. Benjamín, que, como un nuevo Job, bendijo sin cesar al Señor por haberle dado una enfermedad monstruosa, y que nunca se sublevó; Macario de Alejandría, que estuvo cuarenta días y cuarenta noches de pie, sin comer, sin beber, sin dormir, y que, viendo su celda incendiada, penetró en ella como de costumbre y se puso de rodillas entre las llamas para orar;

Moisés el negro, que siendo una tarde sorprendido por cuatro bandoleros, desarmólos sin hacerles daño, encadenólos con mucho cuidado, y luego los llevó a cuestas hasta la iglesia cercana para obligarlos a adorar a Dios; Isidoro, que durante ochenta años no se lavó jamás, ni se puso más vestidos que los indispensables para no ir desnudo, ni comió nunca sino raíces crudas; Juan de Licópolis, en quien estaba encarnado el genio de los profetas de Iarael y que supo anunciar a Teodosio sus futuros trunfos contra Máximo y Eugenio; Hilario, el dulce evangelizador de paganos; Afiate, cuyo prestigio fué uno de los mejores baluartes en la lucha de Flaviano de Antioquía contra los herejes; Crisóstomo, que encontró en el yermo un verdadero paraíso cuando tuvo que huir del infierno de Bizancio; Sabas, a quien los leones del desierto le lamían humildemente los pies ensangrentados; Eustaquio, que en su exceso de pureza llegó a considerar el sacramento del matrimonio cual un pecado; Basilio, cuyas reglas monásticas rigen aún, algo entibiadas, en los monasterios del Asia menor; Arsenio, que después de haber figurado en la corte imperial como la mayor lumbrera del siglo, convirtióse en el discípulo más humilde de los más humildes anacoretas de Sceté; Apolo, que sabía arrodillarse ante los pecadores y castigar el orgullo de los obispos; Juan el enano, que, en su entusiasmo místico, oraba porque llovieran bendiciones en vez de agua, aunque se secasen las fuentes; Poemen, en fin, que

después de lapidar a los ídolos, pedíales perdón por si acaso sus actos injuriosos habían podido causarles alguna pena; todos aquellos hombres, desde el gran Antonio hasta Pablo el simple, todos eran, a pesar de sus defectos y de sus nimiedades, a pesar de su orgullo inconsciente, a pesar de su crueldad para consigo mismos, dignos de la veneración de los siglos.

* * *

Y claro que no ignoro cuántos malos anacoretas vivían entre los santos. En una época de exageraciones y de sutilezas, en la cual el seno de la Iglesia estaba desgarrado por innumerables herejías, las sectas viciosas no podían faltar ni aun en la soledad de las Tebaidas. Sin hablar de los girógvagos y de los sarabaitas francamente perversos, cuya vida religiosa era, a menudo, un simple pretexto para ejercer la mendicidad o el robo, y sin hablar tampoco de los impuros agepetes, que vivían acompañados por mujeres, todavía pueden citarse muchos grupos importantes que, creyendo llevar una existencia seráfica, caían a menudo, por el exceso mismo de su ascetismo, en pecados contra el dogma, Pero esto, que a los buenos padres de los concilios debía parecerles reprensible, a nosotros, que sólo vemos en los místicos el esfuerzo sobrehumanno por lograr la perfección espiritual y por en-

trar, en vida, en la familiaridad de Dios, nada nos importa, puesto que en sus penitencias y en sus visiones, aquellos hombres aparecen siempre como dignos hermanos de los más puros cenobitas canonizados por la Iglesia. En los anales de la bienaventuranza hay misterios que la razón no logra desenredar, ni penetrar. «¡Cuántas religiosas españolas—dice el autor de los *Orígenes del cristianismo*—llevaron la misma vida que Teresa de Jesús, y fueron, no obstante, quemadas por la inquisición!» El matiz más delicado, en efecto, confunde lo diabólico con lo seráfico. La disciplina del misticismo es una red muy sutil en la que a menudo las almas se extravían...

* * *

Paladio no nos entera sino superficialmente de la disciplina de la vida solitaria. Refirendo su estancia en el desierto de Nitria, dice: «En esta montaña se encuentra una gran iglesia, junto a la cual hay tres palmeras, y en cada una de ellas se ve un látigo colgado, El primero es para los solitarios que cometen alguna falta; el otro, para los ladrones, si alguno llega hasta allí; el tercero, para los que van ocasionalmente. Y así, todos los que delinquen y son convictos de merecer azotes, abrázanse a una de las palmeras y reciben en la es-

palda los golpes reglamentarios.» Luego nos habla de la Iglesia, de las preces, de las penitencias. Pero todo de un modo breve y desordenado, de manera que la impresión que sus confidencias sobre el régimen monacal nos deja, es bastante vaga.

«En Nitria—dice—viven hasta cinco mil hombres que tienen géneros de vida diferentes, cada uno como quiere y como puede, de suerte que les está permitido vivir solos o de dos en dos, o más juntos.» Los anacoretas, en efecto, no tenían más regla que la marcada por el ejemplo de los primeros santos fundadores de los grandes centros de penitencia. Imitar las mortificaciones, los rezos y las costumbres de un Antonio, de un Hilario, de un Macario, he ahí el principio general, dentro de una independencia casi absoluta. Mas si los solitarios carecen de leyes, los cenobitas, que se agrupan en lauras o monasterios, poseen una legislación estricta. Casiano, que después de vivir en Siria y en Egipto quiso aplicar las reglas orientales a los primeros conventos de Marsella, describe en sus *Instituciones* la disciplina del desierto. Según estas instituciones, cuando un hombre cualquiera, por ilustre que fuese, presentábase para ser admitido como fraile, se le obligaba primero a permanecer diez días, por lo menos, postrado a la puerta del monasterio. En seguida, siempre antes de entrar, debía arrodillarse ante cada uno de los monjes, quienes para probar su humildad, le escupían al rostro y le dirigían las mayores

injurias. Cuando después de este noviciado el postulante podía penetrar en el recinto de las celdas, tenía que desnudarse para principiar así su existencia mística sin llevar a la comunidad más que su propia persona. Vestido luego con el hábito que el superior le entregaba, era puesto a la disposición de uno de los más ancianos y servía en el sitio destinado al albergue de los viajeros, hasta el día en que, habiendo aprendido a renunciar a su voluntad y a vencer sus pasiones, hallábase en estado de pasar al convento mismo para continuar su noviciado bajo las órdenes de otro anciano que le daba lecciones de obediencia y lo instruía sobre los mejores medios para huir de las asechanzas del demonio. Cuando llegaba a un punto de obediencia igual al de Abraham, era admitido, al fin, en el seno de la comunidad y comenzaba a llevar la vida de la perfección. Cada solitario trabajaba con sus manos durante las horas reglamentarias, y recibía, como pago de sus labores, dos panecillos diarios con los cuales debía alimentarse. Durante la noche, aislado en su celda, entregábase a la oración y a la penitencia, tratando de no dormir sino lo indispensable para no caer enfermo. Con objeto de establecer la soledad dentro de la comunidad, el silencio y el aislamiento eran de rigor. Sólo los superiores tenían derecho a hablar para repartir sus órdenes.

Esta regla, que tan estricta nos parece, resultaba, sin embargo, de una suavidad extraordina-

ria, comparada con la disciplina que se imponían, en sus cavernas o en sus sepulcros, los religiosos que no se sometían a ninguna disciplina común. En las lauras y en los conventos, en efecto, los higúmenos consideraban como un signo de orgullo la práctica de penitencias excepcionales susceptibles de establecer categorías de santidad y de prestigio, mientras en la patética independencia de la vida solitaria, los anacoretas podían rivalizar en la invención de fantásticas mortificaciones. San Eutimio, por ejemplo, viendo que sus vecinos, muy austeros, tenían la costumbre de dormir sentados, decidió pasar las noches en pie, atado con una cuerda que le sostenía durante las breves horas en que el sueño lo rendía. En cuanto a Sisoés, deseoso de suprimir todo reposo en absoluto, sentábase durante la noche en una roca, al borde de un precipicio, y oraba en alta voz hasta que los primeros rayos del sol principiaban a dorar las arenas del desierto, Más fácil que suprimir el sueño parece privarse del uso de la palabra. No obstante, hay casos en que para callar es preciso llegar a un grado de heroísmo inverosímil. El de Salamanes es uno de ellos. Este solitario había construído su choza en las inmediaciones del Eufrates, en la orilla opuesta a su aldea natal. Cuando el ruido de sus milagros comenzó a darle fama en todo el Oriente, sus paisanos quisieron apropiarse un poco de su prestigio, y una noche destruyeron la habitación del solitario, se apoderaron de su persona, lo metie-

ron en una barca y lo transportaron a la otra margen del río, donde ya le habían preparado una cabaña. Poco tiempo después, los habitantes de la orilla opuesta, creyendo tener derecho a conservar en su territorio al taumaturgo, atacaron a sus raptores, les arrebataron a Salamanes y lo condujeron, encadenado, hasta su primera choza, de antemano restaurada. Durante todas estas aventuras, el santo no pronunció una sola palabra. Cuando San Simeón se instaló en lo alto de una columna, muchos solitarios, creyendo que debían, no sólo imitarlo, sino tratar de perfeccionar su teatral penitencia, buscaron, para vivir en ellas, columnas más altas que las del primer estilita. El ejemplo de San Antonio, que vivió largos años en un sepulcro antiguo, convirtióse pronto en una verdadera epidemia. Todos los solitarios que tenían la suerte de hallar una tumba vacía, instalábanse en ella llenos de satisfacción. Pero lo que más se prestaba al abuso de las torturas de sí mismo, era la lucha contra las tentaciones. Por huir de un deseo pecaminoso, Macario de Alejandría metióse desnudo en un pantano fétido cubierto de mosquitos venenosos, y permaneció ahí cerca de un año. «Al salir—dice Paladio—parecía un leproso.» Otros solitarios, queriendo refrenar los malos deseos que los atormentaban durante la noche, acostábanse sobre zarzas secas, las cuales les desgarraban las carnes. Los anacoretas que se muraban durante toda la vida, no dejando sino un

agujero en una de las cuatro paredes de sus celdas para recibir por él las hierbas necesarias a su sustento, contábanse por millares, y muy a menudo, no satisfechos con vivir así enterrados vivos, encadenábanse con pesadas cadenas, para no poder ni siquiera moverse. «De este modo vivo feliz, pues en mi encierro gozo de las más inefables visiones»—contestó a Santa Melania un pobre anciano de Judea, que llevaba ya cuarenta años en su celda tapiada.

* * *

Las visiones sobrenaturales eran, según la expresión del religioso Cabrol, los verdaderos favores que el cielo dispensaba a los solitarios. Con el cerebro incendiado por el sol del desierto y con los nervios exasperados por las penitencias, aquellos hombres vivían en un estado de perpetua ilusión. Aun los mejor equilibrados, como San Jerónimo, aceptaban sin dificultad los más extraños fenómenos. Abrid la maravillosa *Vida de San Pablo,* del gran abad de Belén, y veréis con cuánto candor aquel fuerte pensador daba crédito a la leyenda de los encuentros de San Antonio con animales fabulosos. «En un valle—dice—vió a un hombrecillo pequeño, que tenía las narices corvas y la frente áspera, con unos cornezuelos, y la última parte del cuerpo se remataba con pies de cabra, y estando, sin turbarse ni desmayarse Antonio con

este espectáculo, asió, como buen soldado, el escudo de la Fe y la cota de la Esperanza; y, no obstante esto, el sobredicho animal, como en señal de paz, le trajo unos dátiles para el sustento de su camino, lo cual, visto por San Antonio, se paró, y, preguntándole quién era, respondió estas palabras: «Yo soy mortal y uno de los moradores del Yermo, que la gentilidad, engañada con varios errores, llamándonos sátiros y faunos e incubos, nos adora y reverencia, y vengo a ti por embajador de mi manada y a rogarte ruegues por nosotros al Dios común de todos, el cual sabemos que vino por la salud del mundo, y su fama lo divulgó por toda la Tierra.» Oyendo estas cosas el viejo caminante, regaba su rostro con muchas lágrimas, en señal de la grande alegría que sentía su ánima; y holgábase mucho por la gloria de Cristo y caída de Satanás; y admirándose juntamente de cómo había podido entender sus palabras, e hiriendo la tierra con su báculo, decía: «¡Ay de ti, Alejandría, que adoras a los monstruos por Dios! ¡Ay de ti, ciudad ramera, en quien han concurrido todos los demonios del mundo! ¿Qué podrás decir ahora, pues las bestias alaban y confiesan a Cristo, y tú, en lugar de Dios, honras a los monstruos?» Y luego, porque nadie lo tache de embustero, Jerónimo agrega: «Apenas había dicho estas palabras, cuando aquel animal lascivo huyó con una ligereza que parecía que volaba, Y con el fin de que ninguno ponga duda y escrúpulo en la verdad de este caso, todo

el mundo es testigo que, en tiempo del emperador Constantino, se trajo a Alejandría un hombre de esta suerte, vivo, de que todo el pueblo quedó admirado: y después de muerto, salaron el cuerpo, porque no se corrompiese con el calor del estío, y lo llevaron a Antioquía para que el emperador lo viese.»

Los narradores de milagros no aceptan de buen grado que se dude de lo que dicen. Un día, cuando Coprés, que había pasado dos horas entre las llamas sin quemarse, refería sus hazañas, un fraile incrédulo permitióse sonreir con cierta irreverencia. En el acto un sueño invencible apoderóse del escéptico, que vió, dormido, un libro de oro, en el cual estaba escrita, en letras de fuego, la histotria de su santo amigo. Otros no necesitaban dormirse para ver, de pronto, las maravillas que en un principo habíanles parecido inverosímiles. Entre los dones repartidos por Dios a sus servidores del desierto, uno de los más comunes era el de la doble vista. Antonio, Pakomio, Juan de Nicópolis, Julián Sabbas, Pambón, Arsenio, Poemen, Pablo el Simple, han dejado una memoria llena de ejemplos de adivinación. Este último, encontrándose en la iglesia, echóse a llorar al ver a uno de los religiosos del yermo vecino. Un solitario preguntóle lo que tenía. «Estoy viendo—contestóle—a ese pobre hermano atormentado por los demonios, que lo tienen atado por medio de una argolla que le atraviesa la nariz.» Poco después, en efec-

to, aquel fraile contó que los malos espíritus le tiraban con una cadena y le desgarraban el rostro. El abad Juan veía a menudo a la virgen María llorando al pie de la Cruz. «Es el único caso—dice Cabrol—de un fraile que haya contemplado en sus visiones a la madre del Señor.» Los ángeles, en cambio, revoloteaban sin cesar entre las celdas de las Tebaidas. Zacarías cuenta en uno de sus escritos que el cielo le había dado un ángel para acompañarlo sin cesar y que tenía con él largas conversaciones. Macario, de Alejandría, no recibió nunca la comunión de manos de un sacerdote, pues siempre que se arrodillaba ante el altar, un ángel adelantábase para ofrecerle la hostia. Pakomio, que vivía en perpetuo estado de santidad, tuvo una noche la excelsa ventura de ser transportado al otro mundo por una legión de querubines que le hicieron visitar los más bellos jardines del paraíso, así como los más espantosos antros infernales. En cuanto a San Antonio, bien sabido es que ninguno de sus días transcurrió sin que los ángeles aparecieran ante sus ojos seráficos. En su celda, cuando las tentaciones se desvanecían al conjuro de la voz del Señor, maravillosas legiones celestes comenzaban a ofrecerle el espectáculo de todas las beatitudes. Sus más insignificantes actos le eran dictados por los ángeles. Los ángeles viajaban con él. Los ángeles revelábanle las cosas lejanas, Los ángeles velaban su sueño.

* * *

Y si los ángeles eran numerosos en el desierto, los demonios lo eran más aún, a pesar de lo que dice Isidoro. El mayor elemento novelesco de la vida de los santos solitarios, en efecto, es el espíritu maligno en sus innumerables transformaciones, en sus infinitas especies. Porque las siete mil veces, siete mil querubines que hacen un inefable ruido de alas alrededor del templo de la Meca, no son sino un núcleo insignificante comparado con los millones de millones de diablos que sitiaban y torturaban a los hombres de Dios. Un Antonio, un Macario, un Pakomio, un Hilario, veía en un solo día legiones incontables de enemigos. Nimbados de aparente santidad o envueltos en llamas espantosas, bellos como Apolos paganos o hirsutos cual profetas de Israel, con aposturas de efebos tentadores o cubiertos de póstulas repugnantes, coronados de rosas o de cuernos, más enormes que la torre de Santa Melania o diminutos y sutiles a semejanza de los duendes septentrionales, los servidores de Satanás, ya volando seráficamente, ya arrastrándose convertidos en larvas, estaban siempre allí, tentadores y atormentadores. Al mismo Pablo el Simple, cuya alma angelical hace pensar en el santo de Asís, lo rodeaban de asechanzas incesantes. Y contra ellos ninguna fuerza prevalecía, como no fuera la de la oración. Moisés, el fuerte negro que vencía solo a una cuadrilla de malhechores, fué una noche golpeado por uno de ellos con tal violencia, que estuvo lue-

go postrado durante un año entero entre la vida y la muerte. «Nuestros enemigos, terribles y pérfidos—dice San Antonio—, son los demonios. Nuestro deber consiste en empeñar contra ellos la batalla de que habla el apóstol. Sus multitudes llenan el espacio. Están siempre cerca de nosotros. Existe entre ellos una gran sociedad. Dejando a otros más sabios explicar su naturaleza, contentémonos con enterarnos de las astucias que usan en sus asaltos contra nosotros.» Macario, que conocía a fondo estas astucias, confesaba que, a pesar de todo el cuidado que ponía en evitarlas, sentíase a menudo vencido por ellas. Un día encontróse cerca de un convento con Satanás en persona, el cual iba vestido de médico y llevaba una gran cantidad de frascos.

—¿Para qué es todo eso?—preeguntóle el santo.

—Para los frailes—contestóle el espíritu malo.

—¿Cómo para los frailes?

—Sí... Para hacerles beber mis elixires. Ya ves que mi provisión es considerable, Así, si una bebida le disgusta a uno, le doy otra, y otra, y otra; hasta que encuentra una a su gusto.

Cuando los frascos y las tentaciones sutiles y los hábiles engaños no bastaban, el diablo decidíase a emplear la violencia. Muy a menudo, los solitarios, al salir por la mañana de sus celdas, encontraban a algún hermano agonizando en la arena.

Pero, a decir verdad, no sólo de crueldades se

alimentaba el Lucifer de las Tebaidas. A veces sus legiones de servidores entreteníanse en juguetear como muchachos traviesos y en organizar verdaderas farsas estudiantiles. La historia de Macario de Alejandría, nos ofrece un ameno ejemplo de este buen humor infernal. Una mañana el santo oyó una voz que le decía: «Toma tu cesto y encamínate hacia la aldea cercana para cuidar a los enfermos desvalidos.» El consejo, como la voz que lo daba, era digno del cielo. Sólo que el solitario, acostumbrado a los engaños de Satanás, temió que se tratase de algún ardid diabólico y decidió no obedecer hasta no estar cierto de su origen divino,

Acostóse, pues, con los pies fuera de su celda y dijo: «Si sois vosotros, señores demonios, los que me mandáis que me vaya de este sitio, tiradme por las piernas pora obligarme a andar. Luego pensó: «Si de aquí a la entrada de la noche no me han movido, es que no tienen bastante fuerza para obligarme a hacer sus fantasías.» Apenas comenzó a anochecer, el santo sintióse levantado del suelo y notó que unas manos invisibles le ponían sobre los hombros un cesto lleno de arena. Durante algunas horas anduvo así, dando traspiés por el desierto, hasta que a la mañana siguiente su amigo Teosebio Cosmetor, de Antioquía, encontrólo titubeando, cual si estuviese ebrio, y lo condujo a su celda.

* * *

Muchas veces, en sus ratos de humor picaresco, el diablo entreteníase en hacer que el sueño venciese a los más santos religiosos en medio de sus reuniones espirituales o durante los oficios divinos. Una noche, pocos instantes antes de la hora de los rezos, el mismo Macario de Alejandría oyó que llamaban a su puerta.

—¿Quién es?—preguntó.

—Nada grave—contestóle una voz burlona,

—¿Qué quieres entonces?

—Invitarte a un espectáculo que te hará reir... En seguida lo verás

En efecto; apenas en la iglesia, el santo vió a una multitud de enanos negros que se acercaban a los religiosos y con sus dedos diminutos les cerraban los párpados cuidadosamente. El sueño apoderábase en el acto de los pobres frailes Cuando todos estuvieron dormidos, los negritos comenzaron a meterles las manos en las narices para obligarles a estornudar. Humildemente, para no singularizarse ni parecer superior a los demás padres, Macario hizo como que dormía. De este modo logró también no darle gusto a Satanás, que de fijo tenía el propósito de hacerle reir. Porque en su malicia algo ingenua, el espíritu malo vivía en el desierto empeñado en obligar a reir a los solitarios. La risa no es un pecado, sin duda. Pero los religiosos han sido siempre graves, Así Pambón, que se jactaba de no haber ni siquiera sonreído en toda su existencia, fué, al fin, sitiado por una le-

gión de diablillos que se propusieron hacerle perder su seriedad. Y tanto hicieron, y tan hábiles se mostraron, que un día lograron su objeto. Lleno de júbilo Satanás le gritó:

—Ya ves que te he hecho reir.

—Sí—contestóle Pambón—, me he reído de ti.

Todo esto, en realidad, no era grave, ni habría tenido importancia para hombres como San Francisco de Asís. Mas en el desierto las cosas tomaban proporciones terribles cuando el orgullo de los solitarios estaba en juego.

* * *

Y es que aquellos hombres, sobrehumanamente humildes en su vida, no tenían casi nunca un alma humilde. En la terrible complicación del espíritu, nada es tan frecuente como encontrar mezcladas y confundidas en el mismo sér las más grandes virtudes de obediencia y los más grandes pecados de altivez, Trabajando siempre para lograr la perfección y seguros de no poder ir más lejos en sus mortificaciones y en su ascetismo, los anacoretas sentíanse beatificados por sí mismos. La idolatría de que eran objeto, por otra parte, contribuía a aumentar sus vanidosas beatitudes. «Se iba al desierto—dice monseñor Duchesne—no para visitar tumbas ilustres o lugares testigos de he-

chos bíblicos, sino para venerar a santos vivos, para contemplar sus rostros enflaquecidos por la penitencia, para recoger sus palabras edificantes.» ¿Cómo, pues, aquellos religiosos, que no por ser divinos dejaban de ser humanos, hubieran logrado defenderse contra los secretos impulsos de la Naturaleza? Convencidos de que nada es más maravilloso que la santidad, y convencidos también de ser santos, experimentaban, en los momentos en que podían contemplarse sin desconfianza, el inefable regocijo de la perfección obtenida a fuerza de espantosos sacrificios. Así, toda la soberbia con que Anatole France ha nimbado la cabeza algo diabólica de su Pafnucio y que tanto choca a los moralistas de nuestra época, está muy lejos de ser una invención de poeta. En cierto sentido, el salvador del alma deliciosa de la cortesana Thais no es sino una personificación pintoresca y popular de un estado de alma muy generalizado en las Tebaidas. Antes de realizar la obra que inmortalizó su leyenda, en efecto, aquel fogoso discípulo de San Antonio había ya dado una muestra de su infinita confianza en sus propias virtudes y en su propia santidad. En medio de las mortificaciones del desierto, una de las grandes perplejidades de su espíritu era el no saber a cuál santo se parecía. «Señor—exclamó al fin un día—; Señor, entre vuestras criaturas de elección, ¿cuál es aquella a quien yo me asemejo?» «Te asemejas—contestóle la voz divina—a un músico ambulante que se halla

ahora en una taberna de las inmediaciones de Heráclea.»

Estas palabras, como es natural, lo sorprendieron hasta el límite de las sorpresas, ¡Parecerse él a un juglar de malos lugares! «Señor—volvió a preguntar—; Señor, dime a cuál de tus elegidos me asemejo.» «Al músico de Heráclea.»—contestóle de nuevo la voz del cielo. Entonces Pafnucio salió de su celda y encaminóse hacia el lugar indicado por el cielo. Y al llegar a la taberna encontróse con el pobre tocador de cítara y lo llamó aparte y le dijo:

—Te ruego, hermano, que me expliques de qué manera, siendo lo que eres en apariencia, has conseguido llegar a la más grande santidad.

—Yo—murmuró el juglar—; yo... de seguro estás equivocado.

Y en seguida confesóle que en sus mocedades había sido jefe de una cuadrilla de salteadores y que su vida no era sino un perpetuo pecado.

—Lo único bueno que he hecho—agregó—fué prestar un servicio a una mujer. Pero debo confesarte que no lo hice por amor de Dios, sino por entusiasmo por su belleza.

—Cuéntame eso,

—Pues verás. Cierta tarde, en medio del campo, encontréme con una linda rubia que lloraba, y que mientras más lloraba, más linda me parecía. Interroguéla y me confió que su marido estaba preso a causa de una deuda de trescientas pie-

zas de plata, por lo cual ella no pensaba sino en morir o en venderse como esclava a quien quisiera mercarla. Conmovido, llamé al tesorero de mi cuadrilla y le ordené que entregara trescientas piezas de plata a aquella mujer.

Después de hablar así, el tocador de cítara apuró un vaso de vino y dijo:

—Eso es todo.

Pafnucio, que entonces no había aún encontrado a Thais en su camino, no comprendió, sin duda, la enseñanza previsora de aquella anécdota. Y es probable que reflexionando luego en su celda en lo que acababa de acontecerle, no pudo explicarse las palabras del Señor sino como una nueva prueba impuesta a su paciencia y a su humildad.

El orgullo de la vida solitaria subía, en efecto, a tal punto, que los mismos anacoretas, que pasábanse los años atormentados con penitencias espantosas para castigarse de pecados imaginarios, llegaban en ciertas ocasiones a glorificarse de los mayores crímenes como de circunstancias preparadas por la Divina Providencia para conducirlos a la bienaventuranza. Así Macario el Mozo, que en su juventud se había refugiado en el desierto de Nitria por escapar a la justicia que lo perseguía como asesino, dijo a Paladio, cuando éste le preguntó si no sentía a veces el remordimiento de su crimen pasado:

—Lejos de arrepentirme de aquello, le doy gracias a Dios por haberme llevado a hacerlo para

obligarme a buscar en esta soledad el camino de la perfección.

La perfección, he ahí lo que todos deseaban y lo que casi todos figurábanse poseer, Porque no sintiéndose perfectos, ¿cómo habían de imaginarse que el demonio obedeciese a sus voces de mando en los actos de exorcismo? Y más aún: ¿como habían de pensar que Dios estuviese siempre pendiente de sus menores acciones? En algunos de ellos el orgullo era tan grande que acababan por confundirse con la divinidad misma. Cuando Melania entregó a Pambón un puñado de escudos, viendo que no le daba las gracias por su regalo, le hizo observar que la suma era considerable, puesto que representaba muchas libras de oro. «Dios, que pesa las montañas—contestóle el religioso—, sabe mejor que tú el peso de lo que has dado.» Pero el que más perfectamente personifica el orgullo de la suprema santidad, es aquel famoso Valens, de triste y magnífica memoria, que cuando perdía en las arenas del desierto su aguja de coser, veía una legión de ángeles que bajaban a buscársela, y que no podía dar un paso sin que Jesús lo acompañase, alabando sus virtudes. Verdad es que este anacoreta acabó por ser encadenado como sacrílego. Mas no fueron sus visiones las que provocaron aquel castigo, sino la altivez con que contestó una mañana a un sacerdote que le ofrecía la hostia:

—No tengo necesidad de comulgar, pues Nuestro Señor me visita en persona.

Por lo demás, aun los que están considerados cual espejos de humildad, tenían en el fondo del alma una inmensa soberbia. Cuando Pablo el Simple presentóse ante San Antonio suplicándole que lo aceptara como discípulo, el padre de los solitarios le contestó que no lo consideraba capaz de llevar una existencia igual a la suya, y luego, al ver que durante tres días había hecho lo mismo que él hacía, en oraciones y ayunos, exclamó: «Ya advierto que eres digno de aspirar a ser santo.» En cuanto a San Macario, sabido es que, habiendo curado de la ceguera a una hiena con su saliva, no volvió a escupir en el resto de su vida, por comprender que tenía en la boca una sustancia milagrosa. San Pakomio, en fin, el fundador de la Alta Tebaida, pretendía haber recibido del cielo las reglas de su Orden grabadas en una piedra, y sostenía que Dios le había concedido el don de sondear las conciencias con la vista,

* * *

Lo más extraordinario es que Dios no parecía siempre preferir aquella existencia solitaria de sacrificios y de ayunos, de oración y de vigilia, a la que llevaban en medio de las ciudades los sim-

ples pecadores de almas caritativas. Sin recordar de nuevo la historia de Pafnucio, aún encontramos en las vidas de los padres muchas otras anécdotas que nos demuestran el poco precio que en ciertas ocasiones el cielo acordaba a las más austeras vidas ascéticas. El mismo San Antonio, un día en que creía haber agotado las penitencias, oyó una voz divina que le decía: «Sabe, ¡oh anacoreta!, que aún no has llegado al grado de perfección de cierto zapatero que vive en Alejandría.» Y cúando el santo quiso, en su orgullo natural, conocer a aquel hombre a quien se figuraba entregado a las preces continuas, encontróse con un buen artesano que vivía honradamente, pero que en nada parecía acercarse al ideal de perfección de los frailes de Nitria. San Pitriún, el gran eremita de la Tebaida, recibió también la visita de un ángel que, en nombre del Señor, le dijo: «¿Por qué te complaces en tus propias virtudes? Si quieres ver a una mujer que te es superior en santidad, no tienes más que ir a visitar a una pobre loca de Tabena.» A Macario otro ángel le dijo: «Aún no eres tan digno del paraíso cual dos mujeres que se llaman de tal modo y que viven en la ciudad vecina.» Macario, lo mismo que Antonio, lo mismo que Pafnucio, sintió la necesidad de ir a ver a las criaturas con quien Dios lo comparaba. Y su sorpresa fué de seguro igual a la de sus compañeros en santidad. Otros muchos eremitas recibieron idénticas leccioes, que hubieran muy bien

podido ser traducidas de un modo contrario al cultivo de la vida contemplativa. «Un sér que vive sencillamente, y que trabaja como todos los hombres, y que ama, y que es piadoso—parece, en efecto, querer significar cada uno de los casos antes citados—es más perfecto a los ojos de Jesús que un solitario cuya vida de penitencias es estéril,» Pero los habitantes del desierto místico, lejos de dar esta interpretación a las voces divinas, considerábanlas como simples lecciones de modestia, y en vez de pensar en volver al mundo, internábanse más y más en la soledad, en el silencio, en el sacrificio. «Dios—decíanse—nos compara con esos miserables pecadores para hacernos ver que aún no hemos llegado a la verdadera perfección y para obligarnos a aumentar nuestro ascetismo.» Luego se imponían, metódicamente, esfuerzos espantosos, con los cuales estaban seguros de ganar la suprema beatitud.

¡Extraño principio el que ha hecho creer desde los tiempos más remotos que un Dios todo misericordioso puede regocijarse ante los sufrimientos voluntarios, ante las mutilaciones, ante la estrangulación de los instintos naturales! Por mucho respeto que uno quiera tener por la vieja leyenda ascética, resulta a menudo difícil, por no decir imposible, considerar como seres razonables a los que voluntariamente y estérilmente torturaban su carne sagrada so preteáto de acercarse a la gracia evangélica, sin pensar que en toda la existen-

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY

cia de Jesús no hay un solo acto de inútil sacrificio. Pakomio, haciéndose picar el vientre por un áspid y acostándose en una madriguera de hienas con la esperanza de ser devorado; Esteban de Libia, haciéndose desgarrar, con la sonrisa en los labios, los miembros más delicados; Macario de Alejandría, metiéndose desnudo en un lugar lleno de avispas y saliendo luego tan cubierto de llagas, que sólo por la voz lo reconocieron sus discípulos; Alejandro, dejándose morir de hambre en una cueva oscura; Simeón, hiriéndose durante años enteros el torso con hojas de palmera; Teledan, llevando hasta la muerte una cadena de doscientas libras alrededor de su cuerpo; otros muchos, en fin, arrodillándose en las brasas o enterrándose en la arena, no pueden menos de parecernos víctimas de la más terrible locura. Pero, ¿cómo negar que aquella locura era sublime? ¿Cómo no admirar aquella sed devoradora de perfección espiritual? ¿Cómo no inclinarnos con infinita piedad ante aquel despego absoluto de todos los bienes terrenales? ¿Cómo, en suma, no ponerse de hinojos ante los que así creaban, para perpetuarlo por los siglos de los siglos, el santo desvarío de la cruz?

LA LEYENDA DE SAN PAKOMIO

NA noche, en los instantes en que el Santo Palemón empezaba sus rezos, alguien llamó a la puerta de su cabaña. ¿Quién podía en aquella soledad, a aquella hora, llegar así hasta allí?... Por la mente del anacoreta, que en su recinto casi centenario habíase olvidado de que aún existían unos seres llamados hombres en el mundo, ni siquiera pasó la idea de que fuese uno de sus semejantes.

—Será un demonio que quiere distraerme—murmuró.

Porque el rey de los infiernos, a quien los triunfos alcanzados por sus legiones en Roma, en Alejandría, en Bizancio y en Jerusalén, comenzaban a cansarle por lo fáciles, había ya iniciado su terrible sitio de tentaciones alrededor de las viviendas del desierto, Palemón lo encontraba a cada instante en las cercanías de su choza, y sin miedo ni altanería veíalo de frente y decíale:

—*Vade retro.*

Armado de todas las armas de la fe, llegaba, en su inocencia, a sentirse invulnerable contra el espíritu maligno; olvida, ignorándolo tal vez, que

otros hombres del Señor habían sucumbido a sus ataques después de sostener luchas heroicas.

La mano misteriosa volvió a llamar a la puerta, con más insistencia que la primera vez. Pero el solitario ya no lo oyó, Entregado a su coloquio celestial, dirigíase a Jesús y ofrecíale, en frases extáticas y humildes, el holocausto de su alma ardiendo en el fuego de la penitencia perpetua «Señor—murmuraba—; Señor que estás en los cielos, a la diestra de tu padre Todopoderoso; Señor de los pies atravesados por el clavo de Judas; Señor cuya frente gotea sangre y cuyos costados están abiertos en la cruz, sostén a tu siervo para que las fuerzas no le abandonen; Señor, dueño del cielo y de los cielos: tú que has dado la tierra a los hijos de Adán; tú, que nos has redimido del pecado original; Señor Todomisericordioso y lleno de gracias, no permitas que mi pobre corazón se deje doblegar por sus faltas y que vea las cosas que no son eternas, y que se enlice en el pecado; Señor, rey de la luz, tú, que has creado el día, y la noche, y el mundo, y los astros; Señor, hijo de la Santa Virgen María, verbo hecho carne; Señor, Señor, mira las lágrimas que cubren mi rostro y el sudor que inunda mi cuerpo.»

Fuera, temblando de emoción, el visitante oía de un modo confuso la voz del solitario. Y oía otra voz más clara, más grave, más armoniosa, que pronunciaba palabras de una inefable dulzura. Y sin saber que Jesús solía hablar con sus hi-

jos predilectos, figurábase que en la choza, Palemón no estaba solo.

—¡Padre!—gritó llamando por tercera vez—. ¡Abreme tu puerta!

Luego, arrodillándose en la arena, comenzó a orar bajo el cielo inefablemente iluminado por las estrellas parpadeantes.

* * *

Cuando Palemón, al amanecer, abrió la puerta de su celda, vió al hombre que oraba aún de hinojos.

—Por tu actitud—le dijo—, comprendo que no me hallo ante una encarnación del espíritu malo. Pero no acierto a adivinar qué especie de criatura eres para encontrarte aquí, en donde nunca ningún prójimo ha puesto sus pies,

En aquella época, en efecto, los yermos de la Tebaida no habían aún sido poblados por innumerables religiosos. El desierto estaba desierto y los solitarios eran realmente solitarios. Muy lejos, en las ingratas montañas de Nitria, había un tal Antonio, venido de Heráclea, que vivía en un sepulcro antiguo, y ante el cual los centauros y los sátiros paganos inclinábanse para proclamar la gloria de Jesús. Unos cuantos discípulos lo rodeaban, y desde Alejandría iban a veces los cristianos

a pedirle su bendición. Más lejos todavía, en tierras antes sólo conocidas de los salteadores y de los monederos falsos, hacia las márgenes ingratas del Mar Rojo, acababa su vida, en un absoluto aislamiento, un centenario llamado Pablo, a quien los cuervos llevábanle todos los días un pan de centeno. Pero en la Tebaida superior, que más tarde había de ser poblada por millares y millares de ascetas, Palemón vivía solo.

—Ya ves cuán grande es mi retiro—dijo al desconocido.

Y extendiendo sus largos brazos flacos, mostróle el infinito yermo, calcinado por el sol. En toda la extensión que la vista abarca no se veía árbol ninguno, ni siquiera una pobre palmera seca, ni una de esas matas espinosas que en los arenales africanos proyectan, por la tarde, sombras fantásticas e inmóviles. Limitado a lo lejos por picos abruptos de un color ocre, la parda planicie lucía con reflejos hirientes, A alguna distancia extendíase, ondulando, una cordillera de dunas, detrás de las cuales nacía el sol. Del lado opuesto una roca cubierta de grietas cortaba el horizonte, poniendo ante los ojos la perpetua desolación de la piedra desnuda, de la piedra muerta. Y era necesario alzar mucho la vista para percibir, en la dulzura de los ocasos primaverales, los espejismos suntuosos del crepúsculo. En las horas rojas en que el sol, antes de hundirse en los precipicios ignotos, complácese en crear mun-

dos ideales, Palemón solía divisar, con algo de espanto, paisajes inauditos en los confines del yermo. Las piedras gigantescas coronábanse de cresterías labradas, como si alguien las almenara para convertirlas en fortalezas, y los peñones aislados alzábanse en el espacio cual torres místicas. En el cielo los milagros de la luz eran mayores. Destacándose entre celajes, los más suaves lagos hacían palpitar sus aguas de amatista, mientras un reguero de metales en fusión iba hasta el fondo del éter, abriendo llanuras de oro y de plata. Un río más vasto que el vasto Nilo ondulaba cerca del cénit. Pero el solitario, desdeñoso de aquellas maravillas algo diabólicas, prefería no ver sino la tierra alrededor de su celda.

—Padre—dijo el desconocido, sin levantar los ojos del suelo—, cristiano soy y no aspiro sino a imitar tu vida,

Palemón parecía no oirlo.

—Mi vida—murmuró después de un largo silencio—, mi vida... En verano todos mis días son de ayuno; en invierno no como sino tres veces por semana, a la hora en que el sol se pone, y en invierno, como en verano, mis únicos alimentos son el pan y la sal... Mi vida... Las noches las paso orando, arrodillado ante la imagen de nuestro divino Salvador o meditando en los misterios de su calvario... Mi vida es toda de penitencia, de renunciamiento, de privaciones... Mi vida es humilde...

Una llama de misterio iluminó sus ojos negros.

—Algunos, antaño, quisieron imitar mi vida—exclamó—, y al cabo de poco tiempo viéronse obligados a abandonarme, no pudiendo soportar tanta miseria y tanto sacrificio.

Luego, volviéndose hacia el hombre que continuaba de rodillas, preguntóle:

—¿Cómo te llamas?

—Pakomio.

—¿Dónde viniste al mundo?

—Aquí mismo, en esta región, cerca de Tebas.

—¿De dónde llegas?

—De muy lejos.

—¿Muy lejos?...

Entonces Pakomio comenzó a contar la historia de su existencia. Nacido en el seno de una familia pagana, había crecido oyendo las invocaciones de su padre a los falsos dioses y asistiendo a las libaciones idólatras. Pero desde su primera infancia, un instinto innato permitióle sentir vagamente que la verdad no residía en aquel culto. Un día que lo llevaron a un templo en el cual se ofrecía un sacrificio ritual, su presencia hizo enmudecer al demonio que hablaba por la boca del ídolo tutelar, El sacerdote oficiante atribuyó tal milagro al odio que los dioses tienen por los malos fieles, y dió orden de que se expulsase al niño herético del sagrado recinto. Sus padres, entristecidos y llorosos, vieron en tal acontecimiento un mal augurio, y se empeñaron en hacer comprender a Pa-

komio los sublimes misterios de su fe. Al cumplir los veinte años, cuando ya había estudiado la filosofía antigua y la lengua literaria del Egipto, fué llamado a servir en las galeras del Imperio, como simple remero, y comenzó a conocer, en compañía de otros mozos de su edad y de su condición, los puertos del Oriente. En un lugar cuyos habitantes eran cristianos, la bondad y la caridad del recibimiento que le hicieron las gentes del pueblo, conmovieron su alma. Lleno de misteriosa esperanza preguntó qué Dios era el que así inculcaba la clemencia en el ánimo de los fieles; y cuando oyó pronunciar el nombre de Jesús, sintióse conmovido como si le hubieran dicho una palabra que su alma esperaba con impaciente anhelo. En el acto prosternóse y repitió lo que una voz interior le dictaba: «Dios mío—murmuró—, tú que has creado el cielo y la tierra y los mares, dígnate dirigir los ojos hacia mí para hacerme digno de consagrarme en cuerpo y alma, hasta el último día de mi existencia, a tu servicio.» Poco después, cuando se hallaba de nuevo en su galera, remando por el emperador, sus compañeros de servidumbre decidieron sublevarse contra los oficiales que los maltrataban. Al llegar a un puerto de la Cirenaica, desembarcaron, llevando a sus jefes atados, y abandonaron los remos. Pakomio, que había prometido a su nuevo Dios no hacer nunca daño a sus semejantes, permaneció solo en la nave. Un viento ligero condújole entonces hasta Egipto, Su período

de servicio estaba terminado, Dejó, pues, la galera y se encaminó hacia su comarca natal, decidido a dedicarse de un modo absoluto al servicio de Jesús. Sus padres habían muerto durante su ausencia, legándole algunos bienes. Un sacerdote cristiano inicióle en los misterios de la fe y le dió el sacramento del bautismo. Para obedecer a los preceptos evangélicos, repartió su herencia entre los pobres, y comenzó a vivir miserablemente, orando como su director espiritual, cuidando a los enfermos con sus manos piadosas, ayudando a los fieles a sacar el agua del Nilo para regar la tierra, buscando, en suma, todas las ocasiones de honrar a Dios y de ayudar a sus semejantes. Así creía cumplir la promesa hecha en el instante de su conversión. Pero cierta noche una voz que salía de entre las zarzas de un camino, díjole: «En el desierto vive un santo hombre cuya vida es agradable a Nuestro Señor.» Entonces, sin preguntar nada a nadie, encaminóse hacia la soledad de la Tebaida, y llegó hasta la puerta de la cabaña ante la cual se encontraba.

Cuando hubo terminado su historia, volvió a pedir al anacoreta que lo aceptara como discípulo. Palemón, que no hacía nada sin el consejo de Dios, temió que aquello fuese un ardid celeste para probar su humildad, y guardóse de contestarle, Luego pensó: «Poco he hecho que merezca ser considerado por el cielo como una obra perfecta. En mi retiro soy el más vil de los pecadores. Mi ejemplo no sería sino motivo de escándalo para quien sabe lo que es

la perfección cristiana.» Y así, temeroso de caer en el pecado de orgullo si permitía al recién llegado vivir a su imagen, imitando su vida cual si fuese un espejo de todas las virtudes, encerróse en su celda y comenzó a orar fervorosamente. «¡Yo, que apenas merezco arrodillarme ante ti, Señor —decía—; yo que soy la más detestable de tus criaturas, ¿cómo he de guiar por el sendero de la virtud a un alma que tú has marcado con el sello de los elegidos?» Pero una voz que parecía irritada llenó su cabaña ordenándole que considerase al hombre que estaba aún arrodillado ante su puerta cual un hermano en Jesucristo. Salió de nuevo. Arrodillóse junto a Pakomio, y le dijo:

—Para comenzar nuestra unión, demos gracias al Señor que ve todas nuestras acciones.

* * *

Los primeros tiempos de su vida solitaria fueron duros para Pakomio. Las fuerzas de su cuerpo no estaban al nivel de las fuerzas de su alma. Al principio habíase dicho, contemplando al santo Palemón doblegado bajo el peso de los años y de las fatigas y de los ayunos: «Lo que este anciano exangüe hace, ¿cómo no he de poderlo hacer yo, que me hallo en pleno vigor y en plena juventud?» Pero pronto comenzó a darse cuenta de que la

única fuerza capaz de resistir a la verdadera práctica de la penitencia, es la santidad. Y entonces, cada una de sus debilidades, cada una de sus caídas, pareciéronle castigos a sus pecados, Su alma estaba llena de escrúpulos sutiles. Durante las largas horas del rezo solíase sorprender distraído, como si la gracia del Señor lo abandonara de pronto y como si el cielo se abriera súbitamente vacío para él. En el acto sus ojos llenábanse de lágrimas, y su pecho de agonías. Y con la voz turbada por los sollozos, gemía: «Señor Jesús, por piedad, no abandones a tu siervo en su camino de salvación; no lo dejes caer en las tinieblas de la ceguera, no lo priveis de tus luces divinas; Señor, no lo desampares, no lo precipites en la soledad del espíritu, mil veces más terrible que la del desierto.» Luego, para castigarse, aumentaba sus ayunos y sus vigilias. Mas sus distracciones durante los rezos no desaparecían por completo, y aunque en realidad no eran sino leves desmayos de la voluntad debilitada, el anacoreta llegó a atribuirlas a la intervención del Espíritu Malo, empeñado en apartarlo de la presenecia de Jesús en los momentos del divino coloquio. ¿No le había el mismo Palemón confesado que muchas veces los diablos sutiles logran penetrar en las celdas de los más santos varones para figurar, ante sus ojos extáticos, imágines profanas que los hacen descuidar sus visiones?

En este estado de ánimo hallábase Pakomio cuando acertó a pasar por la Tebaida un discípulo de San

Antonio, quien se dirigía hacia Tentiro en busca de un sacerdote paralítico, deseoso de terminar su vida en el desierto de Nitria. Los dos anacoretas lo recibieron fraternalmente, ofreciéndole, como se acostumbraba entre religiosos, una comida menos frugal que la de ordinario. Por la noche, antes de separarse, Palemón quiso que el viajero le hablase del gran solitario del Bajo Egipto. Y el viajero habló lleno de entusiasmo, lleno de respeto, lleno de ternura. Dijo la existencia de mortificaciones del santo, Dijo su fervor en las preces y su mansedumbre en la obediencia. Dijo el poder de su prestigo, que atraía hacia su yermo legiones de devotos sedientos de imitar sus virtudes. Dijo sus cóleras sagradas contra los impíos y los herejes de Alejandría, que temblaban ante su voz terrible. Dijo los milagros innumerables de sus manos, de sus labios, de sus ojos. Dijo, en fin, el tormento inaudito de sus tentaciones.

—Al principio de su vida—explicó—, el Espíritu Malo puso en obra todas sus estratagemas patéticas para hacerlo caer en el pecado. Metamorfoseándose a veces en niño desvalido, acostábase a la puerta de su gruta y poníase a llorar hasta que nuestro padre, lleno de piedad, acercábase a él con objeto de socorrerlo. Otras veces tomaba un hábito de religioso y poníase de hinojos en su camino, pidiéndole sus bendiciones. Luego, al notar que estos ardides eran estériles, trató de turbar sus sueños, sugiriéndole visiones de

grandeza y de poderío. Pero como el santo demostraba el más absoluto desdén por los bienes y los esplendores terrenales, Satanás, furioso, decidió atacarlo con violencia, y puso en movimiento sus legiones malditas. Entonces Antonio no pudo dar un paso sin ver surgir de la tierra millares de serpientes o de dragones que lo rodeaban echando fuego por la boca, Y así pasó años enteros en una lucha incesante, hasta que un día, cuando sus enemigos parecían más numerosos y más enfurecidos que nunca, dirigióse a ellos, y con la mayor calma, díjoles: «Si algo pudiérais verdaderamente contra mí, uno de vosotros bastara para vencerme; sólo que Dios os ha atado. En vano os reunís en tan gran número para causarme espanto. Ese mismo esfuerzo es una prueba de vuestra impotencia. Si Dios os ha dado el poder de dañarme, no tardéis en hacerlo. Si no os lo ha dado, ¿por qué agotáis vuestra cólera inútil en estos asaltos? El signo de la cruz y la fe en nuestro Señor, son para mí las armas invencibles.» Al oir aquellas palabras, los trasgos creados por Satanás huyeron avergonzados, al mismo tiempo que la voz de Jesús decía: «Antonio, nada temas; yo quería asistir a tu combate y veo que has peleado con valor; no te abandonaré, pues, nunca, si estos monstruos te asaltan de nuevo.» Desde aquel día, los dragones y las serpientes desaparecieron. Mas, como el Espíritu Malo no pierde jamás la esperanza de vencer a los religiosos, cambió de táctica, trocando su violencia

en sutileza, y su furor en malicia. Con una tenacidad inconcebible, insinuóse lleno de ligereza alada en todos los actos de nuestro padre. A veces, tomando una voz de ángel, loaba su ascetismo y cantaba himnos a su perfección; otras veces cambiaba sus alimentos por otros menos frugales; muy a menudo trastornaba el orden de las letras en las Escrituras; pero en lo que más empeño ponía era en distraer su atención en los momentos del rezo o en cerrar sus párpados cuando velaba.

—¿Y ahora?—preguntóle con ansiedad Pakomio,

—Ahora—le contestó el solitario—, puede decirse que nuestro santo padre ha penetrado vivo en la serenidad de los elegidos del Señor. Su paciencia es celestial, su dulzura seráfica, su calma infinita. Aun los que jamás lo han visto, lo reconocen apenas tienen la dicha de encontrase frente a él, a pesar de que ni por su traje, ni por sus maneras se distingue de los demás anacoretas de nuestro desierto. Para con los cristianos, su indulgencia no conoce límites, ni su clemencia obstáculos. Muy a menudo, cuando averigua que un religioso se halla atormentado por las tentaciones del demonio, enciérrase llorando en su celda y suplica a Nuestro Señor que le permita ser el emisario de las penas ajenas. Los monjes que por su mala conducta tienen que abandonar las lauras de Nitria, acuden a él, y en cuanto pueden gozar de su divina presencia, sienten el peso de sus faltas y declaran que sus almas se limpian, como por encanto,

de sus pecados. Para saber lo que pasa en el corazón de los hombres, no necesita interrogarlos. Con ponerles la mano en la cabeza, bástale para descubrir sus más íntimos secretos. Así, más de una vez, al ver acercarse a algún desgraciado, sus ojos se nublan de inefable tristeza. «Tú tienes tales y tales dolores»—le dice. Y todos, llenos de admiración, le contestan: «Es cierto, padre, es cierto.» Las palabras que salen de sus labios le son dictadas por Nuestro Señor Jesús. A los que le parecen susceptibles de orgullo, les habla de este modo: «A menudo nos engañamos en nuestros juicios sobre nosotros mismos, porque no conocemos nuestras faltas, y nos creemos perversos siendo buenos, y nos creemos buenos siendo perversos; pero los juicios de Dios son diferentes, pues El juzga, no por las apariencias, ni por las ilusiones, sino por el secreto de la verdad. Así, hermanos, dejémoslo todo a su juicio, no oyendo en el mundo sino la voz de nuestra conciencia.» A los que se sienten torturados por inquietudes hijas del mal, los reprende de este modo: «¡No os desesperéis, que nada es tan vano cual la desesperación. Llorad, que las lágrimas lavan el alma; llorad sin descanso hasta que la losa de plomo que pesa sobre vosotros se derrita con el calor de vuestros ojos. No olvidéis que el rey Ecequías fué curado de su enfermedad por sus propios sollozos, y que Pedro obtuvo su perdón gimiendo, y que María Magadalena se purificó en la fuente del llanto.» A los que carecen de paciencia les dice:

«Parecéis una casa que tuviese una bella fachada, pero que hubiera sido saqueada por los ladrones que penetran por las ventanas.» A los que se quejan de las asechanzas de Satanás, les recuerda que, según las santas palabras, nadie puede pretender que las tentaciones no se acerquen a él, puesto que hasta a Jesús se acercaron. A los que lo interrogan sobre la obediencia, les contesta: «La obediencia y la abstinencia son tan poderosas, que aquel que las practica en toda pureza, puede impunemente exponerse a vivir entre las fieras y entre los demonios sin temor de ser devorado.» A los que quieren saber lo que es la caridad cristiana, en fin, les enseña que nuestra vida y nuestra muerte espirituales dependen de nuestros semejantes, pues es en los escalones de las buenas obras donde ponemos los pies para subir hasta el cielo. Pero, en realidad, para aleccionar a los que quieren caminar por el sendero de la perfección, ni pronunciar una sola palabra necesita, Su vida es el espejo más puro de la bienaventuranza. Habiendo sufrido de todas las calumnias, de todos los ataques, de todas las tentaciones y de todos los tormentos, diríase en verdad que su ser ha sido creado para resumir la santidad entera. Muy a menudo, cuando viene a nuestro desierto y nos visita, evoca ante nosotros el recuerdo de las penas que el Espíritu Malo le hizo sufrir en otro tiempo. Ningún dolor ha dejado la más ligera amargura en él. Oyéndolo, cree uno oir a un niño en cuyo pecho no ha palpi-

tado la menor pasión malsana. Una sonrisa seráfica florece perennemente en sus labios, y sus ojos son como dos manantiales de aguas inmaculadas, «Los rezos y las lágrimas—dice—purifican hasta lo más impuro.» Y agrega: «Los más puros son los que más a menudo se ven acosados por las arteras mañas del demonio, pues los demás llevan en sí mismos sus espíritus malos, mientras al santo le vienen de fuera la penas, las asechanzas, los olvidos culpables, las tentaciones y las distracciones en los momentos del santo coloquio.»

Al oir estas palabras, Pakomio sintió un inefable consuelo en sus incertidumbres, pues comprendió que los abandonos de sus horas de preces no eran motivados por negligencias de su propia devoción, sino por obra del demonio. Y queriendo imitar al padre de los solitarios, propúsose luchar sin descanso y sin miedo contra la malicia de los Espíritus infernales. «Lo más peligroso—pensó—es el sueño, porque cuando nuestra voluntad nos abandona, el alma se halla a la merced de las influencias nefastas.» Luego, encontrándose a solas con su maestro:

—Padre—le dijo—he decidido no acostarme nunca más para dormir.

* * *

Los años transcurrían santamente.

El prestigio de Palemón, cuya vida solitaria era

conocida en todo el Oriente, comenzaba a atraer a la Tebaida numerosos devotos decididos a imitar sus maceraciones y sus prácticas ascéticas. En el yermo estéril, las chozas de cañas y de barro iban surgiendo de la arena, poco a poco, como inmensas rosas de Jericó. Palemón, sin embargo, rechazaba los títulos de padre y maestro. Lo que a Antonio en el bajo Egipto le complacía cual un justo homenaje, a Palemón, en el Egipto superior, mortificábalo cual una caricia diabólica. A todos los trataba Palemón como hermanos, y cuando alguna vez era preciso dar un consejo, lo hacía con la más suave humildad, temeroso siempre de caer en el pecado de orgullo. Los milagros mismos que Dios ponía en sus manos angélicas, pesaban de tal modo a su sencillez, que muy a menudo los hacía por el ministerio de Pakomio. Así, el joven anacoreta adquirió pronto, entre los peregrinos de Tebas que iban hasta el desierto en busca de curaciones maravillosas, un renombre mayor que el de su propio padre espiritual.

—Desconfiemos de todo lo que halaga nuestra vanagloria—murmuraba frecuentemente el anciano.

Y cada vez que veía una ocasión de dar a su joven compañero una advertencia saludable, aprovechábala con júbilo, Porque a él sí lo consideraba cual su hijo, recordando siempre las palabras de Dios al ponerlo bajo su mística tutela. Así, una tarde, notando el diabólico placer con que uno de los nuevos habitantes de aquel retiro, llamado

Juan, entregábase a prácticas sobrenaturales, llevólo con disimulo hasta su celda.

—Venimos a visitarte, hermano—dijo a Juan—, porque estamos enterados de tus grandes virtudes.

El solitario, que no tenía en su celda ni pan, ni sal, ni agua, ofrecióles una cena compuesta de hierbas secas y dióles a beber agua corrompida de un pantano, satisfecho de hacerles ver cuán inmensa era su abstinencia. Luego, encendiendo una hoguera de sarmientos y de zarzas, exclamó:

—Si alguno de vosotros tiene fe en el infinito poder de Dios, que se arrodille entre esas llamas para recitar la oración del día.

—Que Jesús nos guarde de semejantes tentaciones—murmuró el anciano haciendo el santo signo de la cruz.

Entonces Juan púsose de hinojos en el fuego, y oró largo rato sin quemarse ni sentir siquiera el más ligero calor.

Y Pakomio pensó: «Esta es, en verdad, una criatura elegida por el cielo para demostrar el infinito poder de la beatitud.» Pero Palemón abstúvose de pronunciar una sola palabra, hasta que, de vuelta en su celda, después de orar largo rato, vió el más extraordinario de los espectáculos. Un coro de demonios disfrazados de querubines, llevaba bajo un dosel de palmas inllamadas a un religioso de cuya boca salía una enorme llama de orgullo.

Pakomio, que a la misma hora tuvo la misma

visión, esforzóse desde aquel instante en aumentar sus penitencias para disminuir la debilidad de su ánimo y no estar expuesto a tentaciones como la que había sentido al ver la hoguera encendida, en la cual, para probar su fe invencible e insuperable, hubiérase precipitado a no hallarse al lado de su padre espiritual, No contento, pues, con andar con los pies descalzos, como todos los religiosos, sobre la arena candente del desierto, impúsose el deber de ir todos los días hasta un campo de guijarros hirientes, en el cual se paseaba largas horas repitiendo salmos preferidos. Y mientras mayores eran sus padecimientos, más cerca parecíale estar su alma de Dios y mejor comprendía las líricas invocaciones de David. Sus labios murmuraban: «Ten piedad de mí, Señor, en toda la extensión de tu misericordia; y según las grandezas múltiples de tus bondades, lávame de mis impurezas, purifícame de mi pecado; pues conozco mi iniquidad y mi falta está siempre presente a mi espíritu; y sé que he pecado contra ti solo, porque he hecho el mal ante ti, porque he nacido en la iniquidad, porque mi padre me concibió en el pecado; purifícame con el hisopo y seré puro; lávame y me volveré blanco; ¡oh, Señor, si tú hicieras sonar a mis oídos la alegría, mis huesos temblarían de júbilo! Crea en mí un corazón puro y renueva el sentimiento de la justicia en el fondo... Señor, Señor, abre mi boca para que mi lengua anuncie tus laudes; si quisieras sacrificios,

sacrificios te haría, pero tú no amas los holocaustos; el sacrificio que gusta a Dios es un alma rota de dolor.» Y a medida que los cánticos exaltados de la Biblia subían de sus labios en espirales de fuego, sentía que la sangre de los pies de Jesús remontaba también por sus venas hasta su pecho para purificarlo. Y algunas veces parecíale escuchar la voz del Señor murmurando a sus oídos frases inefables, en las cuales había promesas de eterna santidad y de inmoral grandeza.

Al verlo volver, por la noche, de aquellas dolorosas expediciones, el viejo Palemón, que sentía ya en su espíritu las dulzuras del otro mundo, contemplábalo melancólicamente.

—¿De dónde vienes?—le preguntaba.

—De orar, padre.

—Tienes los pies ensangrentados.

—Jesús tuvo los pies atravesados por los clavos de la cruz.

—Tus labios tiemblan,

—Son las oraciones, padre.

—En tus ojos hay llamas de fiebre.

—Es porque he contemplado el cielo.

—Hermano, la humildad es nuestro más estricto deber.

—En las humillaciones vivo, padre.

Y, en efecto, nadie como él practicaba con una especie de regocijo delirante las penitencias y las maceraciones, los sacrificios y los dolores. Continuando su sistema de vigilias, sólo dormía dos

horas cada noche, y eso sin acostarse jamás, sin recostarse siquiera contra las paredes, sino sentado en medio de su celda y con los brazos en cruz.

Para comer, en los raros días que no eran de ayuno, esperaba la entrada de la noche, y suprimiendo las más de las veces el pan y la sal, contentábase con hierbas secas. Bajo su sayo oscuro, llevaba siempre un cilicio de hojas de palmera que mantenían vivas las llagas de su pobre cuerpo demacrado.

—Realmente—pensaba el anciano al verlo—no hay medio de hacer más.

Y animándolo con palabras fraternales, admirábale en el esplendor juvenil de su beatitud.

Mas, algo había en todo aquello que ponía como un velo melancólico en el alma del santo Palemón.

* * *

Una tarde, ya muy tarde, a la hora en que el sol se esconde cubriendo de sangre las arenas del desierto, Pakomio paseábase por su campo de guijarros, cuando de pronto una piedra más aguda que las demás desgarróle cruelmente el talón y lo hizo caer de faz contra el suelo. Sus labios, lejos de exhalar la menor queja, bendijeron a Jesús que así probaba sus fuerzas. Un sopor invencible cerró sus párpados. «He vacilado, he estado cerca

del abismo y Dios me ha sostenido»—dijo—. Pero sus labios no pudieron terminar el salmo, que agonizó en sus labios cual una paloma herida. Entonces un coro de ángeles bajó del cielo para rodear al santo. Y mientras los demás apartaban con sus manos albas los guijarros ensangrentados, uno de ellos, el de mayores alas, el más bello, cogió en sus brazos al hijo espiritual de Palemón y se elevó en el espacio llenando de armoniosos rumores el aire. Y al cabo de breves instantes, una puerta de oro abrióse en pleno éter. Y el solitario se encontró en el Paraíso, curado de sus heridas, con los miembros ungidos de bálsamo aromático, con los cabellos perfumados.

—En nombre de Jesús—díjole el ángel—, hete aquí en el reino de los cielos, para que goces en vida de las bienaventuranzas que Dios reserva a los que han sido dignos de las eternas recompensas.

—Alabado sea Dios por los siglos de los siglos —murmuró Pakomio.

En el acto las imágenes paradisíacas comenzaron a pasar ante su vista. Y eran cortejos de vírgenes de cabelleras de oro y de ojos de zafiro, que cantaban con voces seráficas los himnos de la suprema alabanza. Y eran desfiles de matronas vestidas de claras túnicas, en cuyos labios las sonrisas de la eterna felicidad florecían como rosas místicas. Y eran grupos de efebos coronados de jazmines, que llevaban en la diestra un lirio, símbolo de pureza. Y eran asambleas de varones graves

envueltos en túnicas que parecían tejidas de luz, y con rostros que brillaban como luceros tranquilos.

—Aquel es David—murmuró el ángel señalando a un anciano de frente luminosa, a cuyos pies una mujer de belleza extraordinaria tenía un libro abierto.

El solitario quiso arrodillarse ante el salmista. Pero el ángel lo detuvo, e indicándole a otro elegido, le dijo:

—Ese es Juan el precursor.

El solitario, que en sus visiones figurábase siempre percibir al Bautista cubierto de un pellejo de camello, vió con júbilo a un hombre joven, de negro pelo rizado y de bellos ojos soñadores, que hacía un amplio ademán de bendición.

Luego, los apóstoles, y los profetas, y los reyes santos, y los mártires, fueron apareciendo, todos envueltos en mantos de luz, todos iluminados por claridades inefables, todos sonrientes en su seráfica serenidad.

De pronto, al pasar junto a una zarza ardiente, el ángel inclinóse murmurando:

—Moisés.

Una alta figura, coronada de cuernos de oro, surgía de entre las matas de esmeralda.

Pakomio iba a detenerse lleno de emoción cuando su guía levantólo de nuevo en vilo y desapareció en el espacio con un rítmico palpitar de alas. Pocos instantes después, una nueva puerta

abrióse ante ellos, ya no de oro como la primera, sino de hierro, y un espacio caliginoso apareció a los ojos espantados del solitario.

—El infierno—pensó temblando.

Era el infierno, en efecto, un infierno sin llamas, sin calderas de pez hirviente y sin dragones de fauces horribles; un infierno en el que no se descubría sino el angustioso vacío sin luz y sin color, de una inmensidad sin límites. Mezclada y confundida, toda una humanidad heterogénea poblaba aquel espacio, haciendo gestos inarmónicos y pronunciando palabras sin orden. Unos parecían contar monedas en el aire, y eran los avaros; otros abrían la boca hasta desquiciarse las mandíbulas, como para devorarse a sí mismos, y eran los golosos; otros acariciaban formas ausentes con las manos crispadas, y eran los lujuriosos; otros se erguían en actitudes airadas, buscando en la nada que los rodeaba un punto invisible que parecía irritarlos, y eran los coléricos; otros se mordían los dedos, y eran los envidiosos; otros trataban en vano de encontrar un sitio para extender sus cuerpos hinchados, y eran los perezosos; otros, en fin, con aire satisfecho, pasaban por entre los demás alzando la frente, y eran los orgullosos.

Entre estos últimos Pakomio reconoció en seguida al solitario Juan, que había orado de hinojos sobre ramas ardientes, y sintió un escalofrío que le heló la espalda.

—¿No puedes decirme los nombres de esos seres que pasan sin vernos?—preguntó.

—Aquí—contestóle el ángel—nadie tiene nombre.

—Aquellos, sin embargo, parecen vestidos como los sacerdotes de la Iglesia.

—Son los fundadores de las herejías... Míralos... Todos, en principio, amaban a Dios y querían servirlo. Pero todos sucumbieron por el orgullo.

—Los hay que parecen tan humildes... Algunos de ellos hacen el ademán de la disciplina, y otros se arrodillan ante los que pasan a su lado.

—Esos son los más orgullosos,

—¡Insensatos! ¡Insensatos!...

El ángel cogió al solitario entre los brazos y alzó el vuelo hacia el desierto. Al depositarlo de nuevo en el lugar en que antes lo hallara herido, entrególe una tabla de bronce y le dijo:

—Estas son las reglas del monasterio que fundarás en este mismo sitio, según la voluntad de Dios. Los hombres ávidos de perfección vendrán hacia ti y tú los guiarás.

Pakomio abrió los ojos y vió que el sol comenzaba a alumbrar la tierra. En el Este una ola rosada subía lentamente, borrando las sombras. Las ondulaciones remotas de la Tebaida, parecían surgir de entre los precipicios con una suavidad exquisita. En el cénit algunas estrellas parpadeaban

aún, casi sin luz, mientras la luna, descolorida, huía muy rápida, en el éter sin mancha.

* * *

Palemón oyó el relato de la ascensión sin pronunciar una palabra. Luego leyó lo que estaba escrito en la tabla de bronce y tampoco dijo nada.

—Padre—murmuró Pakomio—; padre, ¿por qué no me hablas?

—Oremos—contestóle el anciano.

Juntos rezaron hasta el fin del día, y luego, sin comer, fueron a encerrarse en sus celdas, Y el anciano, entristecido, olíase las manos para ver si la tabla en que se hallaban grabadas las reglas de la futura Congregación, no le habían dejado algún olor de azufre. Porque en su gran sencillez y en su larga experiencia de las artes del Espíritu Malo, temía que aquellas visiones de su hijo espiritual no hubieran sido sino un ardid del demonio para inducirlo en el pecado del orgullo. Pero sus manos, lejos de oler mal, exhalaban un delicioso aroma de nardos.

—Oremos—volvió a murmurar, hablando consigo mismo.

Y arrodillándose ante la imagen de Jesús, propúsose pasar la noche entera rezando. Y mien-

tras más ardor ponía en sus preces, más convencíase de que Pakomio era víctima de una maniobra infernal. Y en su amor de Dios y de su hermano, decía: «Padre nuestro que estás en los cielos, escucha a este miserable pecador que ya no tiene muchos años de vida, y que pronto comparecerá tembloroso ante tu santo tribunal. Escúchame, Señor, y hazme comprender por un signo si el hombre a quien tú mismo me confiaste años ha, es víctima de los engaños del Espíritu Malo, o si realmente, en premio a su gran santidad, ha recibido de ti la más preciada de las recompensas. Señor Todopoderoso, Todomisericordioso, no abandones en este terrible trance de inquietud a tu esclavo, a quien tantas veces has favorecido con tus luces inefables; no lo dejes en el borde del sepulcro, presa de una pena inmensa y de una inmensa zazobra.»

Unos cuantos peregrinos de Denderá que aguardaban el alba a la puerta del patriarca de los solitarios para pedirle sus bendiciones, aseguraron, al día siguiente, que en el interior de la cabaña habían resonado dos voces seráficas en un coloquio ardiente, y todos comprendieron que Jesús hablaba con el santo. Mas Palemón no oyó sino sus propias palabras y sus propios sollozos llenando el espacio mudo, y llenando, sobre todo, su alma atribulada,

Empero cuando Pakomio, radiante de una be-

lleza sobrenatural, presentóse ante su padre, éste le dijo:

—Hermano, poco tiempo me queda aún de existencia... Mira mis pobres piernas enflaquecidas y temblorosas, que apenas pueden ya con el paso de mi cuerpo seco. Mira mis pupilas cubiertas de niebla, que sólo distinguen lo que está muy cerca... Mira mi cabeza, que ha perdido hasta sus últimos cabellos blancos. Mírame, hermano. Dentro de algunos meses habré cumplido los cien años. Nuestro Señor me llamará entonces ante su tribunal. Pero durante el breve espacio de vida que aún me resta, no te abandonaré un solo instante. Juntos haremos el monasterio que Dios te ha ordenado construir para los hombres que vendrán de todos los ámbitos del mundo.

Y luego, aceptando por primera vez en su existencia los presentes en oro y en plata que los romeros tebanos le llevaban, comenzó a realizar la fábrica del gran convento de Tabena. Por su parte, Pakomio reunió todos los elementos que pudo para llevar a cabo su obra. De las ciudades del Alto Egipto, hasta de las ciudades del Sudán, acudían las limosnas en gran número. Cada devoto, enterado de la orden del Señor, anhelaba aportar su piedra al edificio, En menos de un año, la santa casa pudo abrir sus puertas a los que, sedientos de luz sobrenatural, querían gozar perennemente de la presencia de Dios.

* * *

Mas Palemón no llego a ver la obra acabada. El mismo día en que sus discípulos celebraban su centenario, quedóse dormido con una sonrisa seráfica en los labios, y no volvió a despertarse más. Los anacoretas, arrodillados alrededor de su celda, vieron un coro de ángeles que se elevaba en el espacio, llevando el cuerpo del anciano hacia las regiones sagradas.

* * *

Pakomio no tuvo, como otros fundadores, las grandes perplejidades de todos los que están encargados del gobierno y la disciplina de las almas. Ejecutor de una orden divina, contentóse con poner en práctica entre sus monjes las reglas grabadas en la tabla de bronce que el Señor le hiciera entregar la noche de su ascensión celeste. Estas reglas, según Dionisio el Pequeño, que nos las ha conservado, eran a saber:

Permite a cada uno que, según sus fuerzas, coma y beba, y hazlos a todos trabajar conforme a lo que comen, sin impedirles beber ni comer moderadamente, ni ayunar en la medida de sus energías.

Constrúyeles celdas diversas y ponlos de tres en tres en cada celda, y que los alimentos sean preparados en un mismo lugar y que todos coman en común.

Que estén vestidos durante la noche de túnicas

de lino, con las cinturas ceñidas; que tengan todos un manto blanco de lana de cabra, el cual no han de quitarse nunca, ni comiendo, ni durmiendo; pero que, al acercarse a la santa comunión, desaten sus cinturas y se quiten el manto de lana, no conservando sino el capuchón y la túnica.

Divide a tus religiosos en veinticuatro categorías, correspondientes a las veinticuatro letras del alfabeto griego, desde alfa hasta omega, con el fin de poner en el sentido de cada signo el grado de perfección a que hayan llegado, para poder saberlo al sólo ver la letra que corresponda a cada monje.

Aquel que entre a formar parte de tu monasterio, no podrá volver a salir nunca más de él.

Durante los tres primeros años de su noviciado no se ocuparán los frailes de leer las escrituras sagradas, sino de trabajar con sencillez en las obras que les sean confiadas. Después de tres años, entrarán en la carrera de los combates espirituales.

Que durante las comidas se cubran con el capuchón para que no se vea lo que comen, y guarden un absoluto silencio.

En fin, que hagan doce oraciones durante el día, doce durante la tarde y doce durante la noche. Amén.

Este último mandamiento, y, en general, todos los de la Regla Divina, parecían a Pakomio de una suavidad exagerada. ¿Cómo, en efecto, él que oraba sin cesar, él que no se quitaba nunca el ci-

licio y que jamás acostábase, él que no comía sino pan negro y hierbas secas, había de aceptar que a costa de tan pocas mortificaciones se llegara a la verdadera perfección?... Así, sin notar lo que había de orgullo en ello, decíase: «Esta regla es para mis discípulos, no para mí.» Y mientras los demás dormían envueltos en su túnica de lino, y se nutrían de legumbres cocidas, y rezaban a horas fijas, él solo, aislado dentro de la comunidad, seguía contentándose con sus alimentos austeros, y seguía pasando las breves horas consagradas al sueño sentado en medio de su celda y seguía orando sin tregua, y seguía llevando un cilicio de palmas hirientes.

En el fondo faltábale la clara presencia de su padre espiritual.

Pero no se lo decía a sí mismo. Es más: probablemente ni siquiera lo notaba, Ocupado en organizar su monasterio, apenas tenía tiempo para pensar en su propia vida. De todas partes del mundo acudían a ponerse bajo sus órdenes los religiosos ávidos de disciplina ascética. Entre sus discípulos habíalos de todos los países. Habíalos, en gran número, de Egipto, patria elegida de los Santos, y de Palestina, tierra bendita por los pasos del Señor. Habíalos también del vasto imperio griego, hombres de espíritu sutil, y también de Roma, en donde el paganismo imperaba aún, más a causa del prestigio de los poetas, que del poder de los dioses. Habíalos de las Galias, ardientes y

doctos; de Iberia, muy taciturnos y muy altivos; de la lejana Germania, aún idólatras como buenos habitantes de tierra bárbara, y hasta de las remotas y frías costas escandinavas. Habíalos, en fin, negros de tez y blancos de alma, venidos de regiones fabulosas en las cuales nace el Nilo. Y todos, tan diferentes de caracteres, tan opuestos de sentimientos, formaban una sola familia fraternalmente unida en la perpetua adoración de Cristo Nuestro Señor y del Santo Pakomio que aparecía en la Alta Tebaida como su representante en la tierra. Porque, en verdad, desde que Palemón había muerto, ningún prestigio era tan grande cual el suyo. Su vida de constante penitencia citábase como ejemplo maravilloso en todos los desiertos poblados de anacoretas, y sus visiones eran conocidas en el orbe entero. De los más recónditos parajes iban hasta su convento, mendigando milagros, los enfermos, los desamparados y los poseídos, El solo contacto de sus manos, tenía la virtud de curar los males más espantosos. Sus imprecaciones hacían huir al diablo de los cuerpos más empedernidos. Las mismas hienas del desierto, cuando lo veían aparecer con su túnica clara, llevando la cabeza cubierta por la capucha misteriosa, inclinaban sus cervices como para prestarle una mística pleitesía. Y por encima de sus demás dones sobrenaturales, tenía el de poder sondear el fondo de las almas con la mirada, y el de prever el porvenir. Muy a menudo, al

acercársele uno de sus religiosos con objeto de confiarle una pena secreta o un seráfico arrobamiento, el santo lo interrumpía, murmurando:

—Ya sé, hermano, lo que vas a decirme.

Y con dulzura paternal, acordábale el socorro de su ciencia.

Un día, presentóse a las puertas del monasterio un anacoreta llamado Juan el Loco, que se había hecho célebre en todo el Egipto por sus ascéticos desvaríos. Durante algunos años los padres de Nitria lo tuvieron por compañero, sin notar que su locura era simulada. Pero apenas Pakomio encontróse frente a él, le dijo:

—Guarda tu máscara si te conviene, hermano, pero ten entendido que en este mismo instante veo los esfuerzos interiores que haces por ocultar tu sano juicio. Dios me da a veces la facultad de descubrir el fondo del alma, Tu alma es pura.

—Yo también veo en ti el demonio del orgullo —clamó Juan haciendo mil visajes, y levantando su túnica para dejar descubierto su cuerpo velludo y flaco.

En seguida, dando un empellón al portero, quiso entrar por fuerza en el claustro.

—Si es para visitarnos—murmuró Pakomio—, entra: esta casa es de todos los hijos del Señor.

—No... no... no... No es para visitarte... Es para formar parte de tu cohorte de esclavos... Anda, date prisa, y tráeme una túnica de lino...

Impaciente, el santo rechazó con tal violencia

al loco, que lo hizo caer de bruces en medio del atrio. El portero cerró la puerta. La hora del descanso sonó. El patio del convento quedóse desierto. Entonces Pakomio, arrodillándose junto a la tapia de la entrada, para pasar la noche haciendo penitencia por su involuntario rapto de ira, dirigió a Dios una prez llena de humildad:

«Señor—dijo—, bien veo que las debilidades de la carne dominan aún mi espíritu. Bien veo que aún estoy sujeto a la injusta ley de la cólera. ¡Desgraciado de mí, que no logro todavía hacerme dueño de mis impulsos, a pesar de los treinta años que llevo en el desierto! Y poco importa que mi acto reprensible de esta tarde haya sido provocado por el deber de defender las reglas de esta casa, que es la tuya, Señor, Nada me puede excusar, y sólo tu bondad infinita es capaz de lavarme de mi culpa. Ten piedad de tu siervo, Señor. No permitas que sucumba de nuevo a la tentación del demonio, pues si tu gracia no me sostiene contra la malicia del espíritu infernal, poco trabajo le costará encadenarme a su carro. ¿Cómo puedo guiar a los otros por el sendero de la virtud, si yo mismo no conozco sus difíciles recodos? Señor, Señor, no me dejes de tu divina mano.» Al día siguiente, apenas los religiosos estuvieron despiertos, hízolos salir fuera del convento. Juan estaba aún allí, acostado en la arena, durmiendo y roncando. Pakomio arrodillóse ante él y le dijo:

—Perdóname, hermano, por el amor de Dios.

El loco entreabrió los ojos:

—Estoy borracho—murmuró—, estoy borracho porque me he bebido el rocío de la noche en una copa de oro.

—Perdóname—repitió Pakomio.

—Déjame dormir,

Y volviéndose contra la pared, continuó roncando más recio que antes.

Pakomio no se movió.

Al cabo de dos largas horas, el religioso demente púsose de pie como movido por un resorte, y entre risas sarcásticas comenzó a bendecir al santo que seguía de hinojos.

—Te bendigo—exclamaba—, te bendigo en nombre de Dios y te nombro obispo... ¡No!... Eso no es bastante para tu soberbia... Te nombro Papa...

Los monjes temblaban de emoción, admirando la sublime mansedumbre del superior de la Orden.

—Perdóname, hermano, perdóname por Dios—gimió de nuevo Pakomio.

Juan despojóse de su túnica, y, completamente desnudo, haciendo enormes gestos obscenos, alejóse sin dejar de reir.

* * *

Santamente transcurría el tiempo.

El número de los discípulos del gran solitario

aumentaba de tal modo, que cada dos o tres años era preciso edificar un monasterio para alojarlos. Después del convento primitivo de Tabena, surgió, como por encanto, un magnífico claustro en un lugar desolado, cerca de Pabau. Luego surgieron otros, hasta llegar a siete. Mas Pakomio no quiso nunca abandonar su primera celda, y confió a sus discípulos preferidos: Psols, Petronio, Orsiso, Teodoro, Psentaese y Syr el gobierno de los nuevos cenobios. Con la vejez, una paz inefable inundaba su alma. La perpetua ayuda del Señor, que hacía multiplicarse sus obras maravillosas, poníale en los ojos una claridad infantil. Sus discípulos llamábanle «El Santo», y los peregrinos de todos los países poníanse de rodillas para presenciar sus milagros. Dos barcas aseguraban el servicio entre sus conventos, situados a uno y otro lado del Nilo. Pero, como a veces ninguna de las dos estaba libre, cuando el superior tenía necesidad de ir a visitar a sus hijos lejanos, llamaba a uno de los terribles cocodrilos que infestan las márgenes del río, y poniéndose de pie sobre sus lomos hacía la travesía orando. En cualquiera de los lugares donde había anacoretas o cenobitas, su ejemplo era citado con veneración, como un espejo de perfecta felicidad dentro de la perfecta penitencia.

Sin embargo, el hombre de Dios seguía siendo víctima de los ataques encarnizados del demonio. El obispo Paladio, que lo visitó cuando los monjes de toda la Tebaida celebraban el cuadragésimo ani-

versario de su existencia, nos ha conservado en sus Memorias las confidencias más interesantes del santo.

—Como ves—díjole—, estoy ya viejo, a pesar de lo cual aún tengo instantes de tentación dolorosa. Durante doce años, después de cumplir los cincuenta, el Espíritu Malo no me dejó pasar una noche ni un día sin asediarme. Así, en cierta ocasión, figurándome que Jsús me había abandonado, y prefiriendo morir a caer en las redes del vicio, salí de mi celda con el firme propósito de no volver a ella. Después de errar durante largas horas por el desierto, encontré una madriguera de hienas. Desnudeme y me metí en ella para que, al volver, hambrientas y furiosas, las fieras me devorasen. Mas, cuando las hienas llegaron, lejos de hacerme daño, se prosternaron humildosas a mis pies. Entonces, lleno de confusión, al ver qne aquellos animales feroces comprendían mejor que yo el secreto designio del Señor, les dije: «Oremos.» Y todo el tiempo que pasé entre ellas orando, no se movieron. Y luego, cuando salí de la cueva, acompañáronme hasta las puertas de Tabena. Durante algún tiempo, después de ese día, el diablo dejóme en paz. Sus alas crepitantes pasaban sobre el monasterio a menudo, y en la arena de las inmediaciones veíanse las huellas de sus pasos caprípedos. Pero no penetraba en el santo recinto. Hasta que una noche, enardecido por mayores ímpetus, entró nuevamente en mi celda, y de tal

modo me acosó, que en poco estuvo no me hiciera blasfemar. La bondad del Señor fué mi salvación. Algo más tarde, en momentos de descanso, llegóse a mí una zagala de Etiopía, a quien en mis mocedades había visto segando la hierba fresca en un valle florido, y se sentó en mis rodillas, y me tentó con tanta malicia, que creí pecar con ella. Aún siento la palpitación de todo mi sér, padre, al evocar aquel recuerdo. ¡Era tan bella la condenada y tan grandes eran sus fuerzas, que para arrancarme de sus brazos tuve que dejarla mi hábito entre las garras! Salí corriendo por el yermo, loco de dolor. El aroma amoroso de mis manos me volvía frenético. Y anduve toda la noche y todo el día siguiente sin probar bocado, hiriéndome los pies sobre las piedras y retorciéndome las manos con ira. Los solitarios, al verme pasar, hacían la señal de la cruz, figurándose que había perdido la razón. Mas, como nada calmara mis fuegos, cogí un áspid igual al que la reina Cleopatra se puso en el seno para morir, y lo apliqué iracundo contra mis miembros pecadores. Y el áspid mordióme por tres veces, sin causarme daño ninguno. En aquel instante una gran claridad iluminó mi espíritu, y una voz me dijo en las alturas: «Vuelve a tu celda, lucha, mortifícate; es para probarte por lo que he permitido que caigas en esta debilidad. Ten confianza en tu Dios.» Desde entonces el Espíritu Malo me ha dejado en paz y mis días y mis noches son tranquilas.

El obispo Paladio y el abad Pakomio paseábanse por las inmediaciones de Tabena la tarde de estas confidencias trágicas. El aire suave del crepúsculo acariciaba sus sienes ancianas, y la luz del sol agonizante entreteníase en alargar fantásticamente sus sombras sobre la arena Una clara dulzura llenaba el vasto espacio desierto. En el cielo había incandescencias maravillosas. Muy lejos, muy lejos, divisábase la torre de una iglesia, en cuya cima una cruz de oro brillaba como un faro de pureza.

—¡Cuán dulce es la tarde!—murmuró el obispo.

Pakomio, después de sus confidencias, guardó el más profundo silencio durante largo rato. Caminando con pausa, evocaba, no sin gran satisfacción, los más bellos recuerdos de su larga existencia de santidad. En una teoría infinita, invadiendo los confines del desierto, pasaban ante su vista los enfermos del cuerpo y los enfermos del alma que le debían la salud, Y eran legiones de pobres seres atormentados por el demonio, a quienes sus exorcismos habían devuelto la paz del espíritu. Y eran ejércitos de pecadores que, al sólo arrodillarse ante él, habían sentido nacer en sus almas la divina rosa del arrepentimiento. Y eran multitudes de idólatras que, gracias a él, gracias a su enseñanza, gracias a su ejemplo, habían reconocido el error de sus creencias originales para proclamar la verdad única de la fe de Jesús Nuestro Señor. Todos, al pasar ante su vista, inclinábanse llamán-

dolo Padre, llamándolo Maestro, llamándolo Salvador. Detrás de ellos, en desfile confuso y ululante, aparecían los torturados de la carne, los esclavos del dolor. ¡Qué rostros tan espantosos tenían algunos! En sus delirios de condenados del infierno humano, llegaban a blasfemar el santo nombre de Dios con sus inmundas bocas crispadas. Pero apenas las dulces manos del solitario posábanse con solicitud en sus miembros malsanos, el mal desaparecía. ¡Cuántos leprosos, cuántos ciegos, cuántos paralíticos debíanle la salud! Con su saliva, un día, lo mismo que el Hijo del Hombre en el monte de los Olivos, le pegó a un anciano una mano que acababa de cortarle un salteador. ¡Y las mujeres, cuyos vientres le debían una castidad absoluta! Eran incontables, ciertamente, las pecadoras que, al sólo verlo, renunciaban a sus torpes instintos para honrar a Dios con la gracia de sus vidas. «Jesús me colma de bienes»—pensó. Pero más aún que aquellas obras de su poder milagroso, el espectáculo de su admirable pueblo de monjes parecíale una prueba de la predilección divina. El diablo, sin embargo, no había dejado de poner en un principio obstáculos a su labor. Un grupo de falsos religiosos, introduciéndose con astucia en el redil sagrado, contaminó durante algún tiempo el rebaño. ¡Qué penas tan grandes las de aquellos días en que todo el edificio de la común perfección parecía amenazado de ruina! Mas, por fortuna, las malas bestias habían huído para formar en otros

parajes compañías de enemigos impotentes. ¿Quién podía dar crédito a las calumnias de los que salían expulsados de Tabena? Tabena era la casa santa entre las casas santas. El dulce Pakomio veía el cuadro de su gran familia espiritual envuelta en los vapores rosados de Poniente, y se figuraba contemplar un pueblo de seres celestiales, guiados por el dulce Jesús. Una hermandad absoluta reinaba entre aquellos religiosos. Orando juntos, ayunando juntos, cantando juntos las alabanzas de la perfección, hacían subir, hasta el paraíso, en una mística espiral, el murmullo de sus voces y el aroma de sus virtudes. Y en los oídos del santo las palabras de la Escritura murmuraban: «Que tus pabellones son bellos, ¡oh, Jacob! Que tus campamentos son amables, ¡oh, Israel! Son como valles umbrosos; son como jardines regados por arroyuelos claros; son como tabernáculos erigidos por la madre de Dios; son como cedros plantados en los bordes de los ríos.»

Lo mismo que el pueblo de Moisés, en efecto, el pueblo de Pakomio parecía un pueblo elegido por el Señor, legislado por el Señor, protegido por el Señor. ¿No era, acaso, un ángel quien había ordenado su creación y quien había traído a la tierra las tablas de su ley? El buen abad veía en el espacio los numerosos querubines que muy a menudo lo visitaban como mensajeros celestiales. ¡Ah! ¡Esos sí que formaban la legión más inefable entre todas las legiones de sus múltiples apariciones! En cada

momento grave de su carrera, un albo aleteo llenábalo de júbilo, Hasta en las circunstancias en que las manos de los hombres habrían bastado, Jesús ponía a su servicio los brazos de sus serafines. Así, por ejemplo, cuando los monjes tabeniotas edificaban el monasterio de Panes, un grupo de enemigos reunióse una noche, y con piquetas viles destruyó el muro recién levantado. El superior vió aquella obra impía, y llamó a sus discípulos, y les dijo: «Hermanos, hay que reedificar, pues Dios ha querido, permitiendo este crimen, poner a prueba nuestra constancia.» Y todos los religiosos disponíanse a emprender de nuevo la obra, cuando un coro de ángeles bajó del cielo, y en un instante colocó las piedras en el mismo orden en que se hallaban la víspera. Evocando este recuerdo y otros muchos no menos prodigiosos, Pakomio sentía aquella tarde una extraordinaria impresión de ventura. Todo su sér estaba impregnado de santidad. Su alma bañábase en una luz celeste.

—¡Cuán dulce es la tarde!—murmuró de nuevo el obispo.

—¡Cuán dulce!—repitió el abad.

En ese mismo minuto, como saliendo de debajo de la tierra, un fraile flaco e hirsuto irguióse ante los dos solitarios, y comenzó a hacerles grandes reverencias, diciéndoles:

—Bien veo que no sois pobres pecadores, como yo, sino que sois santos del cielo y papas del mundo, a menos que seáis diablos del infierno,

Y cada una de sus palabras iba acompañada de una risa formidable.

—¿Quién es?—preguntó Paladio.

—Es el pobre loco Juan—contestó Pakomio.

Y en silencio, inquietos, temblorosos, volvieron rápidamente al monasterio.

* * *

El solitario encaminábase hacia su ocaso cercano cual un astro de santidad. Ochenta y dos años iba a cumplir por la Cuaresma, y siempre llevaba su misma existencia de penitencia, sin dejar de ayunar más que cuando era indispensable para sostenerse, y sin dormir nunca acostado. Su prestigio crecía de tal modo, que los conventos de las demás Ordenes tebanas abandonaban sus celdas y corrían a ponerse a sus órdenes. El venerable Sponino, superior de Chenobosque, entonces considerado cual un gran abad, presentóse un día en Tabena con todos sus frailes y pidió al santo anciano que ahí mandaba los tomara bajo su disciplina. La comunidad de Muchons hizo poco después lo mismo. Y en vano Pakomio decía:

—Muy viejo soy ya y muy pocas fuerzas me quedan para atender a todo lo que se me pide.

El Oriente entero obligábalo a vivir operando milagros, organizando monasterios, haciendo via-

jes, recibiendo romerías, dando consejos. Desde los más remotos centros de la cristiandad, los doctores de la Iglesia acudían a sus luces para desentrañar los secretos del dogma. Sus palabras, escritas con infinito respeto en grandes pápiros iluminados con capiteles de oro, servían en Jerusalén, en Alejandría, en Antioquía, en Roma misma, para confundir a los herejes, ya fueran patricianos o maniqueos, sabelinos o apolinaristas, gnósticos o estotiritas, demasianos o montanistas. Antes de que el Concilio de Nicea legislara sobre el símbolo de la fe, sus pláticas familiares habían resuelto de manera definitiva el magno problema de la naturaleza del Cristo Nuestro Señor.

Así, cuando se acercaba el día de celebrar sus bodas de oro con la Iglesia, que era el octogésimo segundo aniversario de su vida, congregáronse en Tabena numerosos solitarios de todos los desiertos de Egipto.

—Padre—decíanle sus discípulos—, tu ancianidad es grande, y tu cuerpo necesita un poco de reposo y de bienestar. Permítenos que pongamos un lecho en tu celda.

—No, hijos—les contestaba con suave decisión.

—Padre, déjanos, por lo menos, que te demos alimentos más substanciales que tus hierbas.

—No, hijos; no...

—Padre, ten piedad de ti mismo y aparta de tus carnes doloridas el cilicio que te hiere día y noche.

—No, hijos; no, no...

—Padre, como un favor que te pedimos de rodillas, prométenos que durante los cuarenta días de tu jubileo, ahora que vamos a celebrar el quincuagésimo año de tu vida conventual, vivirás como nosotros. En nombre de la santa humildad, no nos niegues esto...

Pakomio no contestó.

—Padre—insistieron sus religiosos derramando lágrimas abundantes—; padre, en nombre de Jesús crucificado te lo pedimos.

—Que sea por Jesús Todomisericordioso.

Y aquel mismo día el hermano ecónomo puso en la celda del superior una camilla cual la de todos los demás religiosos, y dió orden al hermano cocinero para que sirviese en el gran refectorio al santo los mismos manjares que a los otros.

Apenas había sonado la primera hora del jubileo, en el momento en que los religiosos sentábanse a la mesa, un fraile vestido de negro, con el rostro oculto en el capuz, penetró apoyándose en un báculo nudoso, en la basta cuadra, y yendo derecho a Pakomio, le dijo:

—Hermano, para saludarte vengo de muy lejos, y me propongo pasar contigo los cuarenta días de tus bodas áureas.

—Que Dios te bendiga—contestóle el santo, haciéndole señas para que se sentara a la mesa con los demás.

Pero el desconocido murmuró;

—Déjame vivir a mi guisa, hermano.

—¿Cómo te llamas?

—Déjame callar.

—Haz tu voluntad, hermano.

Entonces el encapuchado fué a colocarse de pie en un ángulo del refectorio, y allí permaneció durante toda la noche, inmóvil, silencioso, patético. Al día siguiente, a la misma hora, cuando llegó el momento de la cena, allí estaba, siempre silencioso, siempre patético, siempre inmóvil. Y los días fueron pasando sin que el hombre extraño diera signo de vida. Al cabo de una semana, Pakomio llegóse a él y humildemente le preguntó:

—¿No quieres venir a nuestra hospedería para descansar?... ¿No quieres compartir nuestros alimentos?...

El hombre negro nada contestóle.

El superior de Tabena, que siempre había gozado de la virtud milagrosa de la adivinación, quiso saber quién era aquel singular penitente. Largo rato permaneció junto a él, haciendo esfuerzos para sondear el misterio de su vida. Mas nada claro y concreto logró descubrir. Vió, sí, de un modo vago, que se trataba de un religioso envejecido en las luchas contra las tentaciones en las prácticas del ascetismo. Vió que su alma era clara cual un cristal de roca. Vió que en el fondo de su espíritu brillaba una extraordinaria luz de sabiduría. Pero eso fué todo. De su origen, de sus actos, de sus virtudes especiales, nada pudo penetrar.

«¿Será Juan el Loco?»—preguntóse, sintiendo de pronto un ligero temblor en sus miembros caducos. Porque aquel infeliz cultivador de falsos desvaríos, que recorria el desierto como los más empedernidos girávagos, provocando las indignaciones de los anacoretas, y que, sin embargo, era merecedor, por su misma constancia en la simulación, del respeto de los que lo conocían a fondo, habíase convertido en una especie de conciencia viva del abad de Tabena. Cada vez que el santo creía tener algo de que arrepentirse, la figura hirsuta del demente aparecía ante su vista, y la risa sardónica sonaba en sus oídos. En varias ocasiones, tratando de atraerlo a su monasterio para hacerle ver cuán puras eran sus reglas de dulzura, habíale enviado emisarios encargados de ofrecerle una fraternal hospitalidad. Mas, apenas el religioso nómada oía el nombre de Pakomio, una carcajada terrible estallaba en su boca, y sus brazos hacían ademanes desordenados: «Vuestro santo maestro—decía a los tabeniotas—no es un hombre como los demás. No es un hombre. No es un fraile. No es un obispo. Es el rival de Dios en la Tierra, y es el hermano de Lucifer en el Infierno. Dios, que lo acompaña sin cesar, y que inspira sus actos, lo ha confiado la misión de acaparar todos los orgullos para que a sus discípulos no les quede ninguno. Decidle que he pronunciado su nombre de rodillas. No... no... No le digáis nada. En este mismo instante él me oye... ¡Silencio!... ¿Veis la paloma blanca que

vuela en el cénit?... Es el alma de vuestro gran superior... Es el Espíritu Santo que se posa en su nimbo... Corred a contemplarlo... Corred... corred... corred...» Y los pobres embajadores, que atribuían todas aquellas palabras sin sentido exacto a la falta de juicio del infeliz Juan, volvían llenos de espanto al monasterio, y aconsejaban, con el mayor respeto, a su maestro, que no se ocupase más de quien tan indigno era de la solicitud de un santo. «Es un triste ser a quien la demencia hace blasfemar»—murmuraban—. Sólo Pakomio dábase cuenta de que bajo aquellas frases incoherentes había una idea fija cuyo sentido le era hostil. «¿Cómo puede ese hermano detestarme tanto por un simple rapto de mal humor?»—preguntábase—. Y evocando el recuerdo del día tristísimo en que había rechazado al loco en la puerta del claustro, atribuía a su violencia el malquerer de que era víctima. Y, lleno de angustia, pensaba: «Nuestro Señor me demuestra con todo esto que aun en los hombres menos expuestos a las heridas del amor propio, hay lugar para los rencores duraderos. Yo he hecho, sin embargo, todo lo posible por obtener el perdón de mi ofensa. Yo me he arrodillado ante él. Yo le he ofrecido mis manos fraternales. Yo no lo olvido en mis preces.» Así, poco a poco, llegaba a convencerse de que el odio de Juan era una obra diabólica. Pero algo había en los rincones secretos de su conciencia, que lo obligaba a dar más im-

portancia a los gestos del demente que a las falsas acusaciones de sus demás enemigos juntos.

La idea de que el desconocido podía ser Juan, llenólo, pues, de zozobra.

—¿Eres Juan?—preguntóle.

El fraile misterioso no le contestó.

—En nombre de la santa obediencia, hermano, te ruego me digas por un simple signo, si eres Juan, el hermano Juan, cuyas virtudes venero y cuyas palabras no me hieren.

El encapuchado movió negativamente la cabeza.

Entonces Pakomio sintió que un gran bienestar invadía todo su cuerpo. Un soplo ligero refrescó su rostro. Sus manos, antes ardientes, experimentaron la dulzura de una caricia amable.

—¡Alabado sea Dios!—murmuraron sus labios.

Otras dos semanas transcurrieron del mismo modo. Los numerosos romeros que habían acudido para contribuir con sus homenajes al jubileo, tomaban parte en todos los rezos del convento, viviendo como los monjes. El superior, en cuyas pupilas lucía una llama de celestial regocijo, multiplicaba sus misericordias, curando a los enfermos, consolando a los afligidos, socorriendo a los pobres. Por obediencia aceptaba las hierbas cocidas y ponía sal en su pan negro, lo mismo que sus discípulos, mas trataba siempre de comer lo menos posible al abrigo de su capucha blanca. Para compensar las dulzuras de la cama, reducía a una sola hora cada noche su sueño. Y no pudiendo, según la regla, y según su

promesa, hacer sino treinta y seis oraciones diarias, alargábalas infinitamente en cuanto estaba solo. Al cabo de los veinticuatro primeros días de la cuarentena, la presencia del desconocido, que seguía en su rincón sin agitar brazo ni pierna y sin probar bocado, comenzó a crear en el convento una atmósfera de desasosiego.

—¿Quién puede ser?—preguntábanse los monjes, contemplándolo de hito en hito.

Y las más fantásticas suposiciones volaban de labio en labio bajo las albas alas de los capuces.

Al fin, cierta tarde, cuando ya había transcurrido un mes de jubileo, un hermano, iluminado por una luz súbita, exclamó en mèdio de la cena, a pesar de que la regla imponía el silencio más absoluto durante las comidas:

—¡Ha muerto!

Todos volvieron los ojos hacia el misterioso personaje.

—En nombre de Dios—díjole el superior acercándose a él—contéstame si aún estás en vida.

—Sí—contestóle con firme voz.

Y desde entonces hasta el fin de los cuarenta días no volvió a entreabrir los labios, ni a moverse. Pero cuando hubo terminado el jubileo, descubrióse el rostro, se inclinó de nuevo ante Pakomio y salió del convento.

—¡Es Macario!—exclamaron varias voces.

Macario era, en efecto, el famoso Macario alejandrino, que había compartido las penitencias de

los últimos años de San Antonio; Macario el taumaturgo; el buen Macario, que durante nueve meses vivió sumergido hasta el cuello en un pantano pestilente.

* * *

Aquel día los monjes de Tabena no hablaron sino de Macario. A la hora del reposo vespertino, después de los oficios de la tarde, cuando las palomas del cenobio llenaban de vuelos blancos al vasto espacio claustral, los más ancianos refirieron a los más jóvenes la vida del admirable solitario.

—Tan grande es—dijo uno—que no ha querido nunca tener una celda fija, con objeto de que las gentes que oyen hablar de sus milagros no vayan a adorarlo como lo hacían con Antonio. Así, cuando todos le creen en una gruta de Scete o en Lips, él se refugia en otro yermo, y ocultando su verdadero nombre, lleva una vida tal de penitencia y de oración, que espanta aun a los más heroicos anacoretas. Luego, en cuanto su virtud es reconocida, desaparece de pronto sin que nadie lo vea partir, y va a recomenzar su existencia en el fondo de algún sepulcro antiguo del desierto de las Celdas o de las montañas de Nitria. Nadie como él es capaz de ir de extremo a extremo de las soledades egipcias sin llevar cosa alguna para alimen-

tarse, ni indicación ninguna para guiarse. Teniendo que hacer un largo viaje con objeto de visitar a un monje qce se hallaba en peligro de muerte, y queriendo luego volver a la caverna que entonces le servía de vivienda, y en la cual habíase propuesto vencer a un demonio encarnizado, cortó gran cantidad de hojas de palmera y fué sembrándolas durante el trayecto para marcar su ruta. Cuando se preparó a regresar, vió que todas las palmas habían sido arrancadas por el Espíritu Malo. Entonces, lejos de enfadarse y de dar gusto a su enemigo, habló le en alta voz agradeciéndole que de aquella peregrina manera le proporcionase una oportunidad para ejercitar la virtud de la paciencia. «Por primera vez—le dijo—me has hecho un favor insigne.» Y apoyado en su báculo emprendió de nuevo su camino. El diablo, que iba delante, ocultábale los pozos y los manantiales, de modo que durante quince días ni una gota de agua pudo beber. Pero, dispuesto a no quejarse, daba gracias al Señor por obligarlo así a reprimir sus necesidades corporales.

—¡Admirable hombre!—exclamó Pakomio.

Otro monje que había conocido a Macario cuando aún estaba Antonio en este mundo, habló del modo siguiente:

—Yo fuí un día a visitarlo, hermanos, y lo encontré en una celda tan estrecha que apenas podía permanecer en ella sentado; y como le preguntara de qué manera dormía allí, contestóme arrodi-

llado. Luego, llevándome a un lugar cercado, en el cual había una roca, invitóme a sentarme junto a él y me dijo: «Después de haber practicado todas las penitencias, sentí la necesidad de elevar de tal modo mi espíritu durante cinco días, que nada lo separase de Dios. Tapié, pues, la puerta de un sepulcro en el cual moraba, para que nadie pudiera adivertir en aquel sitio la presencia de un ser humano, y a las ocho de la mañana, después de orar, púseme de pie y principié a decir a mi alma: «Pon cuidado en no bajar del cielo. Ahí tienes a los ángeles, a los arcángeles y a los querubines; ahí tienes a los profetas, a los santos, a los bienaventurados; ahí estás cerca de nuestro Señor Jesús, autor de todas las cosas, padre de todas las maravillas, dispensador de todas las mercedes, redimidor de todas las culpas. No te alejes de ahí. No desciendas. No te dejes atraer por las ideas viles que llenan este valle de amarguras.» Mas, después de pasar así tres días y tres noches, sin dejar un solo instante de exhortar a mi espíritu para que gozara de las delicias celestiales, noté que el Espíritu del Mal había concebido tal enojo contra mi determinación, que, penetrando por entre las piedras, trataba de incendiar mi celda. Como nada había allí, a no ser mi estera, que pudiese inflamarse, comencé por no hacerle caso. De pronto, sin embargo, sentíme rodedao de llamas que quemaban mi hábito y que cubrían de llagas mi cuerpo. Sin moverme, continué, tranquilo, mis

exhortaciones. Pero al notar, el cuarto día, que el solo hecho de haber sentido los dolores de las quemaduras era una demostración de que no estaba en el cielo sino en la tierra, decidí abrir de nuevo mi celda y contemplar las cosas del mundo, ya que Dios lo mandaba así.» Cuando Macario hubo acabado de referirme este rasgo de su vida, un águila vino a posarse sobre la roca en la cual nos hallábamos y depositó a nuestros pies un pan de centeno. El santo solitario partiólo en dos pedazos y dándome uno me dijo: «Todas las tardes, desde que estoy aquí, recibo medio panecillo que esta águila me trae; mas hoy, como sabe que eres mi huésped, ha querido darme una doble ración para que cenemos juntos.» Luego que hubimos comido y orado, se excusó de no poder ofrecerme la hospitalidad durante la noche a causa de la estrechez de su celda. abrazóme tiernamente y me despidió.

—¡Santo Macario!—murmuró Pakomio, llorando.

—Sus milagros—dijo un cenobita de Babilonia —son conocidos en todo el mundo. Yo he oído referirlos a orillas del Efrates y en las aldeas más remotas de la Mesopotamia. De Persia y de la India van los ciegos, los leprosos, y los poseídos, para pedirle que les cure. Y como, siendo infinitamente poderoso, es también infinitamente bueno, infinitamente clemente, jamás niega a nadie el socorro de sus dones celestiales. Un día, hace muchos años, muchos años, un pobre ciego de nacimiento vino desde Jerusalén hasta el desierto

de Nitria a pedir a Macario que lo curara, sólo para poder contemplar el sepulcro de nuestro Señor Jesús. Al llegar a la celda que le habían indicado, encontróla vacía. El solitario acababa, en efecto, de abandonarla, asegurando que nunca más volvería a ella. Y entre los anacoretas que allí seguían viviendo, ninguno tenía la menor idea del lugar hacia el cual se había encaminado. El ciego, desesperando de recobrar la luz de sus pupilas, pensó que más le valía morir en aquel sitio, ya que el cielo le negaba todo socorro. Dos días permaneció en pleno desierto, sin comer ni beber. Entonces los anacoretas tuvieron una idea que les fué, sin duda, inspirada por los ángeles del cielo. «Ten esperanza, hermano»—le dijeron—. Y, tomándolo en brazos, hiciéronle entrar en la celda abandonada. Y le dieron algunas legumbres cocidas para reconfortarlo. Y oraron junto a él largo rato, invocando el nombre de Jesús. Después, cogiendo un poco de tierra en un lugar donde Macario tenía costumbre de arrodillarse, frotaron con ella los ojos del ciego. Y en el acto el ciego recobró la vista y dijo que acababa de ver pasar por el aire a un solitario que lo bendecía.

—¡Razón tuvo el gran San Antonio de amarlo como a un hijo!—exclamó Pakomio.

Un monje muy anciano, cuya voz era apenas perceptible, murmuró, temblando:

—Yo he visto a los hombres que viven alrededor de Macario y que se llaman sus discípulos. ¡Oh,

espectáculo celestial! Entre ellos nunca hay una disputa, ni una envidia, ni una rivalidad. ¡Pero qué digo! ¡Estas solas palabras resultan una injuria si se habla de aquellos religiosos! Lo único que parece interesarles son las verdades eternas y las sublimes ilusiones. En verdad os digo, hermanos, más que hombres diríanse ángeles bajados de los cielos para rodear al dulce solitario que los guía por el camino del mundo. Cuando alguno de ellos tiene la suerte de ser llamado por Nuestro Señor para compartir con los bienaventurados las delicias del Paraíso, todos los demás le besan la frente y lloran con ternura el abandono en que los deja. A veces, al entonar en coro los cánticos sagrados, suenan, entre sus voces humanas, otras cuyo origen nadie se explica, y que son las de los serafines de Dios. Yo las he oído, hermanos. Yo he oído también la voz del gran San Antonio, que no abandona nunca a su hijo predilecto y que baja todas las tardes del Paraíso a arrodillarse a su lado para acompañarlo en sus preces. ¡Ah, el dulce de Macario!... Si yo hubiera sabido que era él quien nos favorecía con su visita, en verdad os lo digo, a sus pies habría pasado los cuarenta últimos días. Jesús, todo misericordioso, no me podía negar las fuerzas necesarias para acompañarlo en el santo homenaje que rendía a nuestro padre.

* * *

Una gran [illegible] apoderóse entonces del alma de Pakomio. [illegible] titud maravillosa de aquel solitario, durante [illegible] días en que precisamente él había consentido en aumentar sus penitencias y sus maceraciones ordinarias, antojábasele una terrible lección del cielo irritado. Sus ojos llenáronse de lágrimas y su frente se nubló de amargura. Todos los goces últimos de su existencia, todas las dulzuras de sus postreros años, todas las bienaventuranzas de su ancianidad, aparecíanle de pronto cual signos inequívocos del abandono en que Jesucristo lo tenía desde la noche siniestra de su gran tentación, de su gran pecado. La imagen de la linda zagala de Etiopía apareció de nuevo ante su vista, ya no fresca y risueña como cuando la viera cortando hierbas aromáticas en un campo florido, ni tampoco tentadora y lozana como la noche en que se posó de rodillas, sino fantásticamente vestida de llamas de oro, cual una reina del infierno. Alucinado, quiso huir del convento para buscar otra madriguera de hienas, para coger otro áspid venenoso. Pero sus frailes, que ignoraban los tormentos de su alma, y que sólo lo creían presa de un acceso de fiebre, impidiéronle salir y lo llevaron a su celda.

Al encontrarse ante la imagen del Señor, un poco de calma entró en su espíritu.

—Sacad esta cama—dijo.

Cuando el recinto estuvo vacío de nuevo, llamó a sus más caros discípulos y les hizo saber que ha-

bía decidido pasar cuarenta horas de pie, sin comer ni dormir.

—Eres anciano—contestóle Teodoro suavemente.

—También Macario lo [illegible]

—Tu cuerpo está débil y apenas puedes incorporarte.

—No importa. Como el abad Alejandro, que por temor de acostarse se hacía atar por la cintura para permanecer toda la noche de pie, quiero que me atéis. En nombre de la santa obediencia, atadme.

Consternados, pero sumisos, los hermanos le pasaron una cuerda bajo los brazos flacos y la fijaron con una argolla en lo alto de la celda.

—Ahora dejadme orar.

A la mañana siguiente, los frailes encontraron a su superior muerto.

* * *

Los solitarios celebraban en la iglesia del monasterio las honras fúnebres del santo. Teodoro, con su voz solemne, reprimiendo las lágrimas, comenzó a recitar la oración litúrgica de los difuntos: ¡Oh, Dios—decía—, tú que eres dueño de la vida y de la muerte, Dios de los espíritus y de la carne, Dios que matas y haces vivir, que precipitas hasta el antro del infierno y que elevas hasta los cielos: Tú que has creado al hombre y que

guardas junto a tu trono a las almas de los santos para brindarlas las supremas alegrías; Tú que cambias, y transformas, y alteras a las criaturas como conviene; Tú que eres el único incorruptible, inalterable y eterno. Dios sublime, vela por el reposo del que acaba de morir.»

La multitud de religiosos venidos de sus cabañas del desierto para rendir un supremo homenaje a Pakomio, interrumpía con sollozos y gemidos la oración solemne.

—Padre—clamaban algunos—, padre, ¿por qué nos abandonas?

Y otros decían:

—Vuelve tus ojos hacia nosotros desde el cielo.

Pero Teodoro, tratando de dominar el lúgubre ulular de los devotos, elevaba más la voz y proseguía: «Concede, ¡oh, Dios! a su espíritu un lugar de reposo con Abraham, con Isaac, con Jacob, con todos tus elegidos, y resucita su cuerpo el día que has fijado, según tu promesa que no puede fallar, con objeto de darle la herencia de que es digno en los jardines santos.»

Los alaridos multiplicábanse de minuto en minuto, entre el pueblo de los fieles que gritaban:

—Santo te vemos en la gloria.

—Santo, santo, ora por nosotros.

—Santo, santo, santo, mira nuestras lágrimas.

Teodoro elevó los brazos para imponer silencio.

—Vedlo—gritó en ese mismo instante un fraile

blanco— vedlo subir al cielo entre un coro de ángeles.

—¡Vedlo!—exclamaron todos mirando hacia lo alto de la nave en donde ardían innumerables lámparas de plata entre vuelos de estandartes sagrados y palpitaciones de exvotos—; ¡vedlo!

Un temblor místico sacudía a la asistencia.

Teodoro arrodillóse sollozando.

Entonces en un rincón, un solitario flaco e hirsuto incorporóse riendo a carcajadas.

—¡Son los diablos los que se lo llevan—gritó con voz espantosa—, son los diablos!... ¿No veis sus alas más largas que las de los ángeles de Jesús?... ¡Ah! ¡Ah!... Son los diablos del orgullo...

Llenos de terror, los frailes volviéronse hacia el poseído que así blasfemaba, y reconocieron en él a Juan el Loco.

Teodoro, haciendo un esfuerzo sobrehumano para cubrir con su voz seráfica la del energúmeno que seguía gritando, terminó su prez.

Y dijo: «Dios Todopoderoso, no recuerdes sus pecados si los tuvo, ni sus faltas, si las cometió; y que su ascensión sea en la paz y entre tus bendiciones. Amén.»

—Amén—murmuraron los religiosos, cuyas voces temblaban de emoción y de espanto.

LA VIDA DE SAN JERONIMO

La imaginación de la Edad Media, que con tanta complacencia nimbaba de maravillosas invenciones las cabezas sublimes, no se atrevió nunca a crear una leyenda áurea alrededor de esta figura clara y terrible. El mismo Jacobo de Voragine, gran orador de existencias ejemplares, apenas encontró, para engalanar la historia entera del traductor de la *Vulgata,* un ingenuo milagro bastante usado. Un día—dice—, cuando el santo se hallaba rodeado de discípulos en su convento de Belén, un león entró cojeando en el claustro. Llenos de natural espanto, los frailes corrieron a esconderse en sus celdas. Pero Jerónimo, que no temía ni el furor de las fieras ni la maldad de los hombres, fuése derecho al animal y vió que llevaba una espina en el pie. «Venid, hermanos», gritó. Y los religiosos acudieron y curaron al león que, desde aquel momento, no quiso salir de la casa del Señor. Entonces, Jerónimo, dándose cuenta de que la mano de Dios es la única que mueve las hojas de los árboles, comprendió que debía aprovechar aquella inaudita circunstancia y dió orden de que se empleara al león como pastor para llevar al campo al asno que acarreaba la leña del monasterio. Y el león cum-

plió su deber todas las mañanas con escrupuloso cuidado, hasta que, cierto día, unos arrieros lo encontraron dormido y le robaron el asno. Al verlo volver solo, los frailes pensaron que había devorado a la pobre bestia que estaba encargado de guardar. Luego, para castigarlo, le dijeron: «De hoy más tú cargarás la leña.» Y el rey de los animales convirtióse, sin sublevarse, en la más dulce de las acémilas. Pero, al cabo de algún tiempo, yendo hacia el bosque, acertó a descubrir al asno entre los camellos de una caravana, y echando su carga al suelo, precipitóse sobre los arrieros y los hizo huir. Luego cogió al asno por el ronzal y condújolo hasta el convento. Al ver aquéllo los ladrones, se convirtieron al cristianismo, y los frailes de Belén pidieron al león que los perdonara por haberle creído capaz de una mala acción.» Después de referir largamente esta anécdota, el buen Voragine se resigna a no hablarnos sino de la sabiduría y de la elocuencia de su héroe, no sin algo de tristeza por la imposibilidad de encontrar otras historietas igualmente milagrosas. Pero la verdad es que las fábulas, por bien tramadas que hubieran estado, habrían sido destruídas por la simple lectura de las obras del propio Jerónimo, cuyas confidencias, tan abundantes y tan claras, nos hacen ver que ningún elemento fabuloso embelleció jamás sus ochenta y tantos años de fe, de estudio y de lucha. Su misma conversión, o más bien dicho, lo que algunos de sus biógrafos llaman así indebidamente, no fué sino un retorno ardien-

te hacia la Iglesia durante algún tiempo desdeñada. Y habiendo nacido hacia 340 en el seno de una familia cristiana de la Dalmacia, recibió, en efecto, desde el principio, la iniciación de la fe, y hubiese muy bien podido al llegar a Roma, a los diez y ocho años, comenzar a formar parte de la sociedad religiosa. Pero a aquella edad, en aquel mundo esplendoroso que se abría ante sus ojos admirados, lo profano atrájolo más que lo divino. Usando de su fortuna, como la mayor parte de los jóvenes provincianos enviados por sus padres a la capital del orbe para hacer sus estudios, consagróse a cultivar, con todo el ardor de su alma, las letras latinas y los placeres romanos. Lo que fué exactamente su vida, de la cual con tanto horror hablará más tarde, no lo sabemos de un modo exacto. Mas conocemos, en cambio, por sus mismas obras y por las de otros historiadores, lo que era la existencia de la ciudad eterna en los tiempos de Teodosio, de Valentiniano y de Graciano.

¡Monstruosa Roma, la de aquel siglo IV! Convertida en gran parte al cristianismo, menos por obra y gracia de los mártires que por los edictos de Constantino y de los sucesores de Juliano, mezclaba inconscientemente las prácticas de la nueva religión con los hábitos del paganismo. El lujo de la aristocracia daba al pueblo la ilusión de un poderío igual al de las épocas imperiales. El César había abandonado el Capitolio; pero el Senado seguía manteniendo, por lo menos en apariencia,

las tradiciones del esplendor antiguo. El consulado y el tribunado existían siempre. «No eran más que títulos ilusorios»—dicen los historiadores—. No importa. Al pueblo lo que le interesaba eran los títulos, las pompas, las palabras sonoras, los juegos magníficos. El *panem et circenses* continuaba siendo el ideal de las multitudes. Y a pesar de los edictos del siglo anterior, el circo funcionaba aún. Con el menor motivo, organizábanse fiestas populares que no desmerecían en magnificencia de las de los tiempos de Tiberio. Un propietario de caballos de carrera, un domador de osos, un importador de cocodrilos, un empresario de leones, un maestro de gladiadores, un cornac de elefantes, un director de cortejos, tenía más celebridad que un general victorioso. El español Eufrasio, dueño de una célebre dehesa de potros andaluces, pasaba por uno de los personajes más eminentes del Imperio. Los primeros elefantes que aparecieron en la arena fueron cantados por los poetas con transportes de delirio. El senador Símaco, que era uno de los más austeros personajes de la ciudad, empleó dos años, y gastó dos millones de escudos, en preparar los juegos para solemnizar la elevación de su primogénito al pretorio. «Dirigióse a todos sus amigos—dice Boissier—y pidióles su apoyo con tono suplicante; era necesario que le ayudaran a contentar al populacho, a organizar espectáculos nunca vistos; envió por todas partes servidores de confianza para buscar artistas de mérito, animales raros,

ornamentos fabulosos.» Y lo mismo que éste, todos los magnates tenían que arruinarse en divertir a las masas, so pena de disgustar a los Poderes públicos. Dirigiéndose a los magistrados de alta categoría un amigo del emperador escribióles:

«El pueblo está acostumbrado a esperarlo todo de vuestra divinidad; pero lo que le habéis prometido lo exige como una deuda. Oid sus ruegos, y además de los socorros necesarios para su alimentación, dadle, en el circo y en el teatro, carreras de caballos y placeres escénicos. Esos placeres constituyen el regocijo de la ciudad.»

En los lugares públicos, las cortesanas aparecían envueltas en velos transparentes y adornadas como ídolos bárbaros. Una cohorte de tocadoras de flauta precedíalas y una legión de adoradores las seguía. Los banquetes que se celebraban a diario en los palacios de los patricios, eran orgías en las cuales triunfaban los retóricos y los sofistas, coronados de rosas. Desde el más fiero miliar hasta el más humilde escriba, todos se perecían por las bellas formas y por los sutiles razonamientos. Cuando algún poeta griego recitaba en público sus poemas, la aristocracia disputábase los bancos del Ateneo. Los funcionarios descuidaban sus deberes oficiales por cultivar las letras. Los generales de Teodosio empleaban sus ocios en escribir acrósticos y epístolas. Los jardines que los potentados poseían en las orillas del Tiber o en la vía Apia, convertíanse, durante los meses primaverales, en

verdaderas academias literarias. El más seguro medio para sobresalir como político, era sobresalir antes como escritor. Ausonio llegó a ocupar los primeros puestos en la corte del emperador Graciano, a causa de su talento poético, y Merale obtuvo la Prefectura del Pretorio, gracias a una oda dirigida al soberano. De un extremo a otro de la sociedad, la adulación más baja era de rigor. El Senado recibía con demostraciones de adoración los correos del César, y para leer sus mensajes reuníanse, hasta en medio de la noche, con religioso respeto. Cuando un magistrado salía de su casa, todos los que tenían algún favor que pedirle rodeábanle, haciéndole elogios pomposos de su traje, de su rostro, de su riqueza, de su talento. El orgullo de otro tiempo había desaparecido. La dignidad varonil, también. No pensando sino en los placeres inmediatos, los romanos desdeñaban los verdaderos intereses de la patria, como desconocían sus verdaderos peligros. De las hordas bárbaras que preparaban la ruina del mundo latino, ni siquiera parecía la aristocracia tener la menor idea. Las fiestas, las ceremonias, los espectáculos y las intrigas, llenaban la existencia de los pobres como de los ricos. El clero, sobre todo, mostrábase envilecido, y no empleaba su poder espiritual sino en explotar a las beatas y en usurpar las herencias de los fanáticos.

«En cuanto un devoto estaba enfermo—dice San Jerónimo—los sacerdotes corrían a ponerse a la cabecera de la cama, esperando el momento de in-

fluir en el testamento» A tal punto llegaron los abusos de este género, que fué necesario dictar una ley, que el mismo San Jerónimo comenta en los términos siguientes: «Tengo vergüenza de escribirlo: los sacerdotes paganos, los histriones y las mujeres perdidas, pueden ser legatarios; sólo los clérigos y los religiosos cristianos no pueden serlo; una ley lo prohibe; y no es de esta ley de lo que me quejo, sino de que la hayamos merecido.» En su mayoría, en efecto, los ministros de la nueva religión no eran, ni podían ser, vistos por los romanos como modelos impecables de virtud. Formando parte de la corte de parásitos que vivía a expensas de los ricos, y sobre todo, de las ricas, los frailes y los presbíteros carecían de lo que llamamos ahora dignidad sacerdotal. La disciplina de la Iglesia era una palabra vana. Ocupados en combatir las mil herejías existentes y en disputarse mutuas prerrogativas, los obispos no tenían ni tiempo ni humor para establecer una regla estricta. Los más santos eclesiásticos consagrábanse a predicar a los gentiles, mientras los otros buscaban sus placeres donde podían. La confusión y el tumulto de aquella sociedad que agonizaba entre sonrisas y madrigales, era propicia a todos los contrastes. Un suave excepticismo permitía que el Sumo Pontífice de los paganos y el Papa de los cristianos vivieran frente a frente, sin provocar luchas ni conflictos. La época de las persecuciones, de los martirios, de los heroísmos y de los milagros, había pasado. La Iglesia sentíase

vencedora, sin que los gentiles se creyeran vencidos. En muchas familias, la división de creencias de sus diversos miembros no determinaba ni la menor disputa. Cada uno cultivaba su fe sin chocar al vecino. Exteriormente, los cultos se confundían en más de un detalle. La madre de San Agustín, llevando libaciones a los sepulcros de los mártires, era una imagen viva de la anarquía general. Cuando el prefecto Proetextato, uno de los personajes más eminentes de la sociedad pagana, recibió la visita del Papa Dámaso, que quería convertirlo al catolicismo, contestóle:

«Con mucho gusto; pero entonces será necesario nombrarme obispo de Roma.»

Y es que el puesto de Vicario de Cristo resultaba tentador, aun para un magnate consular.

«En ese puesto—dice Amiano Marcelino—se goza en paz de una fortuna asegurada por la generosidad de las matronas; el obispo romano se muestra en carroza, vestido de trajes suntuosos y da festines cuyo lujo sobrepuja al de la mesa imperial.»

Así los antipapas eran ya abundantes. Al ser depuesto Liberio, varios diáconos, elegidos por los bandos eclesiásticos, disputáronse el poder espiritual, provocando luchas sangrientas en las iglesias y en las calles. La antigua estampa herética que representa a San Dámaso ordenando matanzas de adversarios cristianos, no es una prueba de fanatismo religioso, sino de la necesidad en que se hallaban los Papas de imponerse por la fuerza al mun-

do revuelto del catolicismo occidental. Roma, en aquel entonces, estaba llena de cismas, de iglesias disidentes y de herejías militantes.

«Sin hablar de lo que aún podía quedar de las antiguas sectas valentinianas, marcianistas, montanistas y sabelianas—dice Duchesne—, la ciudad veíase infestada de pequeñas iglesias.»

Para defenderse contra tantos enemigos, el Papado veíase a menudo en la obligación de apelar al brazo secular o de emplear sus propias fuerzas violentas. En cierto momento, fué necesario expulsar de la ciudad a todos los partidarios de Ursiano. Pero estas luchas fratricidas casi no las notaba la población, que vivía entregada a los placeres y a las supersticiones. En las terribles confusiones de las prácticas religiosas, una especie de mutua tolerancia y de recíproca influencia daba a la vida romana cierta armonía aparente. Los mismos ateos adoptaban, según Amiano Marcelino, los procedimientos exteriores de los creyentes, y, a falta de sacerdotes, tenían astrólogos, como a falta de creencias tenían supersticiones. Un general afeminamiento daba un aire de dulzura a lo que en el fondo no era sino debilidad de ánimo.

«El menor soplo cálido—dice un poeta satírico—fatiga a nuestros elegantes, y cuando una mosca se posa en sus mantos recamados de oro, o un rayo de luz se desliza entre los velos de sus parasoles, laméntanse de no haber nacido a orillas del Bósforo.»

La riqueza, mal repartida, establecía un foso infranqueable entre el hijo de las altas clases y la miseria del pueblo. Las bellas esclavas, perfumadas como cortesanas, acompañaban a sus dueñas ostentando trajes suntuosos, en tanto que los artesanos se morían de hambre. Lo único que la aristocracia pedía era que la divirtieran de su hastío infinito. Y de todas partes del mundo acorrían los histriones, los músicos, los retóricos, los efebos de amor, los magos, los poetas, los bailarines, los luchadores, los domadores, los juglares y los apóstoles. Mezclado a todas las reuniones, el clérigo aparecía atento y halagador. «Se levanta tempranito—dice San Jerónimo—, y desde que el sol amanece arregla el orden de sus visitas, escoge el camino más corto y encuentra aún en el lecho a las damas a quienes va a ver. ¿Descubre un almohadón, un mantel elegante, un objeto de lujo? En el acto lo celebra, lo toca, lo admira y se queja de no tener en su casa algo tan bello, de modo que su dueña se lo ofrece. Adondequiera que vayáis, la primera persona que encontráis es el presbítero. El sabe todas las noticias y corre a contárselas a todo el mundo; si no las sabe, las inventa.»

Entretanto, el emperador no encontraba soldados para mantener la integridad de la acción, y tenía que pedir a los aristócratas sus esclavos para reforzar su guardia. Las arcas del Tesoro estaban vacías. En los alrededores de Roma los bandoleros saqueaban las casas de campo, sin que

nadie se atreviera a perseguirlos. Pero esto no era nada. Algo más lejos, sitiando ya el imperio, estaban los bárbaros, y ningún senador, ningún tribuno, ningún pretor, alzaba la voz para señalar su presencia.

«¡Ave Roma, señora del mundo, inmortal e invencible!»—murmuraba aquella sociedad ebria de vino, de lujuria y de orgullo.

* * *

¿Cuál podía ser, en tal centro, la vida de Jerónimo? Probablemente la de todos los jóvenes de su edad y de su condición. En sus cartas del desierto, en efecto, habló más tarde muy a menudo de los desórdenes de su adolescencia. Las aficiones literarias y el amor por los poetas paganos que, a pesar de todos sus propósitos de enmienda, conservó hasta el fin de su larga existencia, deben de haberlo inducido a frecuentar los círculos más poéticos, que eran, al mismo tiempo, los más pervertidos. Pero en medio de todos los placeres romanos, nunca llegó a descuidar por completo su fe familiar. Bautizado a los veinte años, tuvo siempre por la religión y por sus héroes un culto profundo. «Cuando vivía en Roma y era joven y estudiaba letras—dijo más tarde en su *Comentario de Ecequiel*—los domingos iba con algunos compañeros de mi edad a visitar las tumbas de los

apóstoles y de los mártires, y a menudo penetrábamos en las galerías subterráneas, cuyas entrañas guardan los despojos de los muertos.» Y si a esto se agrega que en el momento de su crisis religiosa, cuando tuvo su sueño profético, no oyó hablar a los ángeles que lo acusaban de sus pecados, sino del amor que profesaba a los libros gentiles, puede lógicamente suponerse que ninguna falta grave había empañado su virtud. ¿Cómo creer, en efecto, que a un cristiano a quien se le pudiera acusar de vicios capitales, la voz de la conciencia sólo le reprochase su entusiasmo por Cicerón, por Virgilio y por Horacio, en la época de sus mayores escrúpulos? Realmente, Jerónimo debió, en el fondo, exagerar en la vejez sus pecados juveniles. Su misma vaguedad en el remordimiento parece indicarlo. «¡Cuán resbaloso—dijo un día—, cuán resbaloso es el sendero de la juventud, en el cual tantas veces caí!» Y otro día: «¡¿Qué haces entre la multitud?... Como el náufrago en otro tiempo salvado, yo indico el peligro a los navegantes.» Este peligro, en medio de todo, debió ser más literario que real. Jerónimo tenía tal entusiasmo por las letras, y estudiaba con tal ardor y tanto aprendía, que no es probable que jamás se precipitara «en el infierno de las pasiones carnales», como dice uno de sus apologistas. Sólo que yo estoy lejos de encontrar en esta hipótesis benévola y justa un motivo de admiración. En efecto; la carencia de pasiones sentimentales, y la abun-

dancia de pasiones intelectuales fué tal vez lo único que le impidió más tarde llegar a la sublimidad de aquellos grandes atormentados del desierto, que aun en un aislamiento absoluto, sentían sus almas incendiadas por los amores y los vicios.

* * *

Cansado o indignado de la vida de Roma, Jerónimo decidióse, al cumplir los veintiún años, a encaminarse hacia Oriente. En Aquilea, capital de su región natal, permaneció pocos días, en medio de amigos muy queridos. En Concordia conoció al centenario Pablo, a quien más tarde le había de dirigir una de sus admirables cartas. En Antioquía, finalmente, recibió las enseñanzas y los consejos del docto Evagro, y conoció al ilustre Apolinario, que aún no había caído en la herejía. Luego, deseoso de meditar en silencio, deseoso, asimismo, de estudiar con calma, deseoso tal vez, también, de purgar sus pecados juveniles con el cilicio y el ayuno, internóse en el desierto de Calcis. Su epístola a Eustaquio, que es de un carácter raro y precioso en su correspondencia de batallador y de erudito, nos hace ver que la imagen de Roma no se había apartado de su mente. «Yo, que por miedo del infierno me había refugiado allí—dice—me veía transportado a cada instante entre jóvenes danzarinas romanas.» Para escaparse de estas tentaciones, sin

embargo, no recurrió a los procedimientos extremados de San Antonio. «Había en él—escribe monseñor Duchesne—algo más que la tela de un fakir.» Había, en efecto, un gramático, un retórico, un sabio, un apóstol, un luchador, un erudito. Y esto fué lo que, en vez de precipitarlo en la exasperación sublime y estéril de un estilita o de un anacoreta, llevólo a buscar en el trabajo intelectual el remedio a sus penas y a sus escrúpulos. Con un ardor, de que él mismo hubo de admirarse más tarde, consagróse a aprender el hebreo. «Tales eran mis esfuerzos—dice en su carta a Rústico—; tantas dificultades padecí, que muchas veces interrumpí aquel trabajo que sólo el deseo de saber me obligaba luego a reanudar, como pueden atestiguarlo los que entonces compartían mi existencia.» Este sacrificio, en el que sus biógrafos católicos no querrían ver sino una pasión religiosa, era al mismo tiempo una satisfacción literaria, pues en aquella alma las letras y la fe iban siempre unidas, hasta el punto de que sus más grandes remordimientos fueron, desde el principio hasta el fin de su vida, remordimientos de humanista tanto como de teólogo. Su sueño célebre, del cual tantas veces habló a sus amigos y del que sus enemigos le hablaron también tantas veces, nos lo demuestra. Estaba Jerónimo enfermo de gravedad y en peligro de muerte, cuando, una noche, tuvo una visión terrible. Sintióse transportado ante el

tribunal de Dios, y oyó que un juez celeste preguntábale:

—¿Cuál es tu fe?

—Soy cristiano—contestóle.

—Mientes—le dijo entonces el juez—; mientes con descaro. No eres cristiano. Eres ciceroniano, porque ahí donde está nuestro amor, ahí está nuestra fe, y tu amor está en las letras paganas.

Para tratar de curarse de este amor literario, emprendió su estudio del hebreo, jurándose que nunca más abriría un libro profano. Asimismo, juróse que no volvería a Roma. Pero uno y otro propósito fueron vanos Su naturaleza no se prestaba ni a las quietudes beatas del desierto, ni a las estrechas disciplinas del espíritu. Inquieto, curioso, ávido de saber, sediento de gloria y de influencia, enfermo de orgullo, abandonó al cabo de poco tiempo, su celda de Calcis y emprendió una larga peregrinación por las ciudades famosas de la antigüedad. Visitó Constantinopla, Atenas y Jerusalén. Luego, aprovechando el viaje de los obispos orientales que se dirigían a Roma para asistir a un Concilio, volvió a la ciudad eterna en compañía de Paulino de Antioquía y de Epifanio de Salamina.

* * *

Su situación en Roma, fué desde luego eminente. Su sabiduría y su elocuencia, impusiéronse sin

dificultad en aquel centro de la retórica. En el seno del Concilio, disertando sobre el nombre de *homo dominicus,* atribuído a Jesús por San Atanasio, llenó de entusiasmo a todos los obispos. El Papa mismo lo distinguió encomendándole algunas traducciones del hebreo y del griego: El *Nuevo Testamento* y el *Salterio,* que eran los libros fundamentales de la fe del siglo, habían sido traducidos muy antiguamente; pero tales eran las variaciones que los copistas y los comentadores introducían poco a poco en los textos, que a fines del siglo IV las dos obras sagradas se prestaban a todas las controversias. Dámaso, muy satisfecho de los primeros trabajos de Jerónimo, encargóle que llevase a cabo estas nuevas versiones, para establecer un texto canónico. El éxito de tal labor fué inmenso. En aquella sociedad, que adoraba las letras y que carecía de creadores geniales, una traducción o un comentario bastaban para dar fama a un hombre. Los salmos y los evangelios, por otra parte, en el nuevo texto recomendado por el Papa, convirtiéronse pronto en las lecturas favoritas de las damas cristianas de Roma. Las Paulas, las Fabiolas, las Furias, las Leas, las Principias, las Albinas, las Marcelas, las ricas y piadosas matronas que más tarde habían de vivir pendientes de las palabras de Jerónimo, comenzaron, sin duda, por admirarlo como traductor. ¡Eran tan bellos, tan ardientes sus salmos, comparados con los de las antiguas versiones! Ahora mismo la Biblia

de que los católicos se sirven, no es sino la traducción de la traducción de San Jerónimo. Y para darnos cuenta del método de aquel trabajo, no tenemos más que leer la carta en la cual trata de explicar y defender su peregrino sistema de adaptador infiel. «Si quisiese contar los testimonios de todos los que han interpretado, según sólo el sentido, me bastara—dice— nombrar al presente a Hilario, confesor, el cual tradujo del griego al latín las *Homilías* sobre Job, y muchos tratados sobre los salmos, y no se arrimó a la letra, que duerme, ni se torció con la fea interpretación de los rústicos, sino que como a ley de vencedor, trajo como cautivos los sentidos a su propia lengua. Ni hay que maravillarnos de esto en los otros varones, o seglares, o eclesiásticos, pues los setenta intérpretes, y los evangelistas, y los apóstoles hicieron lo mismo en los libros sagrados, como se ve, discurriendo por todos ellos. En San Marcos leemos, que dice el Señor, Tabithacumi; y luego añadió, que quiere decir: Doncella, a ti digo, levántate. Arguyan al evangelista de mentira, porque añadió aquella palabra: a ti digo; pues en el original hebreo solamente dice: Doncella, levántate; mas para hablar significativamente, añadió aquella palabra; a ti digo; cuantas cosas se dicen bien en griego, que si se traducen palabra por palabra, no suenan bien en latín; y al contrario, lo que suena bien en nuestro lenguaje, si se traduce, según su orden, desagradará a los griegos.» Así, pues, nada de ex-

traño tiene que Renán, y como Renán todos los hebraístas imparciales, aseguren que la Biblia de los católicos, es decir, la *Vulgata*, no es una traducción, sino un arreglo o una adaptación del texto. Pero claro que en el siglo IV las damas piadosas no sentían necesidad ninguna de fidelidad literal. Tal cual Jerónimo se las daba, las Escrituras Santas parecíanles el reflejo mismo de la palabra divina. ¿Y con qué derecho vamos a tildarlas de crédulas o de inocentes nosotros que, únicos en el mundo, aún seguimos careciendo de una versión española directa y exacta de la Biblia? Mientras en castellano no se encuentre un sabio que quiera consagrar su vida a estudiar a fondo el hebreo para llevar a cabo una obra igual a la que han realizado en Francia los Reus, los Ledrain, los Zadoc Klan, nada podremos decir contra la candidez de quienes se contentaban antaño con las versiones primitivas.

* * *

Instalado en el palacio pontificio como consejero de Dámaso, Jerónimo llegó, poco a poco, a adquirir entre los prelados romanos una inmensa reputación de sabiduría. En todos los conflictos relativos al dogma, el Papa recurría a sus luces. Sus traducciones de la *Biblia*, de *Orígenes* y de *Didimo*, aunque combatidas por los orientales como poco

exactas, estaban consideradas en Occidente como impecables. Su influencia en los asuntos de la curia, era decisiva, y muchos clérigos veían en él al futuro vicario de Cristo. «Roma—dice en su carta a Asella—teníame en alta estima, y en opinión de casi todo el mundo yo era considerado como digno del soberano sacerdocio; me llamaban santo, humilde y elocuente.» Mas en su ardor apostólico no quiso contentarse con la compañía discreta de la gente de iglesia, y se propuso convertirse en el director espiritual de las matronas cristianas más linajudas, para convertirlas en verdaderas siervas del Señor. En una mansión patriarcal del Aventino celebrábanse entonces reuniones de damas poderosas cuyas almas ardían en amor divino. Jerónimo fué allí a buscar a sus penitentas y no tuvo necesidad de hacer grandes esfuerzos para encontrarlas. Las más bellas, las más nobles, las más inteligentes, sintiéronse en seguida avasalladas por la elocuencia de aquel doctor que sabía unir en sus discursos la sabiduría, la violencia y la gracia. Las primeras en aceptar los consejos y las inspiraciones del santo sacerdote, fueron Paula, Marcela, Blesilla y Eustaquia. Paula, como descendiente de los Scipiones y de los Gracos, gozaba en la sociedad romana de gran predicamento, por su estirpe y por su belleza. Viuda a los treinta y cinco años, habíase consagrado a educar a sus hijas en la religión cristiana, sin la menor idea de volver a casarse. Su padre, Rogato, que pretendía descen-

der de Agamemnón y de los Atridas, habíala legado una fortuna considerable, con la cual hacía discretamente las más meritorias obras de caridad. Su hija Blesilla, viuda también, buscaba en la religión un consuelo a sus tristezas íntimas y a su soledad sentimental. Eustaquia, la otra hija de Paula, era aún soltera y parecía, por sus encantos, por su carácter y por su nombre, destinada a ser la compañera de algún magnate de lo más principal del mundo. En cuanto a Marcela, aunque de abolengo menos preclaro, poseía una fortuna inmensa, que la permitía figurar en primera línea en la sociedad romana. Una vez dueño de la voluntad de estas mujeres, que se consagraron en cuerpo y alma al servicio de Jesús, Jerónimo no tardó en ver aumentarse el círculo de sus hijas espirituales. Albina, la rica anciana; Arella, la amiga de San Juan Crisóstomo; Furia, heredera de un nombre imperial; Fabiola, la legendaria heroína; Lea, la hermosa; Principia, cuya cultura era extraordinaria; otras muchas, menos ilustres, pero que pertenecían también a grandes familias romanas, formaron una especie de comunidad libre, de la cual Jerónimo era capellán y tirano. Naturalmente, la pública maledicencia no pudo ver con ojos puros esta mística familiaridad. «Antes de que comenzase a frecuentar la casa de Paula—escribe el mismo santo—todos me estimaban.» Y, en seguida, agrega lleno de amargura: «He estado a menudo rodeado de mujeres, de vírgenes, y las he expli-

cado lo mejor que he podido los libros divinos. El estudio crea la asiduidad; la asiduidad crea la familiaridad. Pero que esas mujeres digan si han oído jamás de mis labios algo que no sea digno de un cristiano. ¿No he rechazado los regalos que quisieron hacerme? ¿He pronunciado jamás ante ellas una palabra dudosa?» Toda la energía que Jerónimo empleó en defenderse contra los que lo acusaban de una excesiva simpatía hacia las bellas penitentes, no le sirvió nunca para nada, como nos lo demuestra una historieta de Juan Beleth, que se encuentra en la *Leyenda Aurea*. Los clérigos de Roma, que vivían en el palacio pontificio y que tenían muy poca simpatía por nuestro héroe, colocaron un día al lado de su cama, en el lugar en que él solía poner su hábito, un traje de mujer. El santo despertóse en medio de la noche para asistir a maitines, y creyendo, en la oscuridad, que aquel vestido era el suyo, púsoselo rápidamente. Al verlo entrar en la iglesia papal, todos los prelados que allí se hallaban echáronse a reir. «Sus enemigos—dice Juan Beleth—habían obrado así para hacer creer que se hallaba en compañía de una mujer.» Dado su carácter, es seguro de que ni Dámaso ni ninguno de sus cardenales creyera tal cosa. Pero la broma tuvo éxito y se divulgó pronto en la sociedad romana. Además, no sólo de ser por demás amigo de las bellas viudas lo acusaban. Cuando Asella, la hija de Paula, murió en la flor de la edad, sus enemigos dijeron a Jerónimo:

—Tú la has matado, obligándola a ayunar y a hacer penitencia.

El golpe fué rudo para aquel luchador susceptible. ¿El la causa de la muerte de la joven cristiana? Ninguna pérdida, sin embargo, le hubiera sido más dolorosa. En toda su correspondencia, no hay una página tan triste, tan ardiente, tan tierna como la consolación dirigida a la madre de la tierna muerta; mas sus lágrimas no bastaron a calmar al pueblo. Al volver del entierro de Asella, los romanos gritaban:

—Hay que destruir la raza detestable de los frailes... ¿Por qué no lapidarlos y echarlos al río?... Si no tomamos medidas enérgicas, vendrán a arrancarnos nuestras hijas de los brazos como ese hombre arrancó las suyas a la ilustre Paula.

Paula, sin embargo, fué la única que no dejó un solo instante de dar pruebas a Jerónimo de su profunda amistad. Embriagada de misticismo, no pensaba sino en alcanzar en vida algo de la gloria celestial. Habiendo consagrado a Cristo la virginidad de su hija Marcela, hacíase dar el título de Suegra del Señor. Así, cuando el Papa Dámaso murió y Jerónimo comenzó a preparar su viaje a la Tierra Santa, aquella matrona exaltada fué la primera que decidió seguir hasta Jerusalén, acompañada de Eustaquia, al santo capellán de su comunidad mundana. Tras ellas, otras viudas y otras vírgenes, emprendieron el viaje de Oriente. Y

como todas eran ricas y nobles, Roma sintió, cual una pérdida irreparable, aquel rapto sagrado.

* * *

Seguido de sus bellas penitentes, el santo llegó a Jerusalén cuando sus cabellos comenzaban a blanquear. Ante el Sepulcro, en las estaciones del Calvario, en la torre del Pretorio, en todos los reposorios de la tragedia cristiana, en una palabra, aquel grupo místico derramó torrentes de lágrimas. Luego, deseoso Jerónimo de evitar las rivalidades hierosolimitanas, encaminóse hacia Belén, de donde no volvió a salir sino para hacer cortos viajes y siempre con el firme propósito de volver. En la dulce soledad de la Judea, rodeado de religiosos que acudían de todos los países del mundo para arrodillarse ante el Santo Pesebre, alejado de sus enemigos de Roma, mimado por sus devotas amigas, sintió, por primera vez en su existencia, la dicha paradisíaca de vivir. «Volviendo—dice—a nuestra aldea de Belén y a la mansión de María, ¿cómo podré inspiraros idea bastante digna de este lugar donde nació el Salvador del mundo, y de este pesebre donde profirió sus primeros lloros? Preferible es no decir nada de tan santo lugar, a no decir bastante.» El mismo recuerdo de Roma, que en su primer retiro lo había atormentado con el aguijón de las tentaciones, trocóse en un motivo

de perpetuas enseñanzas. «Cierto—clama a cada instante—cierto que Roma es grande; pero ¿cómo no detestar esos artesonados de oro, esas moradas magníficas que sólo se ornan, por decirlo así, con los sudores de los desventurados y los trabajos de los criminales? ¿Qué son esos palacios soberbios que los ciudadanos edifican para proporcionar a una despreciable criatura el placer de pasearse por estancias ricamente guarnecidas, considerando su belleza antes que la del cielo, como si el firmamento no fuese el más agradable de todos los objetos y el más digno de atraer las miradas?» Y después de hablar así, vuelve a entonar, como un ritornello, el elogio de la dulzura, de la paz, de la santidad de Belén. Encerrado en su celda, trabajaba con ardor, ayudado por Paula y Eustaquia, que habían aprendido el hebreo. Los conventos creados con el oro de las damas romanas alrededor de la Gruta de la natividad, lo nombraron su director espiritual. Los sacerdotes que visitaban los santos lugares, iban, después de hacer sus devociones betlemitas, a tributar homenajes fervientes a su saber y a su virtud. Su prestigio irradiaba por toda la cristiandad. Mas, ¡ay!, la calma no había sido creada para su espíritu.

* * *

La Palestina, por otra parte, no era en aquella época, como no lo es tampoco hoy, una región pa-

cífica. Mil disputas, provocadas por las vanidades de los obispos, por la locura de los teólogos, por la codicia de las Comunidades y por las complicaciones de los Concilios, mantenían encendido el fuego de la discordia. Cada prelado creíase señor soberano de su comarca, y a veces llegaba al extremo de consagrar por sí y ante sí a su sucesor, sin someterse a las reglas de Nicea, según las cuales, varios prelados eran necesarios para elevar a un sacerdote al obispado.

Evagro, de ilustre y patética memoria, hízose así ordenar por Paulino, para continuar la lucha contra Flaviano, y ni la voluntad del Papa, ni las órdenes del César, lograron nunca que renunciara a su mitra mal adquirida. La confusión era tal, que para todos los rebeldes había fieles. Durante la larga pelea que dividió el sitio episcopal de Antioquía entre dos autoridades adversas, los católicos iban de uno a otro bando sin darse una cuenta muy exacta del lado en que estaba la justicia verdadera. La jerarquía de las ciudades era una causa incesante de conflictos. Jerusalén no aceptaba de buen grado su situación de provincia episcopal sometida a Cesárea. Las discusiones entre el metropolitano y su sufragáneo revestían un carácter tan violento, que Roma tenía a menudo que intervenir para calmarlas. Mas toda intervención de Occidente resultaba vana en la Tierra Santa. Con su orgullo de guardianes de la cuna de la fe, los clérigos palestinianos creíanse exentos de obediencia.

Así, cuando Acacio destituyó a Cirilo, la sede hierosolimitana convirtióse, durante veinte años, en un campo de batalla ocupada por intrigantes a quienes el pueblo no quiso nunca reconocer de manera definitiva. Gregorio de Nisa, que fué enviado como representante de un Concilio para poner paz en aquella circunstancia, salió de Jerusalén espantado de lo que había visto.

«En ninguna parte—dice monseñor Duchesne—había encontrado tantos malvados como allí, donde el robo, el adulterio, el envenenamiento y el asesinato eran cosas corrientes.»

En aquella época, en que el mismo Papa veíase acusado ante los tribunales romanos por delitos comunes, la indignación no era, empero, fácil. Pero la verdad es que si en todo el imperio de Teodosio el nivel moral estaba muy bajo, en las ciudades de Palestina los vicios del pueblo parecían más escandalosos que en Roma misma. Y cuando digo el pueblo, sólo me refiero a los frailes y a los clérigos, a los peregrinos y a las beatas. La masa indígena contentábase con organizar motines contra las autoridades cuando los impuestos hacíanse demasiado injustos, y luego caía de nuevo en su apatía de rebaño. En cambio, la gente de iglesia manteníase en perpetua agitación, en perpetua intriga, en perpetua lucha. Los odios de convento a convento, de iglesia a iglesia, de grupo a grupo, no buscaban velos para ocultar su violencia. Aun los que a través de los siglos nos aparecen como san-

tos dignos de toda devoción, mostrábanse a menudo irascibles e injustos. La sublime Melania, que vivía en el Monte de los Olivos, al lado de Rufino, y la excelsa Paula, que acompañaba a Jerónimo en su retiro de Belén, fueron tal vez las causantes de la ruidosa ruptura entre aquellos hombres que hasta entonces se habían demostrado una profunda afección. El más ligero pretexto bastaba para provocar rencores, rebeliones, cismas y herejías.

Examinando con independencia de espíritu los escritos de la época, llega uno a preguntarse cómo por motivos verdaderamente cómicos por lo nimios, se desencadenaban aquellas tempestades de anatemas Querellas cual las de las tres hipóstasis, de los Melecianos, que tan insignificantes nos parecen ahora, son, si se las compara con las disputas de los teólogos hierosomilitanos, de un interés fundamental. Sobre lo que es esencia o lo que es sustancia, sobre lo que significa la procedencia o la inteligencia, entablaban pleitos que multiplicaban hasta el infinito las herejías. Pero no hay que creer que estas sutilezas espirituales les hicieran perder de vista los intereses materiales. En medio de sus controversias, trataban de vivir lo mejor que podían, y para eso explotaban, con una habilidad que los franciscanos actuales desconocen, las reliquias santas y los divinos lugares.

«Mientras más menudeaban los peregrinos—escribe Duchesne—, más los reposorios sagrados se multiplicaban. No había aldea de Palestina que

no tuviera algún recuerdo bíblico. Algunos eran auténticos, o, por lo menos, correspondían a lugares que, en realidad, habían existido. Pero la curiosidad de los peregrinos reclamaba más, y así se llegó a descubrir hasta la tumba de Job y el palacio de Melquisedec. En cuanto un santuario nacía, los frailes acudían y la leyenda era próspera.»

Naturalmente, esta explotación creaba día por día pretextos para nuevas luchas. Sin peleas, aquel pueblo de religiosos no podía vivir. Las pasiones eran tan ardientes, que, muy a menudo las discordias acababan de un modo trágico.

Los infinitos grupos católicos que se creían poseedores de la verdad exclusiva, se devoraban docta y cruelmente entre citas del Evangelio y de los padres del desierto.

* * *

¿Cómo Jerónimo, cuya alma era batalladora, hubiera podido vivir en aquel ambiente sin sentir el contagio de la lucha? Apenas terminados sus trabajos de traducción y de comentarios bíblicos, el origenismo le proporcionó una oportunidad para lanzarse a la arena de las disputas. Su primer adversario en Palestina fué Rufino. ¡Qué cartas tan terribles le dirigió, renegando de su antiguo cariño fraternal! Las respuestas del amigo de Melania fueron también terribles y no pueden haber de-

jado de herir cruelmente el orgullo y la susceptibilidad de su alma. En más de un pasaje de sus escritos se nota la tristeza que a la larga llegó a inspirarle aquella lucha fratricida, que turbó para siempre la paz de su retiro. Porque desde entonces, en efecto, ya la dulzura de la existencia betlemita no pudo reinar en él. La pasión del combate adueñóse de su albedrío. Emboscado en su gruta, vecina de la del pesebre de la divina mansedumbre, no perdía de vista nada de lo que sucedía en el siglo. Ningún pecado, ninguna falta, ninguna herejía pasaba inadvertida para sus ojos de águila. Todo lo veía de lejos. Todo lo escudriñaba. De todo se preocupaba. Y en cuanto había el menor motivo para arder en santa cólera, su elocuencia emprendía un vuelo terrible hasta Roma, hasta Atenas, hasta Alejandría, hasta Bizancio. Y desgarraba las presas que la ortodoxia le indicaba. A Heliodoro, o Joviniano, a otros muchos compañeros de sacerdocio, a otros muchos desconocidos, dirigíales, con el menor pretexto, epístolas sangrientas. Su voz, que antes había tenido para las bellas penitentes romanas arrobamientos y caricias, hacíase cada día más dura, más implacable. Con los textos sagrados siempre presentes, repitiendo sin descanso los salmos más rudos, gritaba en la soledad hasta el punto de conmover al mundo. A fuerza de leer los libros hebreos, algo de la crueldad de los primeros profetas de Israel había penetrado en su alma. Su Dios no era ya el dulce

perdonador de todos los pecados. El cordero de los cristianos había sido devorado en su espíritu por el león de Judea. Con un orgullo y con una impaciencia indomables, reíase de la jerarquía, y lo mismo alzábase contra un lego que contra un obispo. Uno de sus lamentables movimientos impulsivos lo llevaron, ya en la vejez, a entablar contra San Agustín un debate en el cual su amor propio encontró una fuente de humillaciones y de dolores. «No me regatees tus enseñanzas cuando las creas útiles—escribíale Agustín altivo y desdeñoso—, pues aunque el sacerdocio debe inclinarse ante el episcopado, hay cosas en que yo debo inclinarme ante ti; y, por otra parte, no hay que desdeñar el ser corregido aun por los que son más pequeños que nosotros.» Pero esta lección no sirvió de nada. Poco después, en las postrimerías de su vida, rebelóse abiertamente contra su jefe directo, el obispo de Jerusalén, y provocó, no sin razón, el gran movimiento en que intervino el Papa mismo para condenar a los pelagianos. Este fué su último triunfo, su último placer. Saboreándolo con la voluptuosidad de un león envejecido que devora los restos de su última presa, pudo morir tranquilo, contento de sí mismo, lleno de orgullo, satisfecho y seguro de la inmortalidad de su obra, a los ochenta y ocho años, en su monasterio de Belén, en brazos de las buenas matronas romanas que lo habían abandonado todo por seguirlo y que embalsamaron su cuerpo con sus lágrimas.

EL ALMA INEXORABLE DE SCHENUDI

«Es el blanco monasterio de San Schenudi.»

MONSEÑOR DUCHESNE.

«En su país, la santidad de Schenudi ha sido reconocida y celebrada en todas las épocas.»

E. AMELINEAU.

«De todas las figuras legendarias del tiempo de los frailes de la Tebaida, ninguna ha seguido siendo tan popular como la de Schenudi en Egipto.

ALBERT GAYET.

NTRE las ásperas soledades del desierto, los altos muros de una fortaleza surgen de pronto a nuestra vista. Hace apenas una hora que caminamos por el triste arenal líbico al paso tardo de nuestras monturas, y el trayecto nos parece ya insoportablemente largo. El cielo caliginoso, calentado por un sol invisible, pesa sobre nuestras cabezas como una losa de plomo, La respiración es difícil en esta atmósfera que ningún soplo de brisa anima, que ningún oasis refresca. ¿Dónde están las claras mañanas de Luxor, con sus caricias perfumadas por los jardines del Nilo?... ¿Dónde las suaves tardes somnolen-

tas bajo las palmeras de Denderá?... En toda la extensión que nuestra vista abarca, no se descubre una sola choza hospitalaria, una sola enramada propicia. Nuestros mismos caballos suben jadeantes, como abrumados por el calor, por la falta de aire, por el bochorno espantoso del día. Y en vano el árabe, que nos sirve de guía montado en un pollino diminuto, murmura a cada paso: «¡Ya estamos ahí!» A medida que avanzamos, por el contrario, diríase que el monasterio se aleja, remontándose en la cima de su montaña blanca. Inconscientemente pensamos con veneración en los santos que, hace mil quinientos años, poblaron estos interminables arenales. ¡Cómo no admirar, en efecto, cuando uno se encuentra aquí, la constancia heroica de aquellos primeros anacoretas que en la aurora del mundo cristiano usaron sus rodillas devotas, arrodillados durante años y años en este suelo ingrato, bajo este cielo más ingrato aún? Enterrados en cavernas de rocas porosas, saboreaban en vida tormentos infernales, pensando que sus penitencias y sus privaciones eran agradables al Señor. Antes de las fundaciones de los primeros conventos, sobre todo, cuando sólo había anacoretas muertos de sed, muertos de hambre, muertos de sueño, este rincón de la Alta Tebaida debe de haber sido un verdadero antro de dolores. Las reglas monásticas que Pakomio recibió del cielo en Tabena, y que tan espantosamente rigurosas parecerían hoy a los plácidos franciscanos, constitu-

yeron un inmenso alivio para los solitarios tebanos. En esta misma fortaleza mística de Atribis, gobernada por el más severo de los archimandritas, la existencia era hasta cierto punto dulce comparada con la que llevaban antes del siglo IV los imitadores de Antonio y de Macario. Al amparo de los altos muros elevados por Schenudi, las celdas de cañas y de barro conocían al menos la dulzura de la sombra. Levantándose con el alba, los monjes asistían en silencio a los rezos del día, y por la tarde, antes de recogerse, encontraban en vastos refectorios los manjares sencillos y el pan fresco que preparaban para ellos los hermanos cocineros. Una campana primitiva despertábalos en medio de la noche para asistir a los solemnes oficios nocturnos. Durante las horas que no estaban reservadas a las preces, cada uno consagrábase a alguna labor manual reglamentada y vigilada por los más ancianos. Pero no todos se resignaban a estas suaves y monótonas prácticas. En medio de sus discípulos, el santo fundador de estos santos lugares hacía una vida de perpetuas mortificaciones. Su cuerpo era flaco y en sus órbitas profundas sus pupilas lucían con fulgores sobrenaturales. En su celda veíase una enorme cruz, en la cual hacíase suspender durante semanas enteras. Cuando las tentaciones atormentaban su cuerpo, metíase en una piscina y permanecía con el agua hasta el cuello días y días. En tiempos ordinarios, contentábase con dormir dos horas cada noche, y

muy a menudo ni siquiera se acostaba. Sus ayunos eran perpetuos. Sus lágrimas eran tan abundantes y tan frecuentes, que el sitio en que tenía costumbre de orar, estaba siempre mojado como por la lluvia. Su biógrafo, el piadoso Visa, cuyo libro me sirve hoy de breviario en mi peregrinación, dice: «Nuestro padre parecía un esqueleto, sólo cubierto por la piel curtida.»

* * *

En todos los rincones de este vasto monasterio en ruinas, el fantasma del santo fundador sale a nuestro encuentro a cada paso, envuelto en su cilicio de pelo de camello. Las trescientas familias de miserables coptos que aún viven en las celdas reconstruídas, lo invocan sin cesar, según parece, considerándolo siempre como el genio tutelar de la comarca. «Nuestro padre», dicen, cual si se tratase de un sér siempre vivo, siempre visible. Y es que sus huellas están hondamente marcadas en todo este recinto. El pozo, es su pozo; los muros, son sus muros; las columnas de la entrada, son sus columnas. Pero es en la iglesia, bajo las cinco cúpulas simbólicas, en la penumbra impresionante de las naves oscuras, donde su presencia llega a convertirse en una verdadera obsesión. El pobre religioso egipcio que salmodia detrás de

la cancela ortodoxa, en la lengua antigua del país, las oraciones de hace quince siglos, despierta en nuestras almas el eco terrible de la voz milenaria. Las sombras que en otros lugares del desierto místico se desvanecen cuando queremos evocarlas entre las ruinas apenas reconocibles de sus santuarios, aquí, gracias a la piedad del pueblo, que ha sabido conservar a través de las edades las piedras y las tradiciones, álzanse a nuestro conjuro con todo su esplendor remoto. Verdad es que ninguna figura religiosa tuvo mayor relieve, a causa de sus virtudes y de sus defectos de carácter, que la de aquel rudo capitán del más grande ejército de frailes que ha visto el mundo.

* * *

Educado en el convento de un hermano de su madre, Schenudi demostró, desde el principio de su vida, una fe en sus propias fuerzas, que habría espantado a un Macario o a un Eutimio. El diablo mismo aprendió pronto a conocer el vigor de aquellos brazos y la energía de aquella alma, «Un día —dice Visa—, cuando el santo vivía solo en una caverna del desierto, en la cual pasó cinco años enteros de su juventud sin ver a nadie ni oir una voz humana, entregado a la meditación y a la penitencia, el diablo presentósele con un rostro de mancebo agradable y le saludó de esta manera:

»—Salud, ¡oh, joven hermoso! El Señor me manda hacia ti para consolarte. Renuncia a tus prácticas de piedad y a tus maceraciones; abandona este lugar árido; vuelve al campo ameno para comer en paz tu pan en compañía de tus hermanos. El Señor te dará una larga vida en la tierra. Pero si te empeñas en quedarte aquí, morirás antes de la fecha que te está marcada.

»A estas palabras, nuestro padre reconoció la verdadera naturaleza de su interlocutor, y le dijo:

»—Si has venido para consolarme, haz el signo de la cruz y pronuncia el dulce nombre de Jesús.

»Oyendo el nombre del nazareno, Satán metamorfoseóse y tomó el aspecto de un cabrón con grandes cuernos y atacó al solitario. Este cogió las cuerdas que había trenzado con sus manos, ató a su enemigo y lo colgó en una roca. Satán daba grandes gritos que hacían temblar toda la montaña en sus fundamentos.

»—¡Te ruego que no me hagas perecer antes del término de mi vida!—decía.

»Entonces Schenudi descolgólo, murmurando:

»—Por las preces de los santos te aseguro que si vuelves aquí te desterraré a Babilonia de Caldea hasta el día del juicio.»

Este acto de energía es uno de los que más profundamente impresionaron a los antiguos hagiógrafos egipcios, Hay, en efecto, en la primitiva literatura copta varias leyendas en las cuales vemos a los religiosos ahorcar a Lucifer. Una de ellas,

que parece inspirada directamente en la vida de San Schenudi, nos cuenta la historia de un fraile llamado Aur, que se condujo con el espíritu malo del mismo modo que Schenudi. El piadoso Aur, según su historiador, estaba un día sentado a la puerta de su iglesia, cuando un hombre se le acercó y le dijo:

—Yo conozco a tu padre y a tu madre. Yo sé que eres hijo del adulterio. Si no quieres que el Rey del mundo te castigue, apresúrate a destruir lo que has construído. Si me escuchas, vivirás tranquilo Si no, ¡ay de ti!

Oyendo estas palabras, el religioso arrodillóse y pidió al ángel de su guarda que le inspirara la determinación que debía tomar en semejante caso.

—Este anciano—murmuró—parece muy digno de veneración. El sabe, según dice, que soy hijo del adulterio, y en tal caso la obra hecha por mis manos tiene, efectivamente, que ser sacrílega.

—Calma tus ansias, hermano—contestóle su ángel—. Este anciano es Lucifer en persona, que desea perderte, Mas nada temas. Coge las cuerdas que acabas de trenzar con tus propias manos, y después de echarle una soga al cuello, cuélgalo en la puerta de la iglesia.

Así lo hizo Aur.

Pero apenas el diablo estuvo colgado, comenzó a dar tales alaridos, que el desierto se conmovió.

—Perdóname—decía—, perdóname y te prometo alejarme de la tierra.

Movido a compasión, el religioso cortó la cuerda, y Lucifer salió huyendo.

Pocos días después otro anciano presentóse ante Aur en el momento en que colocaba las columnas del atrio de su iglesia, ayudado por algunos obreros piadosos.

—Soy un pobre hombre sin patria ni hogar—díjole.

Y agregó:

—Tengo hambre, tengo sed, tengo sueño.

El religioso quiso ofrecerle su pan, mas el caminante negóse a aceptarlo, diciendo que su conciencia le vedaba tomar cosa alguna si no la había ganado con su trabajo.

—Empléame en tu obra—murmuró—, y entonces podré comer lo que me das,

—Eres muy anciano, hermano.

—No importa. A pesar de mis años, aún soy fuerte.

—El número de mis obreros está completo.

—Uno más, siempre sirve.

—No sé si podrás con estas piedras tan grandes.

—Podré.

—Trabaja, pues.

El caminante comenzó a subir por los andamios llevando sobre los hombros un enorme bloque de granito, Admirados de su robustez, algunos

albañiles acudieron al pie de la escalera para verlo. Entonces el viejo, haciendo como que de pronto se sentía sin fuerzas, dejó caer la piedra sobre la cabeza de los que le contemplaban, y mató a uno de ellos.

Al día siguiente, como un capitán pasara por allí con una patrulla, el anciano llamólo, y mostrándole al muerto, le dijo:

—A este hombre lo ha matado Aur.

Y Aur fué prendido. Y comenzó a llorar. Pero el ángel le habló al oído aconsejándole que cogiera de nuevo una cuerda y que colgara por segunda vez a aquel intruso, que no era sino el diablo. Así lo hizo. Apenas estuvo Lucifer a punto de morir ahorcado, comenzó a gritar, jurando que nunca más volvería al mundo si se le perdonaba la vida.

Aur, siempre piadoso, descolgólo, amenazándole con matarlo si volvía a turbar su existencia,

—Nunca más volveré — murmuró el espíritu malo.

A pesar de lo cual volvió, no una, sino muchas veces.

Más afortunado que Aur, Schenudi logró inspirar a su enemigo un verdadero terror cuando, después de descolgarlo, amenzólo con desterrarlo a Babilonia.

—Huye y no vuelvas—díjole con voz iracunda.

Satán huyó lleno de confusión. Y así aleccionado, no se atrevió ya jamás a emplear contra el

solitario de Atribis las arteras asechanzas que le servían para atormentar a los demás anacoretas. No hay una sola existencia santa, en efecto, en la que menos frecuentemente se vea al diablo. La seguridad de Schenudi de que nada debe temer el justo de las malas artes infernales llegó a tal punto, que sin darse cuenta de ello acabó por creer que sólo los pecadores tenían algo que temer de las obras infernales, sin notar que con aquellas ideas se ponía en flagrante contradicción con sus predecesores en solitaria santidad. Un día, como el capitán Corroas dijera en el monasterio de Atribis que todas sus faltas eran provocadas por Satanás, el Santo contestóle:

—Satanás no tiene nada que ver con el hombre; el hombre mismo, por su propia voluntad, es el que se hace compañero de Satanás al pecar; a Satanás le es imposible hacer pecar al hombre, si el hombre no le atrae antes con algún deseo malo; además, Cristo está siempre dispuesto para socorrer a sus hijos que luchan,

Por su parte, el gran archimandrita creíase a cubierto de toda culpa, gracias a su fortaleza o, mejor dicho, a su frialdad carnal. Nunca, en efecto, sus sentidos desfallecieron como los de Antonio, como los de Macario, como los de Pakomio. Según su expresión, algo grosera, el olor de la mujer enfermábalo cual una podredumbre. Así, durante los ciento diez y ocho años de su existencia, ningún pecado parecióle menos digno de disculpa,

después de la idolatría, que la lujuria. Su báculo airado levantóse siempre sin piedad cuando se trató de castigar a los concupiscentes, a los libidinosos, a los adúlteros: «No sólo las uniones ilícitas—dice Visa—le causaban asco. Parecía tener un verdadero horror por las mujeres en general. Consideraba la obra de la carne como una imperfección que era la más vil de las imperfecciones, y se sentía feliz de ser superior a tales debilidades.» Cuando una de las dos mil monjas de su laura femenina, situada en la orilla opuesta del Nilo, venía hasta Atribis para acusarse de alguna caída, recibíala con una dureza extraordinaria. Nunca de sus labios las dulces flores de la piedad surgieron para excusar las fragilidades del corazón. A los monjes golosos, a los monjes envidiosos, a los monjes ladrones, a los monjes soberbios, los perdonaba fácilmente, A los débiles de carne, jamás Dirigiéndose a las mujeres que se quejaban de haber sido seducidas por Satanás, decíales:

—Si no hubierais ido al encuentro del pecado, como prostitutas; si no hubierais tendido lazos a la concupiscencia en todos los rincones oscuros, eso no os hubiera pasado, infelices criaturas.

Y dirigiéndose luego a sus diez mil discípulos, que vivían en su convento y en las lauras que de su convento dependían, y entre los cuales, ¡ay!, habíalos que no eran dignos de llevar el uniforme de la santidad, agregaba con ira:

—Cuando averigüe que alguno ha cometido obras

pestilenciales, lo expulsaré sin escándalo y sin gritos.

Gracias a esta ruda energía, la multitud sometida a su disciplina caminaba por lo general cual un rebaño sumiso, ocultando sus pecados y pasiones.

* * *

Schenudi tenía un verdadero carácter de jefe, de organizador, de «manieur d'hommes», como dicen los franceses. De una multitud indisciplinada, perezosa, terca, esforzábase por formar una santa masa compacta. Su mismo orgullo hacía su labor más difícil que las de sus grandes rivales Pakomio y Eutimio. Estos, en efecto, multiplicaron siempre las dificultades para conceder el derecho a entrar en sus comunidades. Cuando un religioso presentábase a la puerta del cenobio de Tabena o de la laura de Sahel, tenía que esperar largos días antes de ser recibido. El mismo San Sabas, que ya había demostrado en otros centros religiosos su espíritu de obediencia, cuenta que al pedir al gran anacoreta de la Parémbola que lo aceptara en calidad de novicio, recibió una rotunda respuesta negativa. En cuanto a San Pakomio, bien sabido es que hacía esperar más de diez días fuera de su monasterio a los que iban a pedirle que los acogiera como simples soldados en las milicias de Cris-

to. Pero esto no era nada. Las historias del desierto están llenas de anécdotas atroces que demuestran hasta dónde llegaba el rigor de las pruebas en el reclutamiento monacal. El «*Verba Seniorium*» nos habla de un tal Sisoi, abad de Tebas, que para darse cuenta del grado de obediencia de cierto postulante a la vida solitaria, ordenóle que ahogara a su hijo. En el momento en que el crimen iba a ser cometido, dos frailes detuvieron los brazos parricidas. En otro caso idéntico que nos refiere Casiano, el padre echó realmente a su hijo en el Nilo, y fué necesario que unos marineros lo salvaran para evitar el asesinato. «Hay que ser como Abraham cuando, obedeciendo la orden de Dios, se dispuso a sacrificar a su vástago», decían los superiores severos. Mas en tal punto, Schenudi no era severo. Confiando en la autoridad de su prestigio, aceptaba a los felás, sin imponerles noviciados desesperantes, Así llegó a tener más de cinco mil frailes bajo sus órdenes. Así, también, se expuso a los mayores conflictos. Porque aquellos religiosos egipcios de fines del siglo IV, no eran ya, en su mayoría, como los solitarios del tiempo de San Antonio, pobres seres incendiados por las llamas de la fe y sedientos de sublimes penitencias. «Esos hombres miserables —escribe el sabio Amelineau—habían renunciado al mundo para llevar una existencia exenta de las labores ordinarias de su condición, con sólo un sentimiento vago de religiosidad. Hacían en el con-

vento lo que hubieran hecho en sus chozas de barro, aún algo peor, porque la seguridad de la existencia desarrollaba en ellos el germen innato de la pereza.» Y si hemos de creer al mismo Schenudi, la pereza no era sino un pecado venial de sus discípulos en las épocas ordinarias. Cuando el espíritu del mal soplaba en el alma de los frailes, todos los vicios adueñábanse de la vasta comunidad. ¿De dónde vienen—escribe en un momento de cólera sagrada el archimandrita—; de dónde vienen estas obras de tinieblas entre las cuales rodamos, nosotros que sabemos hacernos dulce lo que es amargo? Quiero hablar de las fornicaciones, de las manchas de toda clase, de todo lo que está lejos de las reglas.» Luego, amenazador, agrega: «Tal vez has olvidado, ¡oh, comunidad!, las palabras del profeta, que dice que el Señor está expuesto a la cólera y que en su cólera se venga de un enemigo y pierde a sus adversarios.» A pesar de estas enérgicas exhortaciones, el escándalo no desaparecía. En un pueblo tan numeroso de rebeldes, el terror mismo era ineficaz. «Había mil desórdenes», asegura Visa. Los hermanos, en efecto, mostrábanse a menudo envidiosos, revoltosos, codiciosos, golosos y libidinosos. A pesar de estas altas murallas que aún subsisten y que nos espantan por lo altas, y a pesar de la estrechez de esta puerta, por la cual dos personas pueden apenas entrar de frente, las fugas nocturnas eran frecuentes. En cuanto a los latrocinios, no había día en que no se des-

cubriese alguno. Los frailes que estaban encargados de copiar los libros de la biblioteca, habían establecido un verdadero mercado clandestino de pergaminos de precio. La enfermería llenábase todas las mañanas de malos frailes que no iban allí sino para comer bien y reir mejor. Bajo los hábitos reglamentarios, muchos de ellos poníanse joyas mal adquiridas. Las relaciones contra natura, en fin, no deben de haber sido raras, puesto que Schenudi mismo alude a ellas cuando se queja de la afeminación de sus discípulos. Ahora bien; dado el ardor místico del terrible archimandrita, aquel estado de cosas no podía menos que irritarlo y humillarlo. En su alma soberbia, es seguro que el deseo de no poseer sino milicias perfectas, luchaba con la necesidad de mandar un gran ejército. Su ideal hubiera sido rodearse de santos tan perfectos como los que acompañaban a los primeros solitarios. Pero al mismo tiempo su avidez de poderío hacíale necesarias las enormes masas sumisas. Cada vez que la necesidad de hacer respetar la disciplina obligábalo a expulsar a algunos religiosos de sus conventos, el vacío que resultaba en sus filas érale penoso. La facilidad con la cual recibía de nuevo a los culpables, lo demuestra. Bastaba con que uno de aquellos felás, que no sabían hacia dónde irse al salir de Atribis, volviera invocando una visión celeste, para ver abrirse ante sus pasos arrepentidos las puertas de una celda. Este deseo de no perder uno sólo de sus discípulos,

llevaba a veces al hirgúmeno a las más terribles acciones. El ingenuo Visa nos ha conservado algunas anécdotas que ponen espanto en el ánimo. Cierto día uno de los más jóvenes novicios, un verdadero niño, dijo, hablando con sus compañeros, que cuando su padre fuera a visitarlo, le pediría que lo sacase del convento. El rumor de estas palabras, como de todas las que se pronunciaban en el santo recinto, llegó hasta los oídos del superior, que llamó en el acto al descontento y le dijo:

—¿Es verdad que deseas abandonar la comunidad?

—Sí, padre—contestóle con franqueza el mozo.

—Está bien; vuelve a tus preces ahora, y yo me encargo de mandarte a tus verdaderos padres.

Por la noche el novicio comenzó a quejarse de terribles dolores de entrañas, y los viejos frailes que estaban en los secretos del convento, corrieron a Schenudi para rogarle que se mostrase piadoso, salvando al enfermo.

—No—contestóles—; no... Puesto que dice que desea volver al lado de sus padres, lo envío al lado de Jesús, que es nuestro único padre.

Y fué inútil insistir, Algunas horas más tarde Makhis había dejado de existir.

Naturalmente, los que conocían la dureza inflexible del alma del archimandrita, no tardaron en comentar indiscretamente aquella aventura trágica. La acusación de envenenamiento corrió de boca en boca entre los grupos poco respetuosos,

a pesar de los riesgos que toda rebelión hacía correr. El superior, empero, no perdió un sólo instante la serenidad. «Dios lo ha mandado»—contentóse con murmurar.

Dios era el gran instrumento de disciplina. Para lo más nimio, como para lo más grave; para lo más sublime, como para lo más terrible, la voluntad del cielo intervenía de un modo material y palpable. Estos claustros formidables, por entre cuyas ruinas nos paseamos ahora, fueron elevados por las manos de los ángeles; y cuando su fundador los recorría, por las tardes, haciendo su cotidiana visita de inspección general, siempre el Mesías, rodeado de profetas y escoltado de querubines, acompañaba sus santos pasos. En el libro fantástico del hermano Visa, que ahora tengo en las manos y que me ayuda a hacer revivir a los seres que poblaron hace mil quinientos años el monasterio blanco, apenas hay una página en que la presencia divina no se note, Un día Schenudi visitaba las celdas, cuando en una de ellas encontró al hermano Abarchia dormido sobre el pergamino de las profecías de Jeremías. Aquel espectáculo entristeció su alma sensible hasta el punto de hacerlo derramar abundantes lágrimas, que cayeron sobre el rostro del fraile somnoliente. Este despertóse de pronto, y, al verse todo mojado, exclamó: «Me ha caído agua.» Pero el archimandrita contestóle: «¡Insensato, son lágrimas las que así humedecen tu cara; son las lágrimas del

profeta, que no ha podido contener su pena al notar que te has quedado dormido leyendo sus palabras!» Otro día un fraile se dejó igualmente rendir por el sueño con el tomo de Malaquías sobre las rodillas. Suavemente, el superior lo despertó y le dijo: «¡Hermano, no hagas esperar al profeta!» El religioso, sorprendido, preguntóle: «¿Qué significa eso, padre?» «Significa—contestóle—que Malaquías estaba a tu lado muy triste al ver que no acababas su lectura.» Estas cosas Visa las refiere con una convicción absoluta, con una inocencia perfecta, demostrando que ni la más ligera duda nublaba su fe. ¿Y cómo había de dudar él, que había oído la voz de Jesús? La página en que nos ha legado el relato de su primera aventura sobrenatural, es una de las más enternecedoras de su obra. Teniendo que dar cuenta de una misión, llamó una tarde a la puerta de su maestro, y oyó que éste decíale: «¡Entra!», a pesar de lo cual no se atrevió a pasar adelante, temeroso de ser importuno, pues en el interior de la celda sonaban claramente dos voces. Cuando, al cabo de un largo rato, decidióse a trasponer el santo umbral, preguntó:

—¿Quién estaba contigo, padre?

—El Mesías, hijo.

—¡Oh! ¡Si yo hubiera podido entrever siquiera su divina sombra!

—Aún eres demasiado imperfecto.

—Es cierto que soy un pecador; pero su bondad es infinita.

—Sí; su bondad es infinita. Ahora mismo anunciábame nuevos favores, de los cuales el convento se aprovechará. Evita, pues, toda ocasión de pecar, y te prometo que lo verás.

—Soy tu esclavo, padre.

—Vuelve mañana a esta misma hora. Jesús estará aquí, como todas las tardes.

Visa no durmió. Preparándose para hacerse digno de la sublime visión, pasó la noche arrodillado al pie de la cruz. Al día siguiente, a la hora indicada, llamó con mano miedosa a la puerta de la celda del superior, sin obtener respuesta ninguna. En el interior dos voces claras sonaban. El coloquio era ardiente. Visa volvió a llamar. Entonces Schenudi salió a su encuentro, y le dijo:

—Hermano, nuestro Señor acaba de subir al cielo, sin permitir que lo veas. Pero no te entristezcas, no llores, no te impacientes. La resignación ante los designios celestiales, es la primera virtud del religioso digno de este nombre.

—¡Desgraciado de mí!—gemía el fraile—. Yo debo ser el más vil de los pecadores, puesto que Jesús me niega el goce infinito de su presencia.

—Cálmate, hermano. Pecador eres, sin duda, pero estás en el camino de la perfección. Día vendrá en que has de ver al Mesías. Por ahora, lo único que mereces es oir su voz.

—Desde entonces—concluye Visa—muchas veces

oí a Jesús en los momentos en que hablaba con mi padre.»

Todo esto, cuando lo leemos en nuestro gabinete de estudio, en horas razonables, nos hace sonreir. Pero en esta soledad y en esta penumbra, bajo este cielo ardiente, entre estas ruinas pobladas de fantasmas, algo de la inocencia de los antiguos frailes invade nuestras almas para obligarnos a experimentar el temblor de las divinas obras. Y es que, fuera de toda poesía y de toda locura, si hay una existencia en la cual la protección divina aparece a cada paso evidente y patente, es la de aquel terrible felá de los ojos de fuego que supo crear con sus manos exangües todo este universo de maravillas.

* * *

—¿Qué puede darse, en efecto, de más sobrenatural que la historia de la sentencia de muerte pronunciada por el duque de Antinoé? Sucedió, pues, que cierto sacerdote de una ciudad de las que espiritualmente pertenecían al feudo de Atribis, tenía relaciones amorosas con la mujer de un rico felá de los alrededores. Casos como éste se han visto siempre, y más en equella época de gran perversidad. Pero Schenudi, que jamás había tenido tentaciones carnales, era incapaz de

considerar el adulterio con la suave indulgencia de un Macario o de un Pakomio. Así, desde que se enteró del escándalo hizo venir a los culpables y aconsejóles paternalmente que renunciaran a su existencia criminal. Durante un año entero, no perdió ocasión de repetir el mismo consejo, haciendo ver a los pecadores cuán grande era su culpa. «Por lo menos—decía sin cesar al amante—no ejerzas más las funciones sacerdotales, pues de ese modo agravas la fornicación con el sacrilegio.» Todo era en vano, El demonio de la lujuria habíase adueñado de tal manera de aquellos infelices, que hasta en la iglesia, al pie del altar, junto a la imagen de nuestro Señor crucificado, entregábase a los criminales placeres de la carne. El pueblo entero que, sin embargo, tenía costumbre de cerrar los ojos ante los extravíos de la gente de iglesia, comenzó a murmurar. Tanto fuego en dos seres separados por un lazo matrimonial y por un voto de pureza, no podía parecer a los campesinos de las orillas del Nilo sino obra de un filtro diabólico. «Os juro—decía, empero, descaradamente el mal sacerdote a los que lo motejaban—que entre esta mujer y yo no existe sino un lazo de mística hermandad.» Mas luego dejábase sorprender en sus idílicos transportes por todos los que iban a su templo. Ahora bien; en ocasión en que se celebraban unas grandes fiestas religiosas en la comarca, la adúltera y su cómplice, mezclándose con la multitud de los romeros, entraron en

el convento para tomar parte en las ceremonias del culto. En circunstancias como ésta, los fieles dormían en este gran patio poblado hoy de chozas miserables, y la iglesia permanecía abierta toda la noche para que los más ardientes devotos pudieran hacer a cualquier hora sus preces. Shenudi, que como un califa de cuento árabe confundíase a veces con el pueblo, vestido de peregrino, para sorprender los secretos de los devotos, vió a los dos pecadores que, en la sombra, se unían para penetrar juntos en el santuario del Señor. Inflamado en santa cólera, levantó entonces su terrible garrote; y, con tal fuerza y tantas veces dejólo caer sobre las cabezas de los culpables, que cuando los frailes acudieron ya no encontraron sino dos cadáveres horriblemente desfigurados, En épocas ordinarias, es probable que aquel acto habría quedado oculto entre el misterio del claustro. Pero la afluencia de gente hizo llegar la noticia hasta Antinoé, donde entonces ejercía el virreinato de Egipto un severo duque poco partidario de los milagros sangrientos. El archimandrita fué, pues, llamado ante el tribunal imperial.

—¿Con qué derecho has matado a un hombre y a una mujer que ni siquiera estaban bajo tu autoridad eclesiástica?—preguntóle el magistrado.

La respuesta fué digna de quien la daba.

—He obrado—contestóle—como Samuel, que mató a Agag, rey de los amalecitas, y que se vió recompensado de aquella acción por Dios.

La excusa, aunque bíblica, no debió de haber parecido suficiente al juez, puesto que en el acto dictó y firmó una sentencia de muerte. El archimandrita fué entregado al verdugo. «Pero—dice Visa—en el momento en que éste levantó su espada, dos ángeles le detuvieron la mano.» Sea de ello lo que sea, lo cierto es que a la mañana siguiente Schenudi, muy tranquilo, hallábase en su convento rodeado de sus frailes, que celebraban el milagro con medroso embeleso.

* * *

Desde aquel día el prestigio del sublime fraile no tuvo límites. Su poderío parecería a los habitantes de las tierras tebanas más grande que el de los legados imperiales. Los sucesores del duque de Antinoé, lejos de perseguirlo como prófugo, lo colmaron de homenajes. El emperador mismo llamólo a Constantinopla para pedirle sus bendiciones y consejos.

* * *

El ingenuo Visa nos habla de este imperial homenaje como de una cosa milagrosa. Y es que realmente, en esto como en todo, Schenudi no pudo

dejar de hacer intervenir su poder de taumaturgo. Aconteció, pues, que Teodosio el Joven oyó decir a sus capitanes que había en el alto Egipto un religioso cuyas virtudes eran recompensadas por el cielo con dones sobrenaturales. Y pensó: «Quiero ver a ese religioso» Y tomando su cálamo imperial, escribióle la carta que sigue: «Yo, a quien Dios ha dado un reino, aunque de ello soy indigno, al padre Schenudi, hombre del Señor, ¡salud! Te adoro, padre santo, y te suplico que te apresures, Ven hacia nosotros con el fin de que aprovechemos las gracias de tus sagradas bendiciones, yo y todos los que viven en esta ciudad, porque la Monarquía y el Senado desean tu presencia en esta ciudad. No tardes en venir ¡oh! santo padre. Tenemos sed de tus enseñanzas y de tus consejos, después de lo que nos han referido los que conocen tus cualidades maravillosas. No nos olvides en tus preces. La paz sea contigo, en nombre de la Santa Trinidad.» Un embajador fué encargado de llevar esta carta, así como algunos ricos presentes, hasta la Tebaida. Cuando la barca imperial fué señalada en las riberas de Atribis, el fraile salió al encuentro del mensajero de Teodosio y quiso abrazarlo. Pero el mensajero arrodillóse ante el fraile y le besó los pies. Luego entrególe el pliego que llevaba el sello de su majestad. Schenudi leyólo con atención, Lo dió a leer a Visa. Volvió en seguida a leerlo. Y como todos le aconsejaran que no hiciese esperar al César, tornóse hacia el em-

bajador y le habló de esta manera: «¿Qué cosa puede querer nuestro monarca de mí? Yo no soy sino un humilde religioso retirado en el desierto y ocupado en pedir perdón de sus pecados a Dios.» El mensajero contestóle: «Mi amo quiere verte y quiere que bendigas su ciudad. Nada debes temer de las fatigas del viaje. En las barcas imperiales irás como si fueras un príncipe.» «Excúsame—replicó el santo—, excúsame y haz que tu soberano me excuse. Pero yo no debo abandonar mi convento, ni dejar solos a mis hijos, ni penetrar en Constantinopla.» «No puedo desobedecer a quien aquí me envía, y te llevaré por la fuerza, si es necesario»—terminó el embajador—. Entonces Schenudi dijo: «¡Que se haga la voluntad de Dios! Ven al convento y dame dos días para prepararme. Luego partiré contigo.» El dulce Visa agrega: «Y cuando la noche hubo llegado, nuestro padre arrodillóse ante el altar y oró en estos términos: «Tú, Señor, eres quien me ha hecho salir del vientre de mi madre, y de tu bondad habré siempre menester. Escucha mis súplicas y sálvame de todos los combates para darme la paz que tanta falta hace a mi alma. Haz mi camino fácil en la vida hasta que llegue el ansiado día de la muerte.» Apenas había terminado estas palabras, cuando una voz le dijo al oído: —«Si me ruegas, te contestaré: héme aquí.» En el mismo instante dos ángeles bajaron del cielo, en medio de una nube luminosa, y hablaron así: «¡Paz a ti, hombre elegido de Dios! Irás hacia el César

con gloria y respeto. pero tranquiliza tu espíritu: el César te escribirá una carta llena de veneración, porque tú eres profeta, según la orden del Señor.» En seguida los ángeles lo cogieron en sus brazos y alzaron el vuelo, y llegaron, al cabo de una hora, a Constantinopla, y encontraron a Teodosio dormido en su lecho. Y Teodosio despertóse lleno de espanto, al ver aquella luz celestial, y dijo: «¿Qué es esto? ¡Oh, cielos!» Nuestro padre contestóle: «Soy el humilde fraile a quien has mandado venir. Levántate, por orden de Jesús, y nada temas. ¡Que la bendición del Mesías sea en ti!» Y el rey preguntóle: —«¿Cómo has venido hasta aquí?» Y el santo repuso: —«Los ángeles me han traído para cumplir la orden que me enviaste con tu mensajero, el cual duerme en mi convento, con todos sus compañeros.» El rey dijo entonces: —«¡En verdad, hasta ahora sólo había oído hablar de tus milagros y de tus maravillas, pero hoy bendigo a Dios, que me ha hecho digno de verte, ¡oh, hombre de luz! Suplícote que me bendigas de todo corazón, pues no te he mandado venir sino para obtener tu bendición y para que bendigas a los habitantes de este palacio y de esta ciudad, con objeto de que los bárbaros no nos hagan ningún daño, ni preocupen nuestros espíritus.» Al oir esto nuestro padre levantó la mano derecha y bendijo a aquel joven hermoso. Después de referirnos esta escena deliciosamente infantil, Visa nos asegura que Teodosio entregó a su nocturno visitante una

carta dirigida al embajador que había mandado a Atribis, en la cual le decía: «Yo, Teodosio, a mi chambelán Eudoxio, de mi propia mano escribo, ¡salud! En el momento en que este pliego te sea entregado por mi señor, el verdadero padre, el héroe, el vencedor, el sacerdote, el profeta, el archimandrita de la tierra entera, te apresurarás a regresar, y no le exigirás que haga de nuevo el viaje a Constantinopla. En efecto; ha venido esta noche con grande e indescriptible gloria y se ha detenido junto a nuestro lecho, mientras nosotros dormíamos. ¡Que su bendición nos colme y nos guie.» Naturalmente, cuando al despertarse el embajador recibió de manos de Shenudi la carta, sellada con el sello imperial, pensó que soñaba, y no quiso creer en sus ojos. Pero al fin tuvo que inclinarse ante la realidad, y se alejó del convento. Con esto, la gloria del fraile de Atribis creció más aún en todo Egipto. No hubo ya nadie tan grande como él.

* * *

Su vida, no obstante, seguía siendo toda de penitencia, de abstinencia y de impaciencia. ¡Extraña alma la de aquel hombre que parecía encarnar en su ser demacrado todas las iras y todas las suavidades de los antiguos profetas de Israel! En medio del tumulto de los frailes perezosos e hipó-

critas, su figura erguíase cual una flor roja de santidad. Disponiendo de todo, de nada se aprovechaba para su propio bienestar. Sus días eran de labor incesante y sus noches de preces y de lágrimas. En su infinita complicación interior, lloraba sin cesar por los pecados del mundo y sentíase traspasado de dolores intolerables ante la más leve culpa propia, lo que no le impedía mostrarse inexorable en cuanto la ocasión de probar su energía presentábase. Los discípulos que más cerca de él vivían, como el pobre Visa, no deben haberse explicado nunca los cambios repentinos de su carácter. Un día, una falta insignificante provocaba su cólera terrible y un día después un delito grave sólo sugeríale dulces reprimendas. En ciertos meses del año, cuando más activa era su vida, abandonaba de pronto su celda para ir a encerrarse, sin víveres, en una gruta escondida en el fondo del desierto. Evocando hoy su formidable imagen, figúraseme verlo salir por esta puerta y seguir, apoyándose en su báculo vengador, esos senderos de piedras bajo este cielo de fuego. Con la cabeza inclinada, marcha de prisa, murmurando oraciones ardientes. En sus ojos las llamas de la pasión y del orgullo ahóganse en lágrimas de inefable humildad. Los pobres felás errabundos inclínanse a su paso pidiéndole sus bendiciones, y él les ofrece, además del gesto santo, los tesoros que han ido a depositar a sus pies los ricos devotos de las ciudades. Su caridad es inmensa. Su amor de

Dios también. Pero nada iguala su confianza en sí mismo. Una vez, como los habitantes de las aldeas vecinas se quejaran ante él de la desolación sembrada en la comarca por las hordas feroces de los blemios, que saqueaban las chozas, violando a las mujeres y reduciendo a los hombres a la esclavitud, el archimandrita les dijo:

—Con la ayuda de Jesús iré a combatirlos. Los obligaré a alejarse de estos parajes.

Y cogiendo su báculo, encaminóse hacia Tolemaida, en donde los bárbaros tenían su campamento. Al verlo llegar, los primeros soldados quisieron capturarlo. Pero una luz sobrenatural nimbó su frente.

—Abridme paso—murmuró—; abridme paso y dejadme llegar hasta vuestro jefe.

Los fieros guerreros inclináronse ante él, exclamando:

—¡Es el hombre de Dios!

En cuanto el jefe lo vió, arrodillóse y le pidió su bendición. Luego le dijo:

—Acepta la mitad de mis tesoros.

—Lo único que quiero—contestóle el santo—es que me entregues en el acto a todos tus cautivos,

Sin vacilar, el blemio dió orden de que se libertara a los egipcios que se hallaban en poder de sus hombres, y que se les devolviera lo que se les había robado. Entonces, Schenudi regresó a Atribis seguido de veinte mil infelices que le debían su libertad. «Esta multitud—dice Visa—pasó tres

meses en el convento, pues sus viviendas habían sido incendiadas y sus campos asolados. Para alimentarlos, gastábanse cada semana veinticinco mil dracmas en legumbres, carne y pan. Cada día eran necesarios cincuenta cántaros de aceite y cincuenta hectolitros de lentejas. Cuatro hornos nuevos cocían el pan desde por la mañana hasta por la noche. Para que aquellos desgraciados no carecieran de nada, privóse de todo a los frailes. Cuando se dispusieron a volver a sus aldeas, les dimos oro, plata, vestidos, calzado, alfombras, telas, animales, granos, harina, frutas,, remedios y sudarios Lo que gastamos en ellos se elevó a la suma de doscientos sesenta y cinco mil dracmas, sin contar el pan y el aceite. Entre ellos murieron noventa y cuatro, que fueron enterrados en el monasterio. La bendición de Dios hizo que el pozo diera agua bastante para todos,» ¿Pensará en aquella página gloriosa de su vida el archimandrita a quien veo ahora encaminándose hacia su gruta del desierto?... ¿O se inclinará más bien bajo el peso de los remordimientos, evocando el recuerdo de las mayores violencias de su vida?... Probablemente ni recuerda aquéllo, ni evoca ésto. En su alma, el pasado pesa menos que el porvenir. Su actividad no le da treguas para consagrarse, como los Antonios y los Hilarios, a sutiles exámenes de conciencia. Siempre con los ojos puestos en un ideal de grandeza, marcha, cual un visionario, sin detenerse a contemplar los obstáculos del camino. En su re-

tiro del desierto, lejos del ruido de sus discípulos, aliviado del peso de la administración y del gobierno de un pueblo de diez mil hombres, no buscó nunca sino la paz del espíritu indispensable para combinar sus planes de batalla. Ahí se encontraba cuando tuvo una de las mayores satisfacciones de amor propio de su existencia. La aventura es bella cual un cuento de hadas. Al mismo tiempo es una de las más auténticas, según el testimonio de todos los historiadores coptos. El país tebano hallábase entonces, como casi siempre en la antigüedad, expuesto a los constantes ataques de las tribus nómadas venidas de Nubia y de Etiopía. Las quejas de los campesinos llegaron hasta el emperador, que dió orden a uno de sus mejores generales, el duque Heraclio, de combatir contra aquellos pueblos que desolaban su bello reino de Egipto. Antes de dirigirse hacia las fronteras del Este, el duque presentóse con su ejército en las inmediaciones del convento, y dejando a sus tropas en Akim, fuése acompañado de sus principales oficiales, hasta Atribis, para pedir la bendición a Schenudi, El se había retirado en aquellos días a su gruta del desierto, dando orden de que con ningún motivo se le distrajera de sus penitencias solitarias. Heraclio esperó tres días humildemente, y al ver, al fin, llegar al santo, arrodillóse ante él y le dijo:

—Bendice nuestras armas, que van a luchar por Dios y por el César, padre.

Schenudi le tocó la frente con sus manos milagrosas. Luego, quitándose la cuerda que le servía de faja, entregósela, diciéndole:

—Mientras lleves esto en la cintura, serás invencible.

El guerrero imperial alejóse jurando que no descuidaría aquel consejo. Pero sea por escepticismo, sea por olvido, lo cierto es que al principio de la campaña no hizo uso del sagrado talismán. Así, sus dos primeras batallas fueron dos desastres.

—Dadme la faja—ordenó, al fin, a sus oficiales.

Y desde entonces no tuvo sino triunfos.

* * *

Su poder extendíase a toda la comarca. No sólo era el supremo jefe religioso de la Tebaida. No sólo disponía de millares de frailes sumisos y fanáticos. No sólo influía en las determinaciones de los representantes del emperador en Egipto, para hacer perseguir a los heréticos y para hacer perdonar a los creyentes. Por sí y ante sí, ejercía la justicia a su modo. Y su modo no podía ser ni más salomónico, ni más extraño. El libro de Visa está lleno de historias extraordinarias en las cuales se ve la mezcla de piedad y de crueldad, de rapacidad y de generosidad que caracterizó el alma del gran santo egipcio. Como es natural,

aun en sus actos de pura justicia humana intervenía el milagro. Cierto día un felá acomodado presentóse a la puerta del convento y pidió al superior que le diera su bendición.

—¿Cómo he de hacer tal cosa—exclamó Schenudi—cuando veo que has cometido un gran crimen?

—¿Qué crimen?—preguntóle temblando el felá.

—Haz memoria... Recuerda una tarde ya lejana... ¿Te acuerdas?... Yo veo la escena trazada en tu frente... Estabas comiendo... Una mujer pasó cerca de ti... El demonio de la embriaguez se había adueñado de tu pecho... ¿Te acuerdas?... Cogiste tu espada y corriste tras ella, y como ella no quiso ceder a tu capricho, le abriste el vientre de una terrible cuchillada...

—Es cierto... Es cierto...

—Ya lo ves.

—Sí... Pero ¿no puedo esperar que Dios me perdone?... Estoy dispuesto a hacer la penitencia que me ordenes. Mi vida daría para salvar mi ánima,

—Dios no quiere la muerte del pecador, sino su conversión. Oyeme. Voy a hacerte fraile. Luego te impondré la penitencia que mereces.

—Gracias te sean dadas, padre.

El felá recibió en el acto el hábito, y al día siguiente fué encerrado, muy lejos del monasterio, en una antigua tumba egipcia igual a las que servían de celdas a los Antonio, a los Macario y a los Pakomio. Durante un año, Schenudi fué to-

dos los sábados a ver al arrepentido y le llevó, para alimentarse en la semana, un jarro de agua y un pan de centeno. Al fin, cuando comenzaba el segundo año de penitencia, el felá dijo a su santo carcelero:

—Padre, hoy he sentido que mi cuerpo se agitaba; un temblor tan terrible me sacudió durante la mañana, que creí el último día de mi vida llegado. De pronto caí sin sentido, Al volver en mí, vi que de mi cuerpo manaba un pus hediondo por una llaga.

—El Señor te ha perdonado—contestóle Schenudi—. Ese pus es el veneno diabólico que había en tu cuerpo. Ahora estás purificado. Ven conmigo.

Al ver llegar a aquel fraile, Visa preguntó a su maestro en dónde había estado durante tanto tiempo.

—En el purgatorio—contestó Schenudi—. Yo he ido a sacarlo hoy por orden del Señor. Honradlo como al más puro de nuestra familia,

Historias como ésta, muy populares en Egipto, eran las que llevaban a menudo, a los que habían cometido algún crimen, hacia Atribis. Porque entre una penitencia impuesta por el gran fraile y la pena de la horca que en los mismos casos dictaba el duque de Antinoé, todos preferían lo primero. Mas, la verdad sea dicha, no siempre mostrábase Schenudi piadoso para con los malhechores. Así, un día llegó a él un hombre con el rostro inundado de lágrimas:

—Padre—dijo—, padre, soy un gran pecador... Hace poco me hallaba en una aldea de las inmediaciones de Akim, cuando acertó a pasar un mercader montado en un burro. La bolsa que llevaba parecióme digna de ser codiciada, porque estaba atada a su cuello, y el que no posee mucho dinero no se ata así la bolsa. Dominado por el demonio del robo, corrí a mi casa y cogí un hacha. Luego eché a andar hasta que alcancé al mercader y lo maté de un golpe certero en la cabeza. Mas ¡ay! su bolsa no contenía sino tres monedas de cobre. Desde aquel día, mi remordimiento me torturó sin cesar,

Schenudi permaneció largo rato al lado del criminal sin pronunciar una sola palabra.

—Padre, padre—gimió el infeliz.

Al fin, Schenudi abrió los labios y dijo:

—El duque de Antinoé se encontrará a medio día en Akim. Ve hacia él y dile que tú eres el hombre a quien busca.

El criminal, sin comprender bien lo que hacía, obedeció. Y como el duque buscaba en aquel momento a un peligroso bandolero que había cometido innumerables crímenes, ordenó en el acto que ahorcaran al que así se entregaba a su brazo vengador y justiciero.

Poco después acudió a Atribis un campesino cargado de familia que no lograba, por más esfuerzos que hacía, ganar su sustento y el de sus hijos.

—Padre—exclamó arrodillándose ante el supe-

rior del convento—, aquí tienes al hombre más infeliz del mundo. Me mato trabajando y nada me sale bien, No tenemos pan en mi choza. Ten piedad de nosotros. Todo lo que me digas, lo haré. Dispón de mí como de un esclavo, pero dame el medio de mantener a mi pobre gente, que perece de hambre.

—Escoge un campo entre los que dependen del monasterio—contestóle Schenudi—y siembra las semillas que voy a darte. Del producto, tomarás tres partes para ti y guardarás una para nosotros.

El campesino sembró y la cosecha fué buena.

—Siembra más—díjole al año siguiente el superior, abandonándole la cuarta parte que correspondía a su monasterio.

Al año siguiente el campo del infeliz había aumentado y la consecha fué mejor.

—Aquí está tu parte—dijo el campesino a su protector—. Con lo que me queda, puedo considerarme como rico.

—Guárdalo todo,

Ante esta bondadosa palabra del fraile, sus discípulos mostráronse sorprendidos. ¿Abandonar así una gran cantidad de granos?... Aquello no era creíble...

—Callad—exclamó Schenudi—, callad... El año próximo la cosecha será mejor y ese hombre no la recogerá.

Algunos meses después, en efecto, el campesino había desaparecido misteriosamente, y el campo

cultivado por él caía en poder de la comunidad. Los religiosos aparentaron, sin duda, creer en un milagro.

Un comerciante pobre de Akim hallábase en la cárcel, purgando una deuda. Su esposa, que era joven y bonita, iba a menudo a verlo y le llevaba lo poco que podía conseguir en las casas caritativas. Cierta mañana el carcelero, que se había enamorado de la mujer, llamóla aparte y la dijo:

—El gran Schenudi ha intervenido en tu servicio. El acreedor mostraráse tal vez clemente.

El superior de Atribis había, en efecto, escrito una carta al juez del distrito, y la orden de dejar en libertad al prisionero estaba dictada. Pero como el carcelero comprendió que la satisfacción de sus malos apetitos dependía de un embuste, volvió a llamar a la mujer, a quien amaba, y le habló así:

—Nada se ha podido conseguir, hermana. Tu esposo seguirá preso hasta que pague lo que debe,

—¡Desgraciados de nosotros!—exclamó la infeliz.

—Habría, sin embargo, un medio... Yo, que dispongo de las llaves de estos calabozos, puedo abrirlos... Sólo que bien comprendes lo que con esto arriesgo. Mis jefes son severos. La ley es dura. De averiguarse el delito cometido, me encarcelarían a mí en lugar del que ahora está a buen recaudo.

—Es cierto.

—A pesar de todo, estoy dispuesto a exponerme a los más grandes males... ¿sabes por qué?...

—No...

—Porque te amo. Sé mía y te entregaré las llaves... Te amo...

—¡Cómo podría yo hacer tal cosa! Hasta hoy no he dormido sino con mi marido. El es el único que ha hecho obra de amor conmigo... No puedo... No...; no puedo...

—Está bien... Entra a visitarlo.

La pobre mujer, bañada en lágrimas, refirió a su esposo lo que acababa de pasar. Y su esposo la dijo:

—¡Oh, hermana!, el sacrificio es grande, sin duda... Pero eso de acostarse con un hombre, es menos triste que vivir en un calabozo inmundo sin aire, sin luz, sin movimiento. En nombre de nuestra santa unión, te ruego que satisfagas los apetitos de ese monstruo.

La mujer volvió hacia el carcelero y murmuró a su oído:

—Hermano, heme aquí. Dispón de mi cuerpo como mejor te convenga. Yo he sido hasta hoy pura. Ninguno más que mi esposo conoce el sabor de mi boca, ni las caricias de mi cuerpo. Pero, puesto que tengo su autorización, ven y gózame como mejor te cuadre. Tuya soy esta noche.

Al día siguiente el prisionero fué puesto en libertad. Y transcurrió algún tiempo sin que nadie conociera la verdad de lo ocurrido. Pero al fin el rumor de lo que había pasado llegó hasta Atribis.

Entonces Schenudi, lleno de ira, hizo comparecer ante sí al carcelero y preguntóle:

—¿Qué es de aquel hombre por cuya suerte me intereso?

—Aquel hombre está libre en compañía de su mujer,

—¿Y quién le hizo salir?

—Yo, padre.

—¿Y qué sacrificio exigiste en cambio de su libertad?

El carcelero no supo qué contestar. Pálido, comenzó a balbucear.

—Responde—ordenóle el archimandrita

—Padre—murmuró al fin—, padre, perdóname... la pasión me cegó...

—Que en nombre del Señor, que antaño ordenó que Dathán y Abirón fueran tragados por la tierra, la tierra te trague a ti también.

Y alzando su báculo inexorable, dióle tal golpe en la cabeza, que lo tumbó muerto.

Al día siguiente comenzó a circular por la comarca el rumor de que el mal guardián de presos, que tan inicuamente había abusado de la debilidad de una pobre mujer, había sido devorado por el demonio en presencia de todos los frailes de Atribis. Y, naturalmente, con este y con muchos casos análogos, el temor de la justicia del viejo monje tebano aumentaba de una manera prodigiosa. Los que tenían alguna queja contra la iniquidad humana, acudían al convento de Atri-

bis ansiosos de encontrar mayor y más eficaz protección que en los tribunales de Akim o de Antinoé. Ninguno de ellos, empero, estaba seguro de antemano de lo que iba a hallar a los pies del gran tirano de la comarca. Algunos que llegaban sin nada, salían con las manos llenas de oro. Otros llegaban pobres y salían más pobres aún. Ante un dictador tan complejo, tan sutil y tan variable, todo era de temerse y todo podía esperarse,

En la eterna noche de su cólera sagrada, entre el remolino formidable e inexorable de su báculo rompedor de cabezas, en el ambiente tonante de aquella palabra de perpetua ira, los suaves relámpagos solían brillar iluminando gestos piadosos. Las historias de mercaderes despojados de sus tesoros por salteadores a quienes el rudo fraile obligaba a devolver lo mal habido, son numerosas en la leyenda de Visa. Un día era un pobre hombre que entraba en el convento casi desnudo, y que salía, poco después, enriquecido y reconfortado. Otro día era un campesino a quien los aventureros del desierto habían arrebatado sus camellos, su trigo, sus arados, y que, en breve, gracias a la influencia del gran protector del lugar, volvía a poseer sus humildes tesoros. Pero en cambio sucedía a veces que, después de mucho rogar, el que quería justicia no oía de los labios del monje guerrero sino frases desconsoladoras.

* * *

Desgraciadamente, con los años, lejos de suavizarse el carácter del santo, hacíase cada vez más inflexible. Su alma era bíblica, pero no evangélica: vano empeño sería buscar en su existencia las suavidades de un Palemón o de un Pablo el Simple, que anuncian el futuro milagro de las seráficas florecillas de San Francisco. En sus labios vibrantes, no se perciben las mieles de Jesús, sino el carbón encendido de Isaías. Todas sus citas, todas sus enseñanzas, todas sus parábolas, todas sus imágenes, salen de los libros terribles y sublimes del Antiguo Tetamento. «Leed a los profetas de Dios», decía a sus discípulos. El mismo los leía sin cesar, ¡Ojalá nunca lo hubiera hecho! Y, sin embargo, ¿cómo censurarlo en buena justicia religiosa? ¿No son, acaso, aquellos escritos en los cuales se hallan eternizados por la mano de Dios los crímenes de todo un pueblo conquistador y fanático, los que, según los padres de la Iglesia, leen los ángeles en el cielo? Ahí, pues, entre las páginas formidables de Job, de Josué, de Ecequiel y de David, en el torbellino que envuelve los zarzales ardientes del Sinaí, bajo el cielo tempestuoso de Jehová, iba el santo de Atribis a buscar a su Dios, y encontrábalo siempre blandiendo una enorme espada tinta de sangre humana. La espada, como símbolo del poder de la divinidad, aparece a cada instante en sus discursos. «Nadie—dice—la saca de su vaina, y nadie la mete en su vaina: ella se mueve por su propia voluntad. No

está a la disposición del que la empuña, sino el que la empuña a la disposición suya. Ella tiene el poder en sí misma de herir o de no herir. ¡Oh, espada, muévete a derecha e izquierda, por do quieras moverte! La maldición y la bendición, la cólera y la gracia están en ella. Y ella brilla dictando sus sentencias justas. Cuando se adelanta para matar, la ansiedad reina; cuando vuelve de los lugares que ha castigado, la paz está establecida. Su acción es un aliento, su presencia una confianza. Cuando se manifiesta, el sol se levanta en Oriente, y nadie puede soportar sus rayos. Esa espada es la vida del universo entero, La ciencia y la razón están en sus filos; la caridad es su adorno. Cuando hiere, cura; inmola, pero salva a los que ha castigado en la desobediencia. El lugar en que se halla suspendida es la Escritura Santa. Está en la mano del hombre, según la fuerza con la cual el hombre, sabe servirse de ella para herir. Con esa espada es con la que está ordenado a los soldados de Dios matar a sus enemigos cuando van alegremente al combate para inmolar el pecado que presenta batalla.» Y en otro discurso bíblico dirigido a sus frailes, agrega: «Hay un tiempo para montar en cólera, porque, según la Escritura, la cólera vale más que la risa.» Así, pues, alentado por la voz de Jehová, como Ecequiel, y armado de armas invencibles, como Josué, propúsose, hacia el fin de su vida, siendo ya centenario, completar con grandes y ruidosas acciones su guerra al error y a la ido-

latría. En el alto Egipto del siglo V, los paganos eran aún numerosos. Los templos elevados en honor de Venus y de Apolo, alzábanse, intactos, a la sombra de los santuarios abandonados de Isis y de Osiris. «Sabemos con certeza—escribe Amelineau en sus comentarios a la vida del terrible santo—que si en la comarca en que Schenudi habitaba no queda un sólo monumento antiguo, es a él a quien lo debemos.» Con sus huestes fanáticas, propúsose expulsar a los dioses de la tierra de Dios, y para conseguirlo empleó los medios más crueles y más violentos. Una visión celeste dióle la señal de la batalla. Dos pájaros luchaban cierta tarde ante su vista. Una de las aves mató a la otra. La voz divina le dijo entonces:

—Ese pájaro vencido es el paganismo de los griegos, y ese pájaro vencedor eres tú.

El primero que tuvo motivos para quejarse de la dureza del fraile guerrero fué Gresios. Este pagano de la ciudad de Akim era rico y poderoso. En su palacio las estatuas blancas, traídas de Atenas y de Alejandría, perpetuaban las actitudes de la gracia antigua. Sus jardines estaban poblados de ninfas de mármol que ostentaban sus blancas desnudeces bajo las palmeras frescas. Schenudi tomó una noche por asalto la señorial residencia, rompió todas las obras de arte, incendió las habitaciones y luego volvió a su convento.

Poco después, alentado por la impunidad de esta aventura criminal, penetró, acompañado de gran

número de discípulos, en el templo de Plenit y predicó a los paganos la doctrina cristiana.

—Renegad de vuestros ídolos—díjoles al fin.

Los habitantes de la ciudad, lejos de obedecer a aquel santo mandato, echáronse a reir de los gestos del fraile escuálido. El castigo de Dios no se hizo esperar. Los religiosos de Atribis, armados de sus báculos, cayeron sobre ellos llenos de ira. La lucha debió haber sido terrible. Al fin la victoria coronó los esfuerzos de los soldados del Señor. El templo, en el cual habían caído muertos centenares de paganos, fué incendiado.

En seguida, para castigar a los idólatras, no se contentó con destruir sus santuarios, sino que prendió fuego a la ciudad entera.

Cerca de Antinoé había una población llamada Tekau, en la cual los cristianos se quejaban sin cesar de la insolencia y del poderío de los paganos, El obispo de esta población, llamado Macario, pidió a Schenudi su apoyo para destruir el templo, que era allí el baluarte de la idolatría. Visa, el dulce Visa cuyo libro tengo en las manos, fué encargado por su maestro de dar aquella batalla. A la entrada de la noche, los frailes llamaron a la puerta del santuario enemigo. Los sacerdotes griegos no quisieron abrir. Las puertas eran de bronce. Pero ¿qué son ni el bronce ni el hierro para resistir a las fuerzas del Señor? Como un simple postigo de cañas las altas láminas de metal volaron en pedazos. En el interior hallábanse reuni-

dos gran número de paganos prevenidos, sin duda, del ataque. La pelea fué cruenta. Los báculos caían sobre las cabezas con un ruido trágico. Las losas de mármol estaban rojas de sangre. Sin embargo, la victoria no parecía dicidirse a coronar el heroísmo de los cristianos. Entonces Visa, mi dulce Visa, llamó aparte a Macario y le dijo: «Ora mientras yo prendo fuego al templo.» Un instante después las llamas consumían no sólo las imágenes de los dioses, sino también los cadáveres de sus fieles. Al retirarse después de esta fechoría, los cristianos encontráronse a la salida de la población con el gran sacerdote Homero. Macario fuése derecho a él y le dijo:

—¿Por qué no has venido a celebrar la fiesta de nuestra matanza?

—¡Tú no eres digno de que te sacrifiquemos a nuestros dioses!—contestóle Homero.

—Que este blasfemo sea castigado—ordenó Visa.

En el acto los frailes encendieron una hoguera en medio de la ciudad y quemaron vivo al gran sacerdote. El pueblo, espantado, huyó hacia las montañas, y los que no tuvieron tiempo para escaparse, resignáronse a recibir el bautismo por las fuerza. Pero todas estas proezas parecían poca cosa a Schenudi,

Tekau, como Pihamamaloli, como Plenit, no eran sino aldeas ricas, a pesar de su pomcoso título de ciudades. La verdadera metrópoli de la comarca hallábase en Akim, en cuyo recinto abundaban

los palacios y los templos. Allí era donde los frailes querían dar una prueba del poder de Dios y castigar a los que, cual Gesios, el dueño de la vivienda saqueada, dirigían quejas contra el archimandrita al duque de Antinoé. Un momento, sobre todo, encendía en santa cólera el espíritu del santo hombre de Atribis: la estatua gigantesca de bronce que dictaba los oráculos y que curaba los enfermos. Pero Akim era una verdadera plaza fuerte de la idolatría, con elementos para defenderse y con la firme voluntad de no dejarse imponer a garrotazos la religión del dulce Jesús. Una noche, sin embargo, Schenudi recibió la visita del ángel Gabriel, que le dijo:

—¡Paz a ti, hombre bienamado! Levántate y penetra en la ciudad maldita para hacer cesar públicamente ante los hombres el escándalo detestable.

—Haré lo que mandas—contestó, lleno de júbilo y de humildad, el santo,

Acompañado de sus huestes, encaminóse en el acto hacia Akim y cumplió las órdenes sagradas. De qué manera lo hizo, se adivina sin dificultad al leer el siguiente discurso que dirigió a sus frailes al volver a Atribis: «¿Quién de nosotros no ha conocido en la ciudad a esos hombres enemigos llenos de riquezas? Me siento en verdad sorprendido de la cólera que ha caído sobre ellos y sobre los que participaban de sus iniquidades. No se volverá a oir hablar de sus obras. Después de la matanza, sus cenizas han sido echadas al viento.

Murieron quemados a causa de sus insolencias y de sus blasfemias.» Esta batalla, en la cual fueron derruidos los templos de Akim e incendiados los palacios de los ricos paganos, gracias al apoyo del ángel Gabriel, no pudo menos que conmover a los representantes de la justicia imperial. Schenudi vióse llamado de nuevo a comparecer ante el tribunal del duque de Antinoé. El escrupuloso y maravilloso Visa nos refiere las circunstancias del proceso en todos sus milagrosos detalles. Cuando el archimandrita, escoltado por los arqueros de la justicia, encaminábase hacia la ciudad donde había de ser juzgado, un ángel bajó del cielo, y colocándose en la proa de su barco díjole:

—¡La paz te acompañe! Nada temas. En vez de hablar al gobernador en la tierra, le hablarás en los aires.

Estas palabras infundieron confianza en el ánimo del archimandrita, según su historiador. Verdad es que detrás de su dehebiá, cubriendo el Nilo de blancas velas, seguíanlo algunos millares de frailes dispuestos a defenderlo aun contra el mismo representante del César, y tal espectáculo contribuyó, sin duda, a tranquilizarlo. En todo caso, el gobernador no parece haberse dejado impresionar en un principio por tanta gente y tanto prestigio. Con tono que Visa califica de grosero y orgulloso, dirigióse al acusado, enumerándole sus delitos. Pero apenas había acabado de hablar, Schenudi elevóse en los aires sin responder una palabra.

Aquel prodigio fué la señal de una verdadera revolución. La multitud, formada en su mayor parte de religiosos, prorrumpió en gritos desaforados, proclamando la santidad y la inocencia del taumaturgo. «¡Es el elegido de Dios—clamaban todos—; es el representante de Jesús en la tierra, es nuestro padre!» El duque de Antinoé debió de haber sentido entonces su impotencia para luchar contra las fuerzas de la Iglesia, puesto que pocos días después encontramos de nuevo, libre y más venerado que nunca, al archimandrita, celebrando los oficios divinos en esta misma iglesia en la que hoy un pobre sacerdote copto salmodía, en una lengua misteriosa, las oraciones de la tarde.

La historia heroica de nuestro santo personaje termina con este proceso. Después de los templos de Akim, de Tekau, de Pihamamaloli y de Plenit, Visa no cita ningún otro santuario destruído por sus compañeros. Verdad es que entonces Schenudi tenía ya más de cien años y sus brazos comenzaban a manejar con menos fuerza la espada formidable del Señor.

* * *

Rodeado de la veneración general, el santo vivió aún algún tiempo. Siempre en compañía de los profetas que sostenían sus pasos caducos, paseábase por este recinto repartiendo sus órdenes

y sus bendiciones a un pueblo de frailes prosternados. De muy lejos los devotos venían hasta aquí para adorarlo como a un Dios vivo. El arpa de David acompañaba sus ensueños seráficos. La salud de su cuerpo era muy pobre. Pero su alma solía aún tener arranques de la más rica energía. Así, cuando iba a celebrarse el Concilio de Calcedonia, dijo a Dios:

—¡Oh, padre eterno, padre mío, dame el vigor que necesito para ir a defendr tus dogmas contra los impíos que los atacan!

Por fortuna, Cristo, que no quería verlo morir lejos de su monasterio, contestóle suavemente:

—¿Cómo, ¡oh, mi elegido!, a la edad que tienes deseas aún luchar? Ya has vivido ciento diez y ocho años y dos meses desde el día de tu nacimiento hasta hoy. El séptimo día del mes de Epifi, que es un día santo, vendrás a sentarte a mi lado, en el reino del reposo eterno. Además, en ese Concilio se basfemará contra mi nombre, como pasó en otro anterior, al cual asistió Arrio, cuando me mostré al santo obispo Pedro, el último mártir de Alejandría, con mi manto roto en dos pedazos. Pedro preguntóme quién me había así roto mi manto, de tal modo, que yo tenía que reunir los dos pedazos con las manos para esconder mi desnudez, Yo le contesté que era Arrio quien aquello había hecho al querer separarme de mi Padre y del Espíritu Santo.

Al oir estas palabras, Schenudi tuvo un relám-

pago de su antiguo vigor vengativo. Incorporándose, gritó a la faz del Señor:

—¡Como no estaba yo presente en aquel Concilio! Con este báculo lo habría matado a golpes antes de que hubiera podido rasgar tus vestiduras, y luego le habría sacado la lengua para extirpar la raíz de las blasfemias.

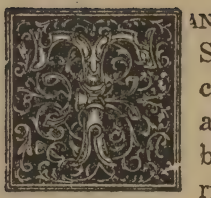
Después de este esfuerzo, cayó postrado y comenzó a empeorar de hora en hora, hasta que, en la fecha marcada por Jesús, subió al cielo entre un coro de querubines. Pero como su amor por los monjes de Atribis era muy grande, Dios le permitió que bajara a visitarlos ciertos días, a la hora en que, reunidos en esta iglesia, oraban con fervor por el descanso de su alma sublime.

* * *

¿Es hoy uno de esos días fastos? En el pobre monasterio arruinado, ya no suena sin cesar el rumor de millares de voces. Unas cuantas familias sórdidas han reemplazado a los religiosos de hace mil quinientos años. La tierra misma que rodea esta montaña, ha olvidado casi por completo el santo nombre de Jesús para no pronunciar con veneración sino el de Alá. Pero aún quedan las columnas en las cuales el santo archimandrita iba a sentarse por las tardes para meditar

en las grandezas de Israel y en los misterios de la fe. Aún quedan algunas almas sencillas que en sus rezos invocan su nombre con veneración y temor. Aún queda, escondida entre los repliegues de la vasta montaña que vamos a recorrer de nuevo dentro de pocos instantes, la gruta en la cual lloró durante cinco años seguidos los pecados del mundo. Aún quedan los despojos de los templos destruídos por sus manos airadas. Aún queda, en fin, como último hijo de su gran familia mística, este religioso que entona, detrás de la cancela del templo oscuro, los himnos antiguos de su liturgia... Para ver todo esto, seguramente, el viejo archimandrita suele aún descender acompañado de sus eternos compañeros los profetas, en los días en que la nostalgia de su obra imperecedera turba su terrible paz celestial.

LA VIDA MARAVILLOSA DE SAN JOSAFAT



AN grande es siempre el prestigio de San Juan Damasceno, que durante cerca de doce siglos el mundo le ha atribuído un admirable y tierno libro, escrito, sin duda, en el monasterio de San Sabas por un fraile que, probablemente, se llamó también Juan, pero que, de fijo, no era de Damasco, ni era tampoco teólogo. ¡Cuán distinta, en efecto, la inspiración suave e ingenua del pobre hombre anónimo que no vaciló en ir hasta la India fabulosa para buscar imágenes de graciosa edificación mística, y la solemne retórica del cantor de los milagros del Tabor! Con sólo comparar las dos obras parécenos ahora que los críticos de cualquiera época debieran haber notado, sin la menor dificultad, la gran diferencia que existe entre el espíritu de una y otra. Pero lo cierto es que ha sido necesario esperar a que, en tiempos casi contemporáneos, un erudito alemán estudiara a fondo el asunto, para descubrir la superchería de los admiradores del poeta de la *Transfiguración*. Lo malo es que este mismo erudito ha despojado la leyenda del fraile anónimo, que apenas se llamó Juan, de toda su originalidad, cotejándola con los antiguos textos búdicos en los cuales se inspiró. Sólo que aquí,

muy lejos de las fuentes desilusionadoras de la exégesis, los santos plagios no nos conmueven. Aun siendo un simple reflejo de la vida de Sakia Muni, la historia de Josafat parécenos la más inefable, la más evangélica de las antiguas leyendas cristianas. Lo que hay en ella de búdico, en efecto, no se ve sino cuando se examina a la luz de la ciencia. En la tierra del Señor, afortunadamente, los peregrinos no sólo carecemos de obras científicas, sino también de recuerdos precisos. De un modo vago, acuérdome de que Gastón París, analizando un estudio de Zotemberg, hace notar que, en toda la epopeya del príncipe de la India que luchó contra la voluntad de su padre durante años y años para poder imponer su amor de Jesús, no se descubre el más ligero soplo generoso que pueda compararse con el del sermón de la montaña. La palabra «egoísmo» existe, si no me equivoco, en el comentario del ilustre catedrático francés. Mas, a decir verdad, creo que hay algo de exageración en este término. La biografía de Josafat, en efecto, termina el día mismo en que su verdadera existencia ascética comienza.

Lo que de él nos refiere el fraile Juan, del convento de Mar-Saba, se reduce a las luchas de un adolescente, hijo de un soberano idólatra, para defender la fe adquirida de una manera milagrosa. Y por lo demás, ese egoísmo de la vida del discípulo de Barláam, ¿no se encuentra acaso, asimismo, en todos los solitarios de las Tebaidas? Un

Antonio, un Hilario, un Eutimio, habríanse mostrado grandemente admirados si alguien les hubiera dicho que sus existencias eran estériles, por lo que había en ellas de pesimismo humano y de desesperanza. Los grandes santos, en general, han sido egoístas. ¿Por qué, pues, censurar en uno solo de ellos lo que es un rasgo común de la especie?

En todo caso, aun inspirada en la vida de Buda, y aun impregnada de amargura índica, la historia de Josafat es quizá la más bella de las leyendas cristianas.

El día en que Josafat nació, allá en tiempos muy remotos y muy indeterminados, su padre, que era rey de la India, convocó en su palacio a los cien astrólogos más famosos del mundo y les dijo que trataran de buscar en la luz de las estrellas el secreto del porvenir de su heredero. Noventa y nueve contestáronle:

—¡El príncipe será tan poderoso y tan grande como tú mismo, ¡oh, monarca, ante cuyo esplendor palidecen los astros!

Pero el último, que era el más anciano de todos, habló le de esta manera:

—Tu hijo será, sin duda, rey. Pero no reinará en tus dominios, sino en otros infinitamente mayores que se hallan fuera del universo, pues toda su vida la consagrará a servir y amar al Dios único a quien tú odias.

El rey Avenir, que era, efectivamente, el más terrible enemigo que entonces tenía el cristianis-

mo naciente en el universo entero, quedóse pensativo. A través de su mente de idólatra tiranizado por los demonios de los falsos dioses, pasaron las ideas más airadas y hasta pensó en hacer morir a aquella criatura que había de transformar sus dominios. Pero su soberbia de monarca todopoderoso, hízole creer que sus fuerzas eran suficientes para luchar contra los designios del cielo. Mandó, pues, reunir su gran consejo, y después de oir las opiniones de todos los sabios y de todas las ciudades de la India, decidió edificar un alcázar maravilloso para encerrar en él a Josafat, rodeándolo de hombres llenos de piedad y de mujeres llenas de encanto.

—Puesto que el cristianismo es la religión de los miserables, de los desamparados, de los rebeldes y de los enfermos—dijo—, quiero que jamás se pronuncien ante mi heredero los nombres de muerte, de vejez, de pobreza, de dolor ni de pena. Los mancebos más alegres vendrán a divertirlo sin cesar para que nunca tenga tiempo de pensar en cosas tristes. Las doncellas más seductoras lo colmarán de caricias, para que jamás caiga en tentaciones de criminal castidad, como los frailes que infestan mis desiertos.

Y el niño comenzó a crecer entre risas cristalinas, y cantos armoniosos, y danzas ligeras. De todas partes acudían para entretenerlo las devadasis tocadoras de arpa y las bayaderas evocadoras de idilios. Un perpetuo rumor de fiesta, subía del

fondo del palacio. En los jardines, las aves más bellas abrían sus corolas de esmalte al soplo tibio de la brisa, Cien cocineros preparaban los manjares y cien sastres cortaban los damascos y los terciopelos recamados de oro. Cien químicos pasábanse las noches en vela tratando de descubrir cada día un nuevo perfume, un nuevo ungüento, un nuevo elixir de belleza. Cien orfebres combinaban sin descanso las gemas maravillosas en los engarces de los joyeles. Cien astrólogos vivían con los ojos puestos en el cielo para buscar los signos faustos que anuncian, llenos de complacencia, las venturas de los reyes. Cien sacerdotes, en fin, ofrecían sin cesar sacrificios a los ídolos para mantenerlos en un estado de ánimo propicio. Y cuando alguien caía enfermo en el alcázar, el jefe de la servidumbre hacíalo transportar en el acto a otro edificio, en donde el verdugo le cortaba la cabeza en el misterio de las profundas sombras expiatorias.

De esta manera el infante llegó a la edad en que el alma adolescente comienza a sentirse llena de anhelos indefinidos, sin haber oído el nombre de Jesús, ni el de su hija la santa Pobreza. Pero algo había en el fondo de su ser predestinado, que le anunciaba vagamente que la vida verdadera no era aquella que él llevaba en su palacio de encanto. Así, en vano los servidores de su padre empeñábanse en decirle:

—Estos jardines encantados, y estas estancias

luminosas, y estos mancebos siempre sonrientes, y estos esclavos siempre solícitos, y estas mujeres siempre bellas, todo esto que te rodea, es el universo entero.

Bien sabía él, en su cautiverio dorado, que algo más había.

—Deseo—dijo al fin—salir de mi alcázar para conocer mis tierras.

Entonces el rey, después de pedir consejo a sus cortesanos, decidió darle gusto, no sin tomar antes las más minuciosas precauciones. Hizo, pues, construir una carroza de oro, en cuyo interior había un árbol de filigrana poblado de avecillas de esmalte que se movían y cantaban, gracias a un mecanismo inventado por un mago de Benares. Los caballos estaban caparazonados de pedrerías. Y los mancebos que tenían encargo de acompañarlo en sus paseos, sabían que, so pena de muerte, debíanlo llevar únicamente por lugares en los cuales nada pudiera hacerle descubrir que existía el cristianismo.

Pero Dios está en todas partes.

Y sucedió un día que, al alejarse de la ciudad por una alameda de caneleros olorosos, en la gloria del sol, cuando más feliz sentíase el príncipe de ver las maravillas de la Naturaleza, dos hombres singulares salieron al encuentro de la carroza y extendieron sus manos pidiendo una limosna, Uno de ellos era ciego. El otro tenía el rostro comido por la lepra.

—¿Qué es eso?—preguntó emocionado Josafat.

Sus servidores callaron.

—¿Qué es eso?—tornó a preguntar con tono autoritario.

Entonces, el más noble de los mancebos explicóle con frases reticentes que los hombres estaban sujetos a muchos males, como aquellos que tenía presentes.

—¿Todos los hombres?—interrogó, inquieto, el joven.

—No; no todos; sólo algunos que han nacido condenados por los dioses.

—En ese caso, cuando un niño viene al mundo se sabe si va a sufrir tales castigos.

—No, no se sabe, Los dioses no revelan sus designios a los mortales.

Poco después, un cortejo pasó por el camino, llevando a una mujer envuelta en un sudario.

—¿Y esto?—preguntó el infante.

—Es una muerta a quien van a enterrar.

La cara del cadáver estaba descubierta y en ella se veía la lívida rigidez de la carne que ha dejado de ser animada por el alma. Josafat contempló aquel espectáculo largo rato, sin que sus esclavos se atrevieran a hacerle la menor observación. Luego dijo:

—Quiero saber si todos estamos expuestos a morir.

—Todos.

—¿Y al cabo de cuántos años muere el hombre?

—La vida dura, rara vez, más de cien años.

Al regresar a la ciudad, los mancebos rogaron al príncipe que les dijera adiós para siempre,

—Vamos a morir—murmuraron arrodillándose.

—¡A morir!... ¿Por qué?. . Aún no tenéis cien años.

—Es cierto. Pero vuestro padre, que es nuestro amo todopoderoso, ha declarado que todo aquel que os hiciera conocer las tristezas de la vida, sería condenado a muerte.

—En ese caso, un hombre puede ordenar a los dioses que maten...

—El hombre mismo puede matar cuando es fuerte.

—Nada temáis, pues mi padre no sabrá nunca lo que ha pasado hoy.

En efecto; ante el rey nada dejó tansparentar de lo que, desde entonces, comenzó a pasar en el alma de su hijo. Dominando sus íntimas tristezas, Josafat mostróse, como antes, alegre, ligero, risueño. La conversación de sus jóvenes compañeros parecía siempre distraerlo y las danzas de las bayaderas le fueron, en apariencia, siempre gratas. Sólo las caricias de las vírgenes lascivas le repugnaron de tal modo, que las rechazó con disgusto.

Su alma era ya cristiana sin conocer a Cristo. Pronto iba a serlo por completo.

En efecto; poco después del encuentro del ciego, del leproso y del muerto, un santo solitario de Senaar, que vivía entregado a la meditación y a la penitencia, vió a un ángel que le dijo:

—¡Paz a ti, elegido del Señor! Nuestro Dios te encarga de una misión que te será grata y que aumentará en la tierra el dominio de la verdad. Toma tu báculo y encamínate hacia la ciudad en la cual reside el rey Avenir, dueño de la India y servidor de los demonios disfrazados de falsas divinidades. Este rey tiene un hijo y este hijo espera que el nombre de Dios sea pronunciado ante él. Llégate hasta el palacio en que se halla cautivo de la idolatría y háblale de Jesús.

El anacoreta, llamado Barláam, emprendió su camino animado por el amor de Cristo y por la santa sed del martirio. Porque, hasta entonces, los religiosos que habían tratado de evangelizar a los habitantes de la capital de la India, habían sido degollados vivos por orden del mal rey. Pero como el ángel del Señor protegía al santo nombre de Senaar, penetró sin dificultad hasta la estancia en la cual hallábase solo el príncipe Josafat y le habló de lo que es cierto, a saber: que todo en el mundo y fuera del mundo es obra de Dios. Después de explicarle la creación, y el éxodo, y el diluvio, y las luchas de Josué, y las grandezas de Israel, y el calvario, arrodillóse y, dirigiéndose a Dios nuestro Señor, dijo:

«¡Santo, santo, santo, santo de los santos; santo

de los padres de nuestros padres; santo de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, Dios de los profetas y de los apóstoles; Dios de las vírgenes, Dios de aquellos cuya vida es buena; Dios de los que creen, Dios padre de Nuestro Señor, te invocamos y te suplicamos con una fe sin mancha, con una caridad ardiente, que nos hagas florecer en tu divina Iglesa! ¡Inclinaremos la cerviz ante ti, como los ángeles que tiemblan en tu presencia, como los mártires que viven arrodillados junto a tu trono, como los profetas que cantan eternamente tu gloria! ¡Padre, padre y señor, te rogamos que nos concedas un espíritu íntegro, una inocencia inmaculada, una sinceridad piadosa, un corazón puro, para defendernos contra las asechanzas del demonio y guardar fielmente el signo de la verdad eterna! ¡Tú, que has sido misericordioso para con Daniel, obra así con nosotros!

¡Tú que has resucitado a los muertos, que has dado la vista a los ciegos, la palabra a los mudos, el movimiento a los paralíticos, el oído a los sordos, la salud a los enfermos, haz lo mismo con nosotros, pobres pecadores, que, con toda la fuerza de nuestro pecho, te pedimos misericordia, seguros de que naciste, que moriste, que resucitaste, que bajaste a los infiernos y que del cielo, en donde moras a la diestra de Dios Padre, vendrás a juzgar a los vivos y a los muertos! ¡Ayúdanos como ayudaste a los apóstoles en los lazos, a Tecla en el fuego, a Pablo en las persecuciones, a

Pedro en las ondas! ¡Tú mismo nos has dicho: Pedid y se os dará, buscad y encontraréis. Así, pues, te lo pedimos humildemente, piedad, piedad, piedad!»

Josafat repitió esta oración apenas la hubo oído, como si brotara de su propio pecho.

Luego, arrodillándose ante el solitario:

—No me abandones—le dijo.

—No te abandonaré—contestóle Barláam.

Y allí se quedó sin que nadie lo viese. Y cada día daba nuevas lecciones a su discípulo, en forma de dulces parábolas.

Un día le dijo:

—Aquellos que prefieren los placeres materiales a los goces del alma, son como un hombre a quien yo conocí y cuya historia quiero contarte. Este hombre, huyendo de una hiena, cayó en un abismo espantoso y sin fondo, Por fortuna, pudo asirse al tronco de un arbolito que crecía entre las asperidades del precipicio. De pronto creyóse salvado; mas he ahí que, alzando la vista, descubrió dos enormes ratas, una blanca y otra negra, que roían las raíces del arbolito. Luego, volviendo los ojos hacia abajo, vió a un dragón formidable que abría las fauces para devorarlo apenas cayera. Junto a sus pies, cuatro víboras se retorcían.

Pero de una rama caían algunas gotas de miel. El hombre olvidó entonces el peligro para libar aquellas gotas. Ahora bien, hijo; la hiena es la imagen de la muerte que persigue sin cesar al

hombre; el precipicio representa al mundo lleno de toda suerte de males; el arbusto es nuestra vida, roída sin cesar por una rata negra, la noche, y por una rata blanca, el día; el dragón es el infierno; las cuatro víboras son los cuatro elementos de nuestro cuerpo, y la miel el símbolo de los placeres que nos hacen olvidar los peligros que nos rodean.

Otro día le dijo:

—En una ciudad el pueblo tenía la costumbre de elegir cada año a un extranjero como rey. Este extranjero gozaba del derecho de disponer de todo a su antojo y de gobernar según su capricho. Así, lo primero que hacía, figurándose que su poder iba a durar eternamente, era entregarse a las voluptuosidades y a la tiranía. Mas, al cumplirse los doce meses, sus vasallos apoderábanse de él y lo transportaban desnudo a una isla cercana, en la que, no disponiendo de nada, sucumbía pronto de hambre y de frío. Llegó, sin embargo, el turno de reinar a un hombre enterado de las costumbres del país, el cual, apenas subió al Poder, hizo transportar secretamente a la isla de su futuro destierro grandes tesoros, de modo que cuando fué transportado allí, encontró lo necesario para seguir viviendo bien. Aquella ciudad, hijo, es el mundo y sus habitantes son los espíritus de las tinieblas que nos seducen con las tentaciones para no dejarnos ver el próximo término de la vida, en el cual se halla el castigo de todos los pe-

cados. En cuanto al hombre prudente, es la imagen del que, haciendo limosnas y caridades, se prepara un refugio para el día de la muerte.

Después de oir muchas parábolas como éstas, Josafat preguntó a su maestro:

—¿Cómo has llegado, padre, a comprender todos los secretos de la vida y de la muerte?

Y Barláam contestóle:

—Después de haber apartado de mis ojos el velo del error y después de haber visto que toda la vida de los hombres se consume en actos vanos; que los unos nacen mientras los otros mueren; que nada está edificado sobre una base sólida; que los ricos no saben conservar sus riquezas, ni los poderosos su poder, ni los sabios su ciencia, ni los libertinos sus placeres, ni los que viven tranquilos su paz; después de haber visto que nada de la que amamos en el mundo es durable y que la vida misma se asemeja a un torrente vertiginoso, he reconocido que todo es vano en el mundo y que la única verdad y la única seguridad está en Dios nuestro Señor.

Habiendo hablado así y sintiendo su misión divina terminada, el solitario dispúsose a volver a su soledad.

—Padre—le dijo Josafat—, permíteme que te acompañe.

—No, hijo; aquí puedes ser útil a tus semejantes a causa de tu situación—contestóle Barláam.

—Dime entonces en dónde vives.

—En una gruta del desierto de Senaar.

—¿Qué edad tienes?

—Cincuenta años,

—Más años pareces tener.

—Sí. Y si se cuentan los que han transcurrido desde el día de mi nacimiento, de seguro pasan de ciento. Sólo que yo no hago comenzar mi vida sino en el día en que principié a orar en el aislamiento, pues antes estaba muerto para Dios.

Apenas el anacoreta estuvo de vuelta en su retiro, el rey Avenir logró ser informado por sus espías de lo que había pasado. Y su tristeza fué inmensa, al averiguar que todas sus precauciones habían sido vanas. Pero, lejos de descubrir en los acontecimientos la mano del Señor, dejóse dominar por los espíritus del demonio que le aconsejaron un designio criminal. Porque su odio del cristianismo era tan grande, que hubiera preferido ver morir a su hijo a verlo abrazar definitivamente la verdadera fe. Así, pues, hizo venir a un ermitaño cuyo rostro era igual al de Barláam, y le habló de esta manera:

—El príncipe ha sido inducido en el error de tu secta por un mago igual a ti. Yo quiero obligarle a saber que tus ideas, como las de todos tus compañeros, son falsas. Vas, pues, a visitarle haciéndote pasar por el embacaudor de Senaar, después de lo cual yo llamaré a mis sabios para que, en presencia de mi heredero, discutan contigo sobre los misterios de la religión y te venzan, Mas,

ten entendido que si no te dejas vencer, te haré quemar vivo en el acto.

El ermitaño, que aspiraba a ganar la palma del martirio, contestóle:

—Haré como me lo mandas.

Pero en el fondo de su alma formó su designio. Y, cuando llegó el día de discutir sobre las verdades de la religión delante de Josafat, habló de tal modo y con tal fe y con tan ardiente entusiasmo, que los sabios mismos, llamados a combatirlo, se convirtieron a la fe de Jesús en secreto y sólo por temor de ser desollados callaron, no sin declarar que se sentían vencidos y humillados.

Avenir reunió de nuevo su consejo y pasó una noche entera tratando de descubrir un medio cualquiera de salvar a su hijo de lo que a él se le antojaba el error. Unos le sugerían la idea de hacer viajar al príncipe por tierras remotas, para que así pudiese olvidar sus preocupaciones religiosas; mas como el monarca sabía que toda la tierra estaba infestada de hombres que predicaban las doctrinas de Jesús, no quiso oirlos. Otros decíanle que el único remedio era encerrar al rebelde en una torre, en la cual no pudiera nunca más oir el nombre de Dios y someterlo a un régimen tan severo, que se viese obligado a pedir perdón de sus errores. Esto tampoco ssatisfizo al rey, que tenía un gran amor por su hijo. Los más sabios, en fin, le recomendaron que lo casara con alguna princesa muy bella, para que los pla-

ceres del amor lo distrajeran de sus locuras ascéticas. Sólo que Avenir conocía el poco caso que su heredero hacía del encanto femenino.

Al fin, no sabiendo qué determinación tomar, su majestad llamó al joven rebelde y le habló en estos términos:

—¡Oh, carne de mi carne y alma de mi alma! ¿Cómo te obstinas en ofenderme? Mira mis cabellos blancos y mi rostro envejecido. Tú me debes el respeto y la obediencia. ¿O ignoras, acaso, que tu obligación consiste en venerar a tu padre sobre todas las cosas? No olvides que aquellos que han despreciado al autor de sus días, han tenido un fin triste y trágico.

A estas palabras, Josafat contestó:

—Hay un tiempo para amar, padre, y un tiempo para odiar, un tiempo para obedecer y un tiempo para desobedecer, un tiempo para la paz y un tiempo para la guerra.

—¿Qué significa lo que me dices?

—Significa, soberano mío, que no debemos nunca inclinarnos ante la voluntad de aquellos que pretenden alejarnos de Dios, aunque sean nuestro padre y nuestra madre.

El rey alejóse desesperado. «Nada puede salvarle», pensó. Mas en aquel mismo instante un sacerdote de Benares entró en su estancia y, arrodillándose ante él, le dijo:

—Hoy mismo ha llegado a tu capital la hija del rey de Babilonia, que es la más bella de las vír-

genes. Los hombres que la ven caen en el acto rendidos de amor. Sus ojos son como dos luceros y de su cuerpo se exhala un aroma que enloquece los sentidos. Por tu propia tranquilidad acudo presuroso a prevenirte para que no la aceptes en tu presencia y la destierres de tus estados, pues el que se deja avasallar por ella reniega de sus dioses y no piensa sino en los placeres que su cuerpo proporciona.

Lejos de seguir el consejo del sacerdote, Avenir dió orden de que la princesa fuera alojada en el palacio de su hijo y que se pusiese su lecho en la misma estancia en que estaba el lecho del príncipe.

Así se hizo, porque la voluntad del monarca era omnipotente.

Y sucedió que apenas Josafat hubo contemplado a la hija del rey de Babilonia, un fuego diabólico incendió sus sentidos. Los ancianos de la corte, que por orden del rey espiaban por el techo lo que pasaba en la cámara principesca, corrieron a prevenir al gran mayordomo de palacio de lo que pasaba. Y Avenir en persona acudió. Y vió a su hijo que, arrodillado ante la princesa extranjera, extasiábase contemplando su divino cuerpo desnudo. Y creyendo que los dioses habían al fin acogido favorablemente sus ruegos, ordenó que se hicieran grandes sacrificios en honor de las divinidades del imperio. Mas he ahí que, en el momento mismo de entrar en el lecho preparado para

el amor, Josafat quedóse dormido, porque la voluntad de Dios acababa de alejar de su espíritu los demonios que Satanás había metido en él. Durante su sueño el príncipe fué transportado a las alturas por el mismo ángel que había visitado a Barláam en su gruta. Y haciéndole penetrar en un divino jardín, todo oloroso a jazmines, todo murmurante de fuentes, todo umbrío de parras, díjole:

—Estás en el paraíso.

Bajo las parras veíanse bancos de oro con respaldos de pedrerías; las fuentes eran de alabastro y de plata; los jazmines tenían hojas de esmeralda y flores de diamantes.

En seguida el ángel hízolo entrar en una ciudad cuyos baluartes despedían una luz seráfica y de cuyo suelo alzábase un murmullo de rítmicas bendiciones.

Y tornó a decirle:

—Es el paraíso.

Pero de pronto todo cambió de aspecto. Josafat no había siquiera notado la inmensidad del camino recorrido en un instante.

—Es el infierno—díjole el ángel.

Y vió una inmensa hoguera entre cuyas llamas se retorcían, lanzando gritos desgarradores, los más bellos mancebos y las más lindas mujeres.

—¡Ten piedad de mí, Señor!—gritó.

Al mismo tiempo abrió los ojos y volvió a encontrarse al lado de la hija del rey de Babilonia, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas.

—¿Por qué lloras?—preguntóle.

—Porque te amo—respondió la princesa.

Entonces Josafat repitióle las palabras que Barláam habíale dicho, la primera vez que lo viera. Y a medida que él hablaba, ella gemía.

—Sé mi esposo; tú eres el único hombre que has hecho palpitar mi corazón—exclamó la extranjera—. ¡Eres tan bello!

—Hay un sér más bello que todos los mortales —contestóle el mancebo—, y es Jesús, nuestro Dios. El será tu esposo.

—¡Jesús, Jesús, recibe mi alma!

Y la mujer, desnuda, prosternóse ante una cruz de oro que brillaba en medio de la estancia.

Entonces el rey Avenir, que había asistido tembloroso a la escena, llamó a su heredero y le dijo:

—Desde este instante la mitad de mi reino te pertenece.

Pero el mozo le contestó:

—Tengo un dominio más bello y más grande, padre, en el cual no entrarás tú porque eres idólatra.

—No—murmuró el monarca—, no.

Y arrodillóse. Y oró.

Y el príncipe se arrodilló a su lado para orar también.

Luego salió del palacio vestido como un mendigo, para ir a tomar posesión del dominio inmenso que el más anciano de los astrólogos de la

India habíale predicho. Anduvo, anduvo. Atravesó ríos y montañas. En el camino, para no morirse de hambre, comía raíces crudas. Los lobos, al verlo pasar, se inclinaban sumisos. El sol hacía resplandecer sus harapos, cual si fuesen de oro. Cuando encontraba a algún campesino, preguntábale por la ruta de Senaar. Pero nadie sabía decírsela. No obstante, una mañana, después de muchos meses de marcha, hallóse ante la entrada de una caverna en un desierto.

—¡Barláam, padre mío!—gimió.

El viejo solitario salió a su encuentro, y, abrazándole, le dijo:

—Hermano, hace muchos años que te espero para morir en paz. Oremos.

Y orando, Barláam quedóse dormido y no despertóse nunca más.

Entonces Josafat ocupó su celda de roca.

Tal es la leyenda.

Un filósofo ilustre ha resumido las enseñanzas de Buda en unas pocas líneas. «Cuatro verdades —dice—componen la doctrina de Sakia Muni, a saber: 1.ª Toda existencia es un sufrimiento porque lleva en sí la vejez, la enfermedad, la miseria, la muerte. 2.ª Lo que hace de la vida un sufrimiento es el deseo, sin cesar renovado y sin cesar contrariado, que nos encariña con la juventud, con la salud, con la vida. 3.ª Para destruir el sufrimiento, es preciso destruir el deseo. 4.ª Para

destruir el deseo, es preciso renunciar a sí mismo, libertarse de la sed de ser.» Ahora bien: ¿no son las mismas enseñanzas las que se desprenden de la vida del santo de la India? Pero esto no es todo. La doctrina indicada no bastó al historiador, al inventor de Josafat. En su entusiasmo, quiso dar a su héroe todo lo que había encontrado en el libro misterioso que le servía de modelo, y lo primero que hizo fué ofrecerle una cuna regia. ¿No había, acaso, sido príncipe el hijo de Sudodana? Pues era necesario que el hijo de Avenir también lo fuera. Luego, puesto en tan buen camino, no tenía por qué detenerse. Ingenuamente copió también las circunstancias novelescas de la vida de Sakia Muni. Y así nació la linda historia, sin que la cosa tenga nada de extraordinario.

Lo que sí es extraordinario, más que extraordinario inaudito, es que, durante más de mil años, los sabios, que lo descubren todo, no hayan descubierto la beata superchería, y que haya sido necesario esperar al siglo XIX para que se encontrara un hombre que conociere al mismo tiempo la más bella vida índica y la más encantadora leyenda cristiana.

La confusión de las bases fundamentales de dos religiones enemigas que esta leyenda demuestra, sirven, naturalmente, a los filósofos para probar cuán cerca están a veces las cosas que más alejadas parecen. Por eso son filósofos. En cuanto a

mi, lo único en que pienso, al escribir estas líneas, es en la vanidad de los que, como Mallarme, dicen:

La chair est triste, hélas!, et j'ai lu tous les livres.

Porque todos los libros son muchos libros...

Y en lo que respecta al viejo monje del convento de San Sabas, autor del místico plagio, lejos de condenársele por haber hecho entrar a un falso dios en el paraíso de Jesús, creo que sería piadoso considerarlo como uno de los más grandes convertidores de los siglos, puesto que, encontrando a Buda mil años después de su muerte, tuvo la inocencia divina de demostrarle que todo lo que había hecho no era sino obedecer de antemano a las enseñanzas de los padres del desierto, y que, por tanto, merecía ser canonizado en su calidad de hermano mayor de San Antonio.

LOS EVANGELIOS APOCRIFOS

ADA vez que en castellano se discute sobre la belleza y la antigüedad de los Evangelios apócrifos, notan, no sin sorpresa, los eruditos, que todas las citas en las cuales basan sus opiniones los contendientes, son sacadas de obras francesas, inglesas o alemanas. «¿Cómo es posible—pregúntanse entonces los curiosos—que nuestra lengua, que es quizá en la que más ardientes frases místicas se han pronunciado, sea la única en la cual no han sido traducidos los textos primitivos, los libros en que aprendieron a leer los primeros cristianos? ¡Parece mentira!» Verdad es, sin embargo. Ni siquiera los Evangelios de Santo Tomás, de San Pedro, de San Bartolomé, de los Doce Apóstoles, de Nicodemio, existían hasta hace poco en castellano. En quince siglos de fe exaltada, la patria de Santa Teresa no había pensado en interrogar a aquellos misteriosos compañeros de San Mateo y de San Marcos que refirieron la vida de Jesús en arameo o en copto y que tuvieron, en un principio, tanto prestigio como los cuatro grandes evangelistas. «Esto consiste—escribe un catedrático del seminario madrileño—en que, hasta el siglo XVIII, todos aquellos

que se interesaban por los estudios teológicos, podían leer los textos latinos.» Muy bien; pero ¿y ahora? Porque desde hace más de cien años ya no son sólo los humanistas y los teólogos, sino todos los hombres medianamente cultos, los que leen. En Francia, en Alemania, en Inglaterra, las traducciones de las obras religiosas primitivas abundan. En España ha sido necesario esperar al siglo XX, para que un editor se decida a ofrecernos los más célebres, los más discutidos, los más conocidos apócrifos (1). El regalo, aunque incompleto, es precioso, pues, gracias a él, los que no saben latín, podrán, al fin, darse cuenta de que si no todos los Evangelios rechazados o desdeñados por la Iglesia son tan bellos y tan santos como los «sinópticos», hay, por lo menos, tres o cuatro entre ellos que bien podrían figurar en el Nuevo Testamento con tanta justicia como el libro de San Juan.

—Mas—pregunta la gente sencilla al oir hablar de esto—, ¿no son libros heréticos todos esos falsos Evangelios?...

No. Ni son todos heréticos, ni son todos falsos. Hasta fines del siglo V, los cristianos no establecieron grandes diferencias entre textos canónicos o no canónicos. «Aquí—escribe monseñor Duchesne en su *Historia antigua de la Iglesia*—no hay que

(1) Me refiero al tomo publicado por la casa Garnier con el título de *Los Evangelios Apócrifos*.

hacer gran distinción entre los libros canónicos y los apócrifos; todos dan testimonio de una misma preocupación.» Esta preocupación es la de fijar y unificar la imagen de Jesús, que hasta entonces no había sido, a causa de lo vago de las tradiciones orales, sino una leyenda llena de contradicciones. Según Papias, en efecto, la gente decía que el Mesías había muerto muy anciano y que Judas no se había ahorcado, sino que se había hinchado de tal modo que no cabía en las calles; la idea apocalíptica de que el mundo no debía durar sino mil años, era atribuída a Cristo; muchos, en fin, negaban la crucifixión, asegurando que el Señor había sido lapidado, lo mismo que San Esteban. Para evitar estas leyendas, o para establecer una leyenda única, las comunidades decidieron poner por escrito los detalles de la Santa Vida. «Del Evangelio Oral, necesariamente diverso—agrega monseñor Duchesne—derivaron redacciones también diversas e incompletas, que, combinándose luego entre ellas y transmitiéndose por intermediarios más o menos numerosos, llegaron a formar los tres textos que llamamos sinópticos y algunos otros que la Iglesia no ha adoptado en definitiva, pero que son igualmente antiguos.» Para darnos cuenta, realmente, de que hasta muy tarde no existió entre cristianos, y aun entre sacerdotes y frailes, horror ninguno contra los «apócrifos», no tenemos más que hojear la *Leyenda Dorada*. En ella encontraremos,

sin dificultad, Evangelios enteros relativos a la vida de la Virgen María, de María Magdalena, de San Juan Bautista. «Esta leyenda—dice el beato Jacobo de Voragine al escribir la historia de la Asunción de la Virgen—se encuentra en cierto libro apócrifo que algunos atribuyen a San Juan.» Otros Evangelios eran atribuídos a San Pedro, otros a Santiago, otros a San Bartolomé. Y la gente piadosa, que no tenía una noción muy exacta de lo que era el «Canon», seguía leyendo indistintamente las vidas canónicas y las no canónicas. Los artistas, sobre todo los buenos imagineros primitivos que inmortalizaban en las piedras de las catedrales y en los relieves de los retablos la santa leyenda del Salvador, sabían mezclar, sin la menor malicia, las figuras de los cuadros sinópticos con las de los apócrifos.

«Muchas de las imágenes que el arte ha popularizado y que forman parte de la tradición aceptada—dice con razón Jules Lemaitre—proceden de los apócrifos; por ejemplo: la vejez de San José, la vara de nardos, el buey y el asno del pesebre de Belén.» Y no sólo los artistas legendarios guardaron con piadoso cuidado detalles que no se encuentran en los libros canónicos. Los mismos padres de la Iglesia tuvieron por los Evangelios llamados de Santiago, y de San Pedro, y de los Doce Apóstoles, un respeto igual al que profesaban por los textos canónicos de San Lucas, de San Marcos, de San Mateo, de San Juan. El de los Doce Apóstoles, sobre

todo, parece haber gozado de un prestigio universal durante los primeros siglos cristianos, y, a decir verdad, es el que más la merecía, por su belleza, por su pureza y por su antigüedad indiscutible. Lo que Jules Lemaitre (1) dice del Evangelio de Nicodemio» yo lo diría del de los «Doce Apóstoles»: «Es el apócrifo que tiene una gran belleza.» Por desgracia, los manuscritos más completos que de tal libro se han encontrado, presentan lagunas que desfiguran muchas de sus pá-

---

(1) «Il y a des détails aimables dans l'*Evangile de la Nativité de Marie;* mais l'*Evangile de Nicodème* me paraît le seul évangile apocryphe qui ait de la beauté. C'est la descente de Jésus aux Enfers, racontée par deux morts ressuscités.

»Les saints de l'ancienne loi et les prophètes l'attendent et le sentent venir. Il vient et, ce qui est vraiment beau, va droit à Adam, et délivre le père des hommes.

»Et le Seigneur, étendant sa main, dit: «Venez à moi tous mes saints...» Et aussitôt tous les saints furent réunis sous la main du Seigneur. Et le Seigneur, tenant la main droite d'Adam, lui dit: «Paix à toi avec tous tes fils, mes juster!» Adam, se prosternant aux genoux du Seigneur, dit en versant des larmes: «Seigneur, je te glorifierai... car tu m'as guéri...» Et les prophètes David, Habacuc, Michée glorifient tour à tour le Christ. «Et le Seigneur, tenant Adam par la main, le remit à Michel archange, et tous les saints suivirent Michel. Il les introduisit tous dans la grâce glorieuse du Paradis, et deux hommes, anciens der jours, vinrent au-devant d'eux.» C'est Elle et c'est Enoch, qui on été transportés au Paradis sans avoir goûté la mort. «Et voici que survient un autre homme, très misérable, portant sur les épaules les marques de la croix.» Et c'est le bon larron.» (JULES LEMAITRE.)

ginas y que harán siempre imposible su reintegración en el cuerpo bíblico de las escrituras. Mas, incompleto y todo, su lectura es una de las que mejor nos hacen sentir el gran soplo de adoración que inflamó a los cristianos de los primeros siglos ante la imagen del Mesías, cuya existencia fué un perpetuo canto de amor, de bondad, de misericordia y de sencillez.

No todos los «apócrifos» tienen, por desgracia, la belleza y la pureza del de los «Doce Apóstoles». Los hay que parecen escritos por gnósticos empedernidos, y los hay también que están inspirados en la feroz poesía de los primeros libros de la Biblia. Uno de los que acaban de ser traducidos al español, el de Tomás, puede considerarse como el tipo más acabado de lo que alguien llamó antaño el evangelismo cruel. El Jesús que allí vemos, en efecto, no es un hijo del dulce carpintero, dispuesto a perdonar todas las injurias, sino un heredero del terrible conquistador Josué, cuya lanza no conocía el perdón, ni el descanso. Desde su más tierna infancia, el Nazareno muéstrase despiadado y orgulloso. Su poder le sirve para vengarse de los que le ofenden y para humillar a los que dudan. Cinco años tenía cuando encontró al hijo de Anas, que jugaba en el campo con una rama seca; y como no fueron sus juegos a su gusto, le dijo: «Tú también te secarás.» Y el niño se secó. Poco después, en una calle de Nazaret, un chico pasó corriendo a su lado, y Jesús le dijo: «No correrás más.» Y el

chico cayó muerto. Y como los padres del muerto fueron a quejarse de aquel hecho, Jesús les dijo: «Yo haré que no veáis.» Y todos se quedaron ciegos. En su orgullo indomable, el niño Dios no soporta ni los consejos de sus maestros ni las correcciones de sus padres. A San José, que le tiró de las orejas para castigarlo, díjole: «Eres un ingensato» En cuanto a Zaqueo, su maestro, tenía tal miedo de su carácter, que se vió en la necesidad de decir al carpintero: «No me mandes más a tu hijo.»

Nada tan natural, pues, como que un Evangelio, así inspirado en la ferocidad del Libro de Josué, haya sido, desde un principio, visto con poca simpatía por los cristianos primitivos, cuyas doctrinas eran de perdón, de dulzura y de sencillez. Pero este escrito, entre los muchos rechazados por la Iglesia, es una excepción. Los apócrifos, en general, están inspirados en el mismo espíritu de infinita mansedumbre que anima a los canónicos. «No hay nada en el Nuevo Testamento superior al Protevangelio de Santiago», dice el ilustre novelista español Ciges Aparicio. En efecto; todas las bellezas que Renán admira en los textos de San Marcos y de San Lucas, toda la gracia llena de ternura, toda la poética vaguedad, toda la suave sencillez de los relatos consagrados se encuentran en este Evangelio, que la Iglesia actual desdeña. En vez de hacernos ver al Salvador en su apostolado

de pobreza sublime, el evangelista nos muestra a María en su hogar, nimbada de excelsa ternura, esperando el advenimiento de quien ha de redimir al linaje humano. «Lo que hizo Jesús una vez que pudo obrar por sí mismo—parece decir Santiago—, otros lo han escrito; lo que yo deseo es hacer ver el cuadro de su hogar.» Y hay tal gracia, tal encanto en la pintura de las escenas de la Santa Familia, que uno no puede menos de sentirse emocionado por ellas, hasta el punto de que los párpados se humedecen de dulces lágrimas.

Otro de los apócrifos traducidos al español, el que los teólogos llaman «seudo Mateo», es más completo que los anteriormente citados, y hasta puede decirse que es el más completo que se conoce. En tiempos remotos, su prestigio fué tan grande y tan universal, que San Jerónimo creyó deber traducirlo al latín, lo mismo que había traducido los demás libros de la Biblia. El exordio de esta traducción es de una energía que desconcierta a los que dudan de su antigüedad. Hablando de las objeciones que ya en su tiempo oponían los doctores al texto de Mateo, el solitario de Belén, dijo. «*Cesset nunc oblatrantium morsus: non* »*enim istum libellum canonicis nos superaddimu* »*scripturis, sed ad detegendam hereseos fallaciam* »*apostolia atque evangelistae scripta transferimus.* »*In quo opere tam jubentibus piis obtemperamus* »*episcopis, quam impiis hereticis obviamus. A or*

»ergo Christi est cui satisfacimus, credentes quod »nos suis orationibus adjuvent quid ad salvato»ris nostri sanctam infantiam per nostram, potue»rint obedientiam pervenire.»

Esto no es todo. Uno de los más sabios exégetas ingleses de nuestra época, el célebre P. C. Sense, ha demostrado en sus obras monumentales sobre el Nuevo Testamento, que el texto que llamamos «seudo Mateo», es, en realidad, el original del Evangelio canónico de San Mateo. Como este punto es por demás espinoso, sólo voy a traducir algunas líneas del sabio de Oxford. «San Jerónimo—dice—aseguró haber encontrado un ejemplar del «seudo Mateo» en la biblioteca de Pánfilo, en Cesárea: estaba en hebreo, y un desconocido lo había ya traducido al griego para su uso personal. (*De Viris Ilustribus,* 5.) Este escrito difería evidentemente del Evangelio de Pedro y del de los hebreos. En su comentario a San Mateo (III, 5), San Jerónimo dice que el «seudo Mateo» es, en realidad, el original del Evangelio canónico de San Mateo.» Después de leer estas líneas, escritas sin pasión por un exégeta en todo el mundo respetado, es imposible no dar al texto del «seudo Mateo» una importancia muy grande. Esta escritura, tenemos por fuerza que decirnos que es una de las más antiguas, una de las más bellas y una de las más puras. A través de los siglos, nadie ha podido tildarla de peligrosa desde el punto de

vista ortodoxo. Su texto, además, es más vasto que el de San Mateo. Y como consecuencia, nos preguntamos luego:

—¿Por qué el verdadero Mateo se llama «seudo Mateo» y su copia pasa por el original?

Y luego, ampliando la interrogación:

—¿Por qué sólo cuatro entre los muchos Evangelios, son reconocidos por la Iglesia?

A través de los siglos, San Ireneo nos contesta: «Porque no hay sino cuatro puntos cardinales.» En todo caso, habiendo escogido cuatro, la Iglesia habría podido poner entre ellos, en vez del de San Juan, cuyo origen helénico y alejandrino ha sido siempre reconocido, el de los Doce Apóstoles, que tiene la ventaja de estar firmado por un cristiano de los que vieron a Jesús. En efecto; en un pasaje del texto copto publicado por Revillout, encontramos las palabras siguientes, que son de una claridad rara en escrituras antiguas: «Yo, Gamaliel, seguí a Pilatos en medio de la multitud.» Ahora bien, ¿quién era este Gamaliel? Ledrain va a decírnoslo en pocas líneas: «En aquel tiempo—escribe—aparece una de las más nobles figuras que honraron los últimos años de Israel. La voz tranquila de Gamaliel logra hacerse oir en el tumulto judío. Gracias a él, los sacerdotes del Sanhedrín renuncian a perseguir al apóstol Pedro.» ¿Cómo, pues, habiendo conocido el texto evangélico de este hombre, que no habla, cual Lucas, diciendo que va a

repetir lo que oyó contar, sino que escribe: «yo vi», la Iglesia primitiva lo dejó extraviarse entre los innumerables pergaminos de los apócrifos?

Porque no hay que perder de vista que si los «apócrifos» son obras dudosas en su mayoría, también en su mayoría los «canónicos» ponen a los exégetas de buena fe en gran perplejidad. No es esta la primera vez que hablo así. Ya en otra ocasión, comentando los textos coptos descubiertos por Revillout, ocurrióseme recordar que ninguno de los Evangelios que forman parte del Nuevo Testamento es obra de un testigo ocular de la existencia del Nazareno. A esto, un erudito catedrático del seminario de Madrid, el señor García Hughes, me contestó en los términos siguientes:

«San Juan y San Mateo acompañaron al Señor durante toda su predicación; San Marcos quizá conoció también a Jesús; pero, aunque así no fuera, escribe su Evangelio según la predicación de San Pedro, testigo ocular de lo que narraba; San Lucas...

»El señor Gómez Carrillo no ha leído todo el prólogo de San Lucas, sino sólo lo que le conviene. Oigamos al mismo San Lucas:

«Ya que muchos han emprendido ordenar la na»rración de los sucesos que se han cumplido entre »nosotros, conforme «nos» los tienen referido aque»llos que desde el principio han sido testigos de »vista y ministros de la palabra evangélica, pare-

»cióme también a mí, «después de haberme infor»mado de todo exactamente, desde su primer ori»gen», escribírtelos por su orden, ¡oh, dignísimo »Teófilo!, a fin de que conozcas la verdad de lo que »se te ha enseñado de viva voz.»

«Pero lo más estupendo, lo que manifiesta de lleno la ligereza del señor Gómez Carrillo en recoger argumentos sin reparar en su valor, es el razonamiento que aduce para demostrar la autoridad de testigo ocular a favor del autor de la redacción del Evangelio aprócrifo, en el cual, según el mismo señor Carrillo, se lee: «Yo, Gamaliel, seguí a Pilatos en medio de la multitud.»

»Ante esa afirmación, el señor Gómez Carrillo rinde su asentimiento, sin investigar si es digno de fe el que la hace, y, en cambio, lo niega a San Juan, cuando, más expresamente, dice:

«Y el que vió, dió testimonio.» Y al cerrar su Evanglio, hablando del «discípulo amado», que es él mismo, «y que acompañó a Jesús, desde su bautismo en el Jordán, hasta su ascensión a los cielos», escribe: «Este es el discípulo que atestigua estas cosas y el que escribe esto»; y en su primera epístola, que fué como dedicatoria del Evangelio, y todos los críticos están conformes en que es de la misma pluma que escribió el cuarto Evangelio, afirma: «Lo que hemos visto con nuestros ojos, lo »que hemos contemplado y nuestras manos pal»paron del Verbo de la vida..., lo que hemos vis»to, os anunciamos.»

Si yo tuviera un estilo eclesiástico, diría al señor García Hughes que creer aún en la autenticidad de San Juan, indica una ignorancia muy singular. Pero Dios me libre de molestar en lo más mínimo el amor propio de mi prójimo. De ciencia y de exégesis hablamos. El testimonio de los sabios, quiero, pues, aducir. ¿Da a Loisy y a Delnach el señor García Hughes el diploma de sabiduría que con razón me niega a mí? Pues oiga, y vea si es posible aceptar que los Evangelios son libros inspirados por Dios, como si Dios se contradijera:

«A los que se inquietan ante las diferencias de los tres sinópticos—dice Reinach—, y de estos tres con el Evangelio de Juan, se les contesta que esos Evangelios se completan unos a otros. Pero esto es falso. Lejos de completarse, se contradicen y se repiten. El Cristo de Marcos es siquiera compatible con el de Mateo y de Lucas; pero el de Juan es diferente.»

En cuanto al abate Loisy, he aquí sus palabras:

«Si hay una cosa evidente, es la incompatibilidad profunda, irreductible, entre el cuarto Evangelio y los sinópticos. Para convencerse de ello basta saber leer y ser de buena fe.»

El señor García Hughes sabe leer y ha leído mucho. También es de buena fe. Pero es católico, apostólico, romano...

Reinach, que no es católico, y que también ha leído, dice:

«En suma, nuestros Evangelios canónicos nos enseñan lo que diversas comunidades cristianas creían saber de Jesús entre los años 70 a 100 de la era cristiana (1); reflejan un trabajo legendario y explicativo, que durante cuarenta años, por lo menos, se había realizado en el seno de las comunidades. Juan no tiene valor histórico y Lucas es

---

(1) En cuanto a la antigüedad de los Evangelios, he aquí algunas líneas de un sabio ya citado:

Il n'y a aúcune trace des Evangiles canoniques jusqu'à Justin (150) et même pendant quelques années au delà. Les arguments mis en avant pour en établir la publication antérieure me semblet futiles. Comme Justin dit expressément que ses sources sont les Mémoires des apôtres (Il nomme l'un d'eux, Pierre) et les *Gesta* ou *Acta Pilati*, il est peu raisonnable de prétendre que Justin cite les Evangiles canoniques. Dire que les Evangiles canoniques ne constituent pas de mentions relatives à la ruine de Jerusalem et du Temple, mais seulement des prédictions et conclure de là à leur antériorité, c'est simple folie. Un écrivain qui rapporte des événements d'une certaine époque n'a point à parler de ceux de l'époque suivante. Les affirmations d'Irénée, de Clément, de Tertullien, qui placent la publication des Evangiles au premier siècle, ne peuvent être acceptées, car ces auteurs n'etaient pas des contemporains et ne citent pas de tèmoignages contemporains. Il n'est pas moins puéril d'etablir une relation entre la date lu troisième Evangile et le sèjour de Paul à Rome, ou d'alléguer l'allégorie d'Hermas suivant laquelle l'Eglise est assise sur un lit à *quatre* pied. En realité, il n'es question des quatre Evangiles canoniques que dans les écrits de Ttéophile et d'Irénée, qui datent de la seconde moitie du II.e siècle»—P. C. SENSE.

una obra de tercera mano. Quedan, pues, las fuentes de Marcos y de Mateo y los documentos Q. Lo que puede haber de sólido en estos escritos deriva, pues, de dos fuentes perdidas, cuya autenticidad no está demostrada. Es seguro que en el fondo de Marcos no puede remontar a Pedro, testigo ocular, porque lo que concierne a Pedro, en Marcos es enteramente vago.»

En fin, por si estos testimonios de sabios no bastan a conmover al señor García Hughes, he aquí una frase de San Agustín:

«Si no existiera la autoridad de la Iglesia, no »creería en el Evangelio.» (*Ego vero Evangelio non crederem nisi catholicae ecclesiae conmoveret auctoritas.*)

Y en este punto, yo soy más creyente que San Agustín, porque yo sí creo en el Evangelio, yo creo en el fondo del Evangelio y en la moral del Evangelio. En lo que no creo, y aquí estoy con los padres de la Iglesia primitiva, es en la redacción original y divina de los Evangelios canónicos. Más que Lucas, en efecto, me conmueve el redactor del Evangelio de los Doce Apóstoles, y el redactor del protoevangelio de Santiago y el redactor del «seudo Mateo», y hasta el redactor del Evangelio de Bartolomé. Mi pregunta, pues, queda siempre sin respuesta.

¿Por qué la Iglesia, entre veinte o treinta Evangelios que eran igualmente ortodoxos, igualmente

apócrifos, escogió cuatro, que no son ni los más bellos, ni los más antiguos, y desdeñó los demás?... (1)

---

(1) He aquí la explicación que Haeckel da de las razones que tuvo la Iglesia para escoger los cuatro Evangelios:

«Buant aux *quatre Evangiles canoniques*, nous savons maintenant qu'ils ont été choises en 325, au concile de Nicée, par 318 évêques assemblés, parmi un tas de manuscrits contradictoires et falsifiés datant des trois premiers siècles. Sur la première liste d'élection figuraient quarante évangiles, sur la seconde, restreinte, quatre restèrent. Comme les évêques se disputant, s'injuriant méchamment, ne pouvalent pas s'entendre sur le choix définitif, on décida (après le *Synodikon* de Papus) de laisser un miracle divin décider de ce choix: on posa tous les livres sous líautel et l'on pria le Ciel de faire que les écrits apocryphes d'origine humaine, restassent sous l'autel tandis que les écrits véridiques, émanés de Dieu lui-même, sautassent au contraire sur l'autel. Et il en fut ainse! Les trois Evangiles synoptiques (de Matthieu, Marc et Lucas, tous trois rédigés non *par* ces hommes, mais d'après eux, au commencement du *deuxième* siècle)—ainsi que le quatrième Evangile, tout différent (probablement composé d'*après* Jean, au milieu du II.e siècle)—tous ensemble, ces quatre Evangiles sautèren sur la tanle et devinrent dès lors les bases *authentiques* (se contredisant en mille endrois!) de la doctrine chrétienne (cf. Saladin).»

EL EVANGELIO DE SAN FRANCISCO

L hombre del día—aseguraba hace poco un crítico alemán—es San Francisco. Y aun los que más irreverente encuentran la frase, tienen que confesar que, en realidad, no existe ninguna figura histórica que tanto preocupe a los hombres, y no sólo a los hombres de fe, sino a todos los hombres que leen y que piensan, como la del pobrecito de Asís. No son, sin embargo, los últimos libros consagrados a estudiar la estupenda labor y la milagrosa influencia del fundador de la Orden de los frailes menores, los que determinan este movimiento franciscano. No es el «San Francisco» de Joergensen, ni el «San Francisco» de Sabatier, ni el «San Francisco» del padre Cherancé, ni el «San Francisco» de Lafenestre, los que están de moda. Por mucho que interese la obra del gran organizador, del gran constructor de conventos, del gran reformador del monaquismo medioeval, nadie se ocuparía de él en nuestra época, fuera de los especialistas en hagiografía, a no ser porque en su doble naturaleza hay, además del santo grave de los bolandos, otro que, pareciendo tal vez menos admirable, es, de seguro, más adorable. Me refiero al taumaturgo de *Las florecillas*, cuya sonrisa ilu-

mina toda la Edad Media. Y resulta vano decir como Gebhart, que *à ne considérer que le mystique des Fioretti on risque fort de diminuer le grand saint.*

* * *

Hasta empequeñecido como fundador de monasterios y como regenerador del cristianismo, el Hombre de Dios es más sublime entre las dulces leyendas del pueblo toscano que entre las páginas doctorales de los historiadores sensatos. Porque si hay algo que no tuvo nada que ver con él, es la sensatez. Animado de una locura divina, atravesó la existencia sin darse siquirea cuenta de que la razón era una cosa humana. Todas sus acciones, todos sus proyectos, todas sus palabras, fueron superiores a la medida común. Entre los pecados mortales que atormentaron sus noches, nunca apareció, vestida cual en el libro de Flaubert, aquella flaca e implacable lógica que en tantos apuros puso al triste San Antonio. Su sonrisa de niño bastábale para triunfar de las mayores imposibilidades. Todo en él era milagroso, por la fuerza misma de su ingenuidad. Apenas lo oían hablar, los teólogos sentíanse desarmados. ¿Cómo discutir con quien llamaba hermanos a los lobos, con quien dirigía discursos a los pájaros, con quien explicaba la doctrina de Cristo a las

piedras? A él, más que a nadie, el místico hemistiquio de Verlaine que reza: *êtes-vous fou vraiment, êtes-vous fou!*», se le puede aplicar sin irreverencia. ¡Fué tan excelso su desvarío! Los hombres del siglo XIV, lectores asiduos de las *Fioretti* y de la *Leyenda Aurea,* no podían evocar su imagen, aún fresca y casi viva, sin pensar en milagros infantiles o en fantasías extravagantes. ¿Os acordáis de la aventura muy auténtica de la predicación de la desnudez? El suave Marignolli la refiere en su capítulo XXX, con una unción evangélica. San Francisco, un día de buen humor, le ordenó al hermano Rufino que fuera hasta Asís desnudo, y que, desnudo, penetrara en la iglesia principal, y que predicara desnudo. En el acto Rufino, obediente hasta el sacrificio, despojóse de su hábito y cumplió lo que su maestro le mandaba. Pero apenas habían transcurrido unos minutos, cuando el fundador de la Orden franciscana, lleno de escrúpulos, empezó a pensar en la crueldad de su exigencia, y se dijo: «Por Dios, tú mismo vas a probar lo que obligas a los otros a ejecutar.» Y haciendo y diciendo, quitóse su manto y fuése desnudo hasta Asís, acompañado del hermano León. Y cuando la gente lo vió así, comenzó a reirse y a decir qué los ayunos le habían hecho perder la razón. En cuanto a los feligreses, que le vieron entrar en la iglesia y subir al púlpito sin ropa, tentados estuvieron de lapidarlo. Pero el hombre de Jesús púsose a hablar con tanto fuego de la pobre-

za y de la desnudez que Dios nos enseña, que al cabo de pocos instantes nadie parecía notar siquiera su falta de hábito y todos se echaron a llorar muy compungidos. «Luego—dice el redactor de las *Florecillas*—como el santo hubo visto al pueblo edificado en nombre de Nuestro Señor Jesús, bendijo a los habitantes de Asís y ordenó al hermano Rufino que se vistiera, y se vistió también. Y habiéndose puesto sus hábitos, loando a Cristo por haberle permitido vencerse a sí mismo y hacer ver a los hombres hasta qué punto el mundo debe ser despreciado, volviéronse los dos al convento de la Porciúncula.» Que este aspecto del gran santo toscano sea muy poco del gusto de los sabios doctores de nuestra época, se comprende. La dignidad moderna de la Iglesia no acepta sin repugnancia estas imágenes antiguas. Mas, afortunadamente, existen al margen de las obras hagiográficas destinadas a los seminarios, algunas miniaturas trazadas por las manos inocentes de los imagineros de antaño, que ninguna enseñanza teológica puede borrar y que perpetúan las gracias sencillas de los buenos milagreros que mejor nos conmueven. En las diez únicas líneas que nuestra Pardo Bazán consagra en su libro sobre San Francisco a las *Fioretti*, hay dos o tres que me complazco en copiar reverentemente. Helas aquí: «Es una serie de tablas del beato Angélico, un misal cubierto de viñetas iluminadas y de místicos arabescos.» Eso es, en efecto. Por eso los cristianos de siglos remo-

tos, que ni siquiera preveían el Concilio de Trento, comparaban la obrilla atribuída al fraile Marignolli, con el Evangelio. Los exégetas dicen esto en tono de censura, quejándose de que el buen cronista que recogió las leyendas dispersas para formar su manojo de rosas santamente aromático, haya demostrado un empeño verdaderamente visible en componer una obra como la de Marcos o la de Lucas. Pero los que creemos de buena fe que, aun sin premeditación ninguna de parodiar las Escrituras Sagradas, cualquiera que hubiera oído lo que contaban los cristianos de Toscana a raíz de la muerte del pobrecito de Asís, habría escrito del mismo modo, no criticamos el estilo de quien haya escrito las *Fioretti*. Toda la vida de San Francisco es un constante apostolado evangélico. Leyendo sus aventuras figúrase uno muy a menudo oir la palabra de los discípulos de Jesús. Y no es sólo en las *Fioretti*, donde esta semejanza nos sorprende. Todos los escritos franciscanos de los siglos XIII y XIV tienen el mismo sabor, el mismo perfume. Abramos, por ejemplo, la admirable *Leyenda Aurea*, tan popular durante la Edad Media. Un día, cuando Francisco era muy joven, en la Semana de Pascua, los hermanos de la Porciúncula habían preparado la mesa con más cuidado y más lujo que de costumbre, y viendo esto San Francisco, salió y se puso el sombrero de un mendigo que andaba por ahí y cogió un bordón de peregrino, y llamando a la puerta mientras los frailes cenaban, pidió

por el amor de Dios que le dieran algo de comer. Le abrieron y entró, y sentóse en el suelo y puso su plato en la ceniza. Entonces los hermanos le reconocieron, llenos de sorpresa. Y el santo les dijo: «He visto vuestra mesa aderezada suntuosamente y he pensado que hay más de un pobre que se quedaba fuera de la puerta.» La *Leyenda Aurea,* después de referir esta anécdota, agrega: «Amaba tanto a la pobreza, que la llamaba su amada; y cada vez que encontraba a alguien más pobre que él, poníase a llorar de envidia.» Ahora bien; decidme si hay, fuera del Evangelio, una frase igual. Es más: decidme si hay en el Evangelio mismo muchas páginas como ésta. Porque el cristianismo de Francisco es de tal naturaleza y tiene tales matices de humildad y de piedad, que Jesús lo habría tomado por modelo, con una cándida alegría que hace pensar en aquellos días idílicos de la Galilea, en los cuales los pescadores y las mujeres iban detrás del hijo del carpintero de Nazaret oyendo mágicas parábolas y contemplando hechos increíbles. El pobrecito de Asís recorría la tierra toscana obrando en toda simplicidad los más regocijados prodigios. El capítulo XXIV de las *Florecillas* nos refiere una historia que parece copiada de un Evangelio apócrifo por alguna comunidad oriental: «Seguido de doce hermanos de su convento, el pobrecito de Asís atravesó el mar, y se dirigió hacia Babilonia, donde era fama que un sultán pagano profesaba tal odio a Nuestro Señor,

que apenas uno de sus ministros aventurábase por sus territorios, veíase condenado a morir del modo más atroz del mundo. «Vamos a ganar la palma del martirio», decía lleno de regocijo el buen Francisco. Y, en efecto, apenas se hallaron en cierta ciudad, los arqueros apoderáronse de ellos y comenzaron a torturarlos sin piedad. Pero, como los santos hombres de Jesús, lejos de quejarse, parecían gozar en los potros, el sultán, lleno de extrañeza, preguntóles si eran seres sobrehumanos. «Pobres pecadores somos—contestóle Francisco—y tan viles y tan culpables, que por más que tus verdugos nos maltraten, nunca lograrán hacernos pagar ni la centésima parte de nuestras culpas.» Entonces el soberano oriental, iluminado por una súbita claridad del cielo, mandó que dejasen libres a los hermanos, y llevóse al santo a su palacio, y le pidió que lo instruyera en los misterios de su religión. Y como había cerca del palacio una cortesana, que era la más bella del mundo, el pobrecito de Asís fué a ella para convertirla. «Mi lecho está perfumado de aromas de Armenia—díjole la cortesana—». «En un lecho más bello vas a verme»—respondió Francisco, dándola cita en una hostería. Y cuando la pecadora llegó, encontróse con que el santo hombre estaba acostado desnudo en un horno lleno de carbones ardientes, sin que su rostro denotase el menor sufrimiento. «Ven aquí—díjole—y verás que éste es un tálamo de flores.» En el acto aquella mujer que ha-

bía vivido en una perpetua orgía, convirtióse a la fe de Cristo, y no contenta con arrepentirse de sus pecados, consagróse a la penitencia con tal fervor, que llegó a ser una santa.

* * *

Los historiadores severos se extrañan de que leyendas como ésta hagan olvidar casi por completo la obra de energía, de reforma y de organización del fundador de la Orden más poderosa que existe aún en el universo. Lo que admiran los Ozanam, los Renán, los Thode, los Sabatier, los Lemmonier y los Pardo Bazán en la existencia del hombre de Asís, es la magnífica obra del constructor y del apóstol. Apareciendo en la época en que más duro se mostraba para con los desheredados de la fortuna el orgullo feudal, el santo hombre tuvo la idea de recoger el Evangelio, a la sazón confiscado por el clero soberbio, y de abrirlo ante los ojos del pueblo. En el acto el cristianismo pareció como remozado, como agrandado, como embellecido. Los que sufrían hambre y sed de justicia, fueron al nuevo profeta de bondad con los brazos abiertos. Lo que hasta entonces había parecido al vulgo un misterio lleno de amenazas, hecho para aumentar el peso de sus cadenas, se trocó de pronto en un alcázar luminoso. Los po-

bres, los humildes, los esclavos de la gleba, los oprimidos por el poder militar, los abandonados de la misericordia, reconocieron al Dios todo bondad y todo perdón en las imágenes nuevas.

Con una energía indomable, el reformador iba de un extremo a otro del mundo medioeval, llevando su poderoso ejército de frailes libertadores. En cuanto encontraba un lugar propicio, edificaba un convento, que era como una fortaleza de dulzura alzada frente a los castillos de los barones opresores. La construcción del primer monasterio franciscano en la Porciúncula, es como un símbolo de toda labor del pobrecito de Asís.

En vez de escoger un campo libre en las dulces llanuras toscanas, el santo se detuvo al pie de una capilla en ruinas, que databa del siglo IV, y en el sitio mismo en que los imitadores italianos de San Antonio habían gemido ante los desfiles de las más horrendas visiones diabólicas, reunió a sus primeros discípulos para orar sin llorar. «El cristianismo—parecía decir con su ejemplo—no es una religión de lágrimas y de terrores, sino un rayo de eterna alegría.» Y esta sola idea, que hoy mismo parece herética a los partidarios de una Iglesia sombría, representaba, en las tinieblas medrosas de la Edad Media, una revolución inmensa contra el fanatismo y hasta contra el dogmatismo. La letra, tan cara a los concilios, parecía cosa menos esencial a Francisco que el espíritu Los que, con gran escándalo de los seminarios, aseguran que predica-

ba «fuera del dogma», no se equivocan en el fondo. Como el Hijo del Hombre diciendo a la samaritana: «No es ni el monte Sión, ni en el monte Garisín, donde hay que invocar el nombre de Dios, sino en el santuario de nuestra alma», el pobrecito de Asís exclamó ante los fanáticos de su época: «No es la doctrina católica la que importa, sino el espíritu cristiano.» Y este espíritu, este divino y vertiginoso espíritu de mansedumbre y de misericordia infinitas que hacen del Evangelio la obra más sublime de la humanidad, en ninguna parte se encuentra luego tan puro, tan absoluto, tan adorable, como en las *Florecillas*.

* * *

Cuando digo las *Florecillas* no me refiero exacta y únicamente al librito encantador que leen las damas parisienses en las traducciones de Theodore de Wizewa y André Peraté, sino a todas las leyendas que los hagiógrafos de la Edad Media inscribieron beatamente en sus memorias franciscanas, pues creer, como Gerbhadt, que el padre Marignolli fué en el siglo XIV el primero en redactar las historietas que corrían dispersas en los labios de los creyentes de antaño, es caer en un error evidentísimo. Desde mucho antes, existía ya, si no me equivoco, el *Speculum Perfectionis*, que el

erudito Paul Baudry se empeña siempre, no sin razones valiosas, en atribuir al fraile León, compañero de Rufino y testigo ocular de los prodigios que refiere. Pero en todo caso, y aun dando crédito a la autenticidad del *Speculum*, siempre tenemos un documento del siglo XIII que contiene casi tantas flores legendarias como el ramillete de las *Fioretti*, y que es la popular *Leyenda Aurea*. En la obra de Jacopo de Vorágine, en efecto, se encuentran, con menos detalles, pero no con menos encanto, las más bellas anécdotas franciscanas. Los demonios de Arezo, a quienes el santo les dijo sin enfadarse: «Salid de esta ciudad», y que huyeron al sólo verlo; los pajarillos que se callaron para oirlo y que luego le demostraron su amor con los gorjeos más suaves; la cigarra que abandonó su higuera para cantar en su mano; la resurrección de la muchacha de Castro Pomereto; otras cuantas sabrosísimas consejas místicas, en fin, están en la *Leyenda*. Y lo que es más, toda la atmósfera de mansedumbre, de misericordia y de dulzura que nimba la santa cabeza, está también ahí. «Marchaba—dice Jacopo de Vorágine—con precaución sobre las piedras, acordándose del príncipe de los apóstoles; quitaba del camino a los gusanillos, por miedo de que los caminantes los aplastaran al pasar; a las abejas, en invierno, cuando temía que se helaran en sus panales, hacíalas llevar la mejor miel y los mejores vinos de su convento. Lamaba hermanos a todos los animales, y

cuando contemplaba la luna, el sol y las estrellas, se sentía lleno de júbilo e invitaba a esos astros a amar a Dios.» ¿No está ya en estas líneas toda el alma del hombre de Asís, con todo su amor de la pobreza, con toda su dulce misericordia y también con todo su inefable desvarío?

* * *

Lo que realmente constituye la originalidad de las *Florecillas* no es su fondo anecdótico y milagroso, sino su forma evangélica, ya antes indicada, la cual da un sabor de parábolas a ciertas historietas, y que en todas las páginas pone en evidencia el cuidado místico con que Francisco seguía paso a paso las huellas de Jesús de Galilea. Desde el principio, en efecto, la influencia de los sinópticos, la de Marcos en particular, es sensible. «Es preciso, pues, saber—dice Marignolli en el capítulo inicial—que nuestro bienaventurado padre en todos sus actos ha sido conforme al Cristo; pues así como el Cristo bendijo, al principio de su predicación, escogió a doce apóstoles que lo abandonaron todo por seguirlo, así el bienaventurado Francisco escogió a doce compañeros, que por su parte se desposaron con la santa pobreza; y lo mismo que uno de los doce apóstoles se ahorcó con una cuerda, uno de los doce compañeros susodichos

se colgó también con una cuerda; y lo mismo que los apóstoles fueron un objeto de admiración para el mundo entero, por estar llenos del espíritu santo, los muy santos compañeros de San Francisco fueron hombres de tal santidad, que desde el tiempo de los apóstoles el universo no había visto nada semejante; y uno de ellos fué elevado hasta el tercer cielo, a saber, Egidio; y otro fué tocado en los labios por un ángel con un carbón inflamado, como antes Isaías, es a saber, el hermano Felipe el Largo; y otro, el hermano Silvestre, platicaba familiarmente con Dios como un amigo conversa con otro. Y otro, San Bernardo, de todos el más humilde, se elevaba hasta el cielo de la divina sabiduría e interpretaba los pasajes más profundos de las Escrituras.» Esto no es todo.

A medida que el hombre de Asís avanza en santidad y en prestigio, su evangelista lo ve parecerse cada día más a su divino modelo. Los que lo encuentran, descubren en sus manos y en sus pies los estigmas de los clavos de la cruz. Los que lo oyen, perciben en su voz los dulces ecos de la voz de Jesús. Los que lo siguen, asisten a cada instante a prodigios idénticos a los del apostolado de Galilea. Los que se acercan a él, en fin, se sienten como transportados a la aurora del mundo cristiano. En este sentido, el capítulo VII es de una elocuencia tan grande, que a veces, leyéndolo, se figura uno tener ante la vista una página evangélica. Solo, sin provisiones, sin abrigo, el po-

brecito propúsose pasar, como su maestro, cuarenta días en un lugar desierto, para meditar y hacer penitencia. Sus discípulos lo acompañaron hasta una isla inculta del lago de Perusa y ahí lo dejaron desde el miércoles de ceniza hasta el jueves santo, sin más alimento que dos panecillos. Y cuando volvieron a buscarle, vieron que sólo faltaba la mitad de uno de aquellos panecillos.

Las palabras mismas del Hombre de Dios son como continuaciones de los discursos del Hijo del Hombre. Hablando con una sencillez que nadie, sino Jesús, había tenido antes, y que nadie después ha igualado, dijo las cosas más sublimes de la manera más ingenua. «¿Cómo puedes hablar así?»—preguntóle un día uno de sus compañeros que le oyó, en medio de un páramo donde carecía de todo, celebrar sus tesoros. Y el santo le contestó: «Esa pobreza a que aludes es precisamente lo que yo considero cual un tesoro, es decir, el no tener nada de lo que prepara la industria humana. Todo lo que tenemos nos lo ha deparado la divina providencia, como lo revela la obtención del pan y el hallazgo de una piedra que nos sirve de mesa tan hermosa, y de una fuente de agua pura. Y por esto entiendo que debemos pedir a Dios que nos haga amar con todo nuestro corazón este tesoro de la santa pobreza que nos ha sido ofrecido por Dios mismo. Este tesoro es tan bello, tan divino, que no somos dignos de poseerlo a causa de nuestra vileza, pues la pobreza es

aquella virtud celestial que se sobrepone a todas las cosas humanas y transitorias y que destruye todos los obstáculos que impiden al alma humana ir a reunirse libremente con Dios eterno. Gracias a ello, los hombres pueden, aun estando en este mundo, elevarse hasta el cielo, pues los que lo poseen tienen al mismo tiempo las virtudes de la humildad y de la caridad. Vamos, pues, a pedir a los apóstoles de Cristo, a Roma, que intercedan para que Nuestro Señor nos otorgue tan preciosa gracia.» Lo que los vicarios de Cristo, que entonces vivían en Roma, contestaron al santo cuando les pidió la receta de la divina pobreza, las *Florecillas* no nos lo dicen. En su sencillez evangélica, el padre Marignolli prefiere dejar a los historiadores graves la crónica de las relaciones del fundador de los terceros con los magnates de San Juan de Letrán y la de las mil dificultades que tuvo que vencer antes de que su obra fuera francamente protegida y apoyada por aquel gran papa que se llamó Inocencio III. Lo único que le interesa y lo único que nos cuenta, son los coloquios del Hombre de Dios con Jesús, en la sombra de las iglesias, y sus milagros en las aldeas toscanas, y sus viajes regocijados a través de Europa y sus relaciones fraternales con las tórtolas, y con los lobos, y con los malhechores. «Dios—dice—lo había creado para derramar por todas partes el bálsamo de la gracia, que guardaba en el ánfora de su alma peregrina.» Por eso hablaba con las bes-

tias feroces y con los pajarillos. Por eso iba a predicar desnudo a Asís. Por eso llamaba hermanas a las piedras. Por eso dirigía endechas místicas al agua. Y poco importábale que los cardenales, y los magnates, y los burgueses de su siglo, le llamaran loco y se burlaran de él. En su clarividente candidez, sabía que todo lo grande en este valle de lágrimas está fuera de la razón humana. ¿No acusaron a Jesús sus propios parientes de insensatez? ¿No lo apedrearon sus paisanos al verlo rodeado de malvados y de pecadoras? Pues entonces, ¿por qué no seguir la misma vía? Y la misma vía siguió, con escándalo de sus frailes, que no siempre sabían penetrar hasta el fondo de sus designios y comprender toda la hermosura de sus acciones. Así, sucedió un día que tres bandoleros que asolaban la comarca, encontrándose, sin duda, perseguidos por la justicia, quisieron pasar la noche en el convento de monte Casal, y llamaron a la puerta. El padre guardián, que tenía, como todos los hombres mediocres, un santo horror de los ladrones, recibiólos de mala manera y, lejos de dejarlos entrar, amenazólos furiosamente. Los bandoleros siguieron su camino profiriendo amenazas de muerte contra los religiosos. Pero, apenas había terminado aquella escena, llegó San Francisco al monasterio y preguntó si no pasaba nada. Al enterarse de lo que acababa de suceder, dijo al guardián: «Mal has obrado, hermano, y para castigarte te exijo, en nombre de la santa

obediencia, que cojas el pan y el vino que poseemos, y corras por los montes hasta dar con los bandoleros, a quienes, en mi nombre, les harás este presente. Diles también, de paso, que si quieren prometerme no hacer más daño al prójimo yo me encargo de subvenir a todas sus necesidades.» Los bandoleros comieron y bebieron. Luego, meditando en las tristezas de la vida y comprendiendo la santidad de quien así los protegía, decidieron acudir al pobrecito de Asís para pedirle que intercediera por ellos para que sus pecados les fueran perdonados. El santo los recibió con dulzura, invitándolos a tratarlo como hermano. Después, en una plática sencilla, sin hacer alusión al infierno y sin hablar más que de la dulzura, de la bondad y de la honradez, explicóles que nada es tan fácil como obtener el perdón de Dios cuando se pide con toda sencillez de alma. Y como los malhechores mostráronse arrepentidos y declararon que se proponían seguir la senda de la virtud, Francisco los aceptó en calidad de compañeros y les dió el hábito de su Orden. Lo que murmuraron los frailes, fácil es adivinarlo, puesto que las *Florecillas* nos dicen que el hombre del Señor les contestó con aquellas sublimes palabras de Jesús que rezan: «No son los sanos, sino los enfermos los que han menester del auxilio del médico. Y yo no he venido para llamar a mí a los justos, sino a los pecadores.» La víspera, sin embargo, un joven de noble estirpe y de reconocida piedad habíale pedido que

lo admitieira entre sus religiosos, y el santo había comenzado por decirle: «Temo que no te convenga nuestra existencia.» Esto que, sin duda, a un obispo de aquella época y de todas las épocas, le parecería absurdo, contiene la esencia de la excelsitud franciscana en el espíritu de su fundador.

* * *

Ahora bien; ¿puede decirse, como lo dice Ghebardt, que un libro que así nos hace conocer al más adorable de los santos, sea menos estimable que las obras que nos lo presentan en su aspecto de grave reformador del monaquismo y de la concepción cristiana de su época? En Dios y en mi ánima, no lo creo. Lo que al ilustre sabio francés parécele que «hace caer en la vulgaridad de la imaginería religiosa» la divina figura, se me antoja, por el contrario, el verdadero cuadro, fuerte y durable, de la faz bienaventurada. Porque aunque el pobrecito de Asís no hubiera dejado una organización secular, aunque no hubiera creado un mundo monástico, aunque en nada hubiera influído en el desarrollo de la Iglesia, su santidad sería sublime y su leyenda inefable, nada más que por haber sabido cantar la pobreza como un poeta sin igual y por haber predicado, cual un divino loco, para los pájaros, para los lobos y para las cigarras salvajes.

NUESTRA SEÑORA
DE LOS OJOS VERDES

L entrar en el antiguo convento que Roger de Flor había escogido para establecer su residencia, la princesa María exclamó, haciendo un mohín de asombro:

—¡Esto parece una madriguera!

Y realmente era aquel caserón una antigua guarida de monjes piratas. La gente del pueblo llamábalo el monasterio Viejo. Pero mejor que un monasterio, parecía una fortaleza con sus murallas almenadas, su torre del homenaje y su puente levadizo que se abría ante el puerto. Nada más rudo, nada más hosco que su fachada negra. Sin embargo, dentro de sus muros había un jardín tan admirable y tenían los mosaicos de su claustro tal fama, que Roger lo había preferido a todas las demás residencias señoriales de la ciudad.

—En Andrinópolis misma—decía a su esposa, enseñándole desde una ventana el bello huerto conventual—no hay flores como éstas.

Ella repetía entre dientes:

—Una madriguera...

—Fíjate en los mosaicos... Los del palacio de Bizancio, donde tú te criaste, y que perpetúan las hazañas del emperador Manuel, no son tan bellos...

Estos son la maravilla de las maravillas del arte... Míralos bien... Míralos con atención...

Con atención los miraba la princesa. Sólo que en vez de encontrarlos más bellos que los de su alcázar de Blanquernes, tan ricos en oro, hallábalos pobres y tristes, con sus tonos monótonos de ocre, de púrpura y de azul. Eran obras ejecutadas en una época muy lejana por un mosaísta desconocido, que había empleado toda su vida en ellas. Sus diversos cuadros representaban la vida de San Cristóbal, con los detalles de sus proezas guerreras y de sus correrías aventurosas. Bajo cada episodio, una cartela de marfil, escrita en minúsculos caracteres griegos, explicaba la escena, según el texto ingenuo y seco del gran logoteta Simeón Metafrastes, que escribió la vida de los santos en tiempo del emperador Constantino Porfirogéneta. «Cristóbal—decía la primera glosa—era de la tierra de Canaán, y tenía una estatura tan grande que, de lejos, parecía una torre.» Y encima de las letras, el santo erguíase más alto que las montañas que lo rodeaban, de modo que su cabeza rizosa perdíase entre nubes azules. Luego aparecía el gigante junto a un monarca de luengas barbas, en el momento en que un hombre cantaba, acompañándose con una lira, romances heroicos. Y el texto decía: «Se lee en la historia de su vida que cuando estaba cerca de un rey del país de Canaán, se le ocurrió ir a servir al más gran rey del mundo, y así llegó adonde había un rey cuya fama

era superior a la de todos los demás reyes. Y un día, un juglar acertó a pasar para cantar ante el rey, y cada vez que el juglar mentaba al diablo, el rey hacía la santa señal de la cruz, lo que Cristóbal vió. Entonces preguntó al rey por qué, y el rey le dijo: «Porque todas las veces que oigo mentar al diablo, tengo miedo de que se apodere de mí.» Y Cristóbal replicó: «Si teméis al diablo, eso prueba que es más fuerte que vos... Así, pues, me he engañado y no sois el más gran rey del mundo. Voy a ir en busca del diablo para ponerme a sus órdenes.» Y se despidió del rey y se puso a buscar al diablo. En el tercer mosaico, el hombre enorme aparecía en compañía de un ser terrible, coronado de cuernos, cuyos ojos echaban fuego. Y el texto decíaa sí: «Cristóbal, de la tierra de Canaán, encontró al diablo, el cual iba a la cabeza de una gran masa de soldados. Y en el acto púsose a servir bajo sus órdenes, pensando que no podía haber ningún rey más poderoso en el mundo. Pero sucedió un día que viendo una cruz, el diablo se puso a temblar. Y Cristóbal le preguntó por qué temblaba, a lo que el diablo contestóle que era porque en aquella cruz había estado Jesús, al cual le tenía mucho miedo. Entonces Cristóbal se dijo que Jesús tenía que ser un rey más poderoso que el diablo, y se puso a buscarlo por los caminos.» En el siguiente mosaico el gigante atravesaba un río, llevando a cuestas a un niño de aspecto divino. Y el texto decía: «En un de-

sierto encontróse con un ermitaño, que lo interrogó sobre un río en el cual perecían muchos viajeros, recomendándole que allá se fuera y se consagrara a pasar a los que querían transponer el río. «Eso me gusta»—exclamó Cristóbal. Y allá se fué a cargar sobre sus hombros formidables a los viajeros para que no se ahogaran. Y el último que acertó a pasar, fué Nuestro Señor el rey Jesús, y Cristóbal lo llevó en sus brazos y así fué santificado después de haber servido a los reyes y a los demonios.»

Esta leyenda tenía, por fuerza, que interesar al antiguo monje templario que, cambiando de rey con frecuencia, había llegado a un punto en que su propia fortuna parecíale definitivamente y cristianamente establecida. Pero la princesa no tenía las mismas razones para admirar los mosaicos arcaicos, y confesó con franqueza que cualesquiera colgaduras le serían más gratas.

Entonces Noger comenzó a hacer desembarcar todos los tesoros amontonados en sus galeras, a pesar de la opinión de sus capitanes.

—Esta tierra hostil es menos segura que el buen mar—asegurábale Berenguer de Entenza al ver su deseo de poner a la vista de toda la compañía las riquezas adquiridas en cien saqueos.

Y el rudo Muntaner, que en su calidad de capitán de la plaza tenía a su cargo la policía de la plaza, exclamaba, cada vez que veía pasar un carro lleno de muebles, de telas, de estatuas:

—¡Malhaya las tentaciones!

Pero los que con más claridad expresaban la idea general, eran los dos hermanos Corbau, que iban de taberna en taberna, haciendo la cuenta de lo que le tocaría a cada hombre de a caballo y de a pie, si se vendieran aquellos tesoros amontonados por el César.

—Hay más oro en esos cofres que en el palacio de los Blanquernes—aseguraba el mayor.

Y el menor decía:

—Yo he visto hasta seis docenas de iconos, más grandes que nosotros, y que son de oro macizo. ¡Dios sabe en qué iglesia los pilló nuestro César! En la estancia de la Señora María hay tres de esos iconos, que brillan más que los de Bizancio.

En realidad, no había ni tales docenas ni tal oro. La única estatua que los soldados podían ver en el palacio, era la de una bailarina, que los cruzados de Balduíno olvidaron en el saqueo de la ciudad, y que Roger halló en uno de sus paseos por el Sosteno. Pero ni era de oro, ni estaba firmada por un artista ilustre. En tiempos antiguos, según una inscripción del poeta Palladas, que aún leíase en su zócalo, «había sido dorada por el hijo de Saturno que, encontrándola bella, se había complacido en acariciarla cual antes a Dánae». Ahora de aquel dorado no quedaban sino unas cuantas manchas brillantes en el pecho verdoso.

Otros mil objetos, en cambio, eran realmente de oro y tenían incrustaciones de pedrerías de un

valor inestimable. Con su instinto artístico, sutilmente cultivado durante su estancia en Roma, y con su codicia insaciable de pirata épico, Roger de Flor sabía distinguir, aun entre el desbarajuste de las batallas, los tesoros de más precio. Cuando su deseo de poseer algo lo aguijoneaba, no tenía ninguna clase de respetos humanos ni divinos. Amigos y enemigos, todos eran víctimas de sus caprichos de coleccionista.

—La única diferencia—decía con su ruda franqueza Muntaner—es que a los amigos les da un papel reconociendo haberse apoderado de sus bienes, mientras a los enemigos les da un pase para el otro mundo.

Hasta la vajilla de oro que en Bizancio le diera prestada el emperador para adornar sus aposentos del Cosmidión, la había hecho embarcar con sus equipajes, a pesar de que los funcionarios le aseguraron, respetuosa, pero terminantemente, que aquello era contrario a la etiqueta.

—Yo me río de la etiqueta—habíales contestado.

Y, efectivamente, al principio, todo el ceremonial complicado de la corte del basileo antojábasele ridículo e inútil. En la tarde misma de su llegada a Bizancio, un grave curopalata entrególe, en nombre del césar Miguel, un ejemplar ilustrado con miniaturas antiguas del célebre *Libro de las ceremonias.*

—¿Qué cuaderno ese ese?—preguntó con desdén.

—Es la Biblia de la etiqueta.

—Pues llévatelo y tráeme el poema de Diógenes Akritas, que tengo ganas de leer hace tiempo, y que no se encuentra en Occidente.

Pero más tarde, a fuerza de figurarse que por el hecho de su casamiento con una princesa bizantina ya formaba parte de la familia sagrada, fué aficionándose poco a poco a la solemnidad de la corte. El libro de Porfirogéneta, antes desdeñado, no sólo no le era ya indiferente, sino que hasta le parecía un evangelio. En Galípoli, sobre todo, teniendo su corte, llamándose César, sintiéndose soberano, se fué haciendo cada día más amigo de la etiqueta.

Así, mientras su lugarteniente, el caballeresco Berenguer de Entenza, reíase de su propio título de Megaduque y le ponía a su caballo el capuchón sagrado de su «scaramangión» de ceremonia, Roger, muy convencido de su carácter augusto, no recibía nunca a sus capitanes del Gran Consejo sino vestido con su túnica azul igual a la del Basileo, y cubierto con su birrete regio. Para que todas sus tropas se enterasen bien de la importancia del título de César, Muntaner había recibido el encargo de redactar en catalán y en castellano una orden del día, que cada oficial debía pregonar a los hombres de su hueste. Aquel documento rezaba: «Hay que saber, porque es verdad, que nuestro señor Roger ha recibido en su último viaje a Bizancio, de manos del empera-

dor Andrónico, que Dios guarde, el bastón, el gorro, la señera y sello del imperio, así como el vestido correspondiente a su nuevo oficio, que es el de César. Y el oficio de César se distingue por sentarse el que lo ejerce en una silla que está cerca de la del emperador, sin más diferencia que ser medio palmo menos alta; además puede hacer en el imperio tanto como el mismo emperador, de modo que puede hacer donaciones perpetuas, disponer del Tesoro, imponer tributos y hacer ahorcar y arrastrar; por fin, todo cuanto hace el emperador puede el César hacerlo, y aún más, pues firma llamándose *César de nuestro Imperio,* y cuando le escribe al emperador le llama *César de tu Imperio.* ¿Qué se os dirá? No hay diferencia alguna entre el emperador y César más que la altura indicada de la silla y que el emperador usa gorro y traje encarnado, mientras el César lleva así el gorro como las vestiduras azules con orlas de oro. Hay asimismo que saber que no existe quien haya ejercido este oficio en el Imperio de Constantinopla desde cuatrocientos años antes, por la cual razón es de mucha mayor importancia el honor que adquiere.»

Además de esta proclama, cada capitán recibió otro escrito para que lo diera a conocer a sus soldados. Y este otro escrito decía: «Hay que saber que el emperador cede al César todo el reino de la Anatolia junto con las islas de Rumanía, y que en cuanto se encuentre en el mencionado reino

repartirá las ciudades, villas y castillos entre sus vasallos, con la obligación de aprestarle cada uno cierto número de caballos armados.»

Como es natural, este segundo escrito producía entre los españoles una impresión más honda y más agradable que la primera. Porque, al fin y al cabo, que Fray Roger hubiese obtenido un título sonoro y un traje espléndido cuando lo que iba a buscar era dinero, no arreglaba para nada la situación de la Compañía. Las promesas de grandes esplendores futuros, en cambio, eran un bálsamo para las miserias actuales.

Tendremos las tierras de la Anatolia—pensaban todos.

Y los capitanes, por orden de Roger, explicaban:

—Esas tierras que hemos de ocupar en cuanto pase el invierno, son las que se hallan enfrente, del otro lado de los Dardanelos, y que tienen tantos pueblos como todo el Occidente junto, de modo que para cada uno habrá. Mas, esto no es todo. El emperador ha permitido que nos apropiemos también de un modo definitivo aquello que ganemos a los turcos, ya sean caballos, castillos, ciudades o campamentos. El invierno pasado estuvimos en varios lugares de la Anatolia y hasta llegamos hasta el límite del reino de Armenia, que fué donde vencimos a los turcos de la gavilla de Alía en la huerta de Anía. Pero por mucho que hayamos visto, no concemos sino una parte muy insignifi-

cante de lo que el emperador ha dado a nuestro César, pues las tierras de la Anatolia son las mayores del Imperio, además de ser muy ricas.»

Al oir tales palabras, no había quien no sintiera más o menos confusamente que todo aquello que había soñado durante las noches de fiebre, después de una victoria, convertíase en realidad. Un reino entero iba a pertenecer al César, y según la costumbre establecida en la Compañía desde los tiempos ya lejanos de las correrías de Sicilia, aquella nueva presa se repartiría entre todos, como se había repartido antes el botín de guerra. ¡Un reino para ellos! ¡Y qué reino! Los que menos importancia le atribuían, contaban siempre con infinidad de ciudades y de castillos en un espacio más grande que la mismísima Europa. Por la tarde, a la hora del vino y de los naipes, entre dos partidas graves y tres tragos serios, cada español tenía alguna pregunta que dirigir a los mercaderes orientales, que traían de regiones lejanas los perfumes y las telas expuestas en el bazar y, sobre todo, las reliquias vendidas en los atrios de las iglesias. Las respuestas, naturalmente, eran de una vaguedad desconcertadora. Deseosos los comerciantes de halagar a los soldados, complacíanse en poner entre los límites del Asia menor todas las ciudades cuyos nombres eran legendarios.

—La Anatolia—decían unos—es la tierra del Oriente hasta Jerusalén, donde está el Santo Sepulcro y el templo de los judíos...

Otros no se detenían en la Siria, sino que ofrecían a la codicia de los conquistadores las comarcas árabes de la Mesopotamia hasta el golfo Pérsico.

—¡Bagdad!—exclamaban, levantando los brazos al cielo—. ¡Bagdad, que es más grande y más rica que Bizancio, va a ser vuestra!...

O bien:

—¡Vais a poseer Medina y los tesoros del Profeta y las mezquitas de oro y los monasterios de piedras preciosas!

Entre los más elocuentes orientales, un armenio hízose célebre por sus discursos geográficos adornados de recuerdos bíblicos y de descripciones de ciudades. Todo lo conocía. En todas partes le había pasado algo. Sus manos habían tocado todas las piedras santas. Para todos los casos apurados disponía de un consejo, y para todas las heridas de un bálsamo.

—Si un día venís a mi nación—decía a los españoles—, os alojaré en mis jardines, que son los más vastos de Armenia, y pasaréis el tiempo que os plazca en una beatitud infinita, sin tener que gastar un maravedí.

—Puesto que eres rico en tu patria—contestábanle a cada momento los soldados—, ¿por qué andas por el mundo tan miserablemente?

—Por un voto sagrado—murmuraba.

Y luego, juntando sus manos en un gesto de

oración, refería, por la milésima vez, su eterno romance:

—Habéis de saber, hijos míos, que mi padre fué un famoso médico que curaba todos los males, y que yo aprendí con él la ciencia de las plantas milagrosas y de las fórmulas infalibles. Durante más de cuarenta años salvé de la muerte a aquellos que caían enfermos en mi comarca. Los príncipes, como los mendigos, iban a mi casa y encontraban igual tratamiento, porque todos los hombres son hijos de Dios. Pero sucedió que un día mi propia hija, la más linda doncella que han vista los ojos del hombre, cayó mala, sin que yo acertase a darme cuenta de la esencia de su mal. En vano consulté todos los libros de Persia y de Siria que mi padre me legó entre sus riquezas. En ninguno encontré el nombre de aquella enfermedad, que consistía en tener los ojos cerrados sin cesar y en lanzar a cada momento unos suspiros que me partían el corazón como alfanjes infieles. Entonces me decidí a recitar ante su lecho de dolor todas las fórmulas infalibles que existen en el mundo, y así pasé una luna entera orando a sus pies. Mas esto fué inútil también. Después de mucho llorar, oí una voz que me decía: «Levántate y corre por el mundo en busca de las ocho reliquias, que son: la madera de la cruz, las espinas de la corona, los cabellos de la Virgen, las vestiduras de Nuestro Señor, la túnica de San Pedro, el maná de San Juan, la sangre de los Ino-

centes y las lágrimas del Espíritu Santo; cuando tengas las reliquias, vuelve aquí y colócalas junto a la frente de tu hija, y en el acto la verás sanar, porque su mal no es causado por la enfermedad, sino por la voluntad de Dios, Nuestro Señor.» Levantéme, y sin tornar los ojos hacia atrás, emprendí mi romería, que, por fortuna, pronto habrá terminado, pues sólo tres de las reliquias me faltan, a saber: las lágrimas del Espíritu Santo, el maná de San Juan y la sangre de los Inocentes degollados por Herodes. Las demás, las tengo. Tengo una astilla de la cruz, que yo mismo corté en Jerusalén. Tengo una astilla de la santa Corona, que le compré a un judío. Tengo un hilo de las vestiduras de Jesús, que no puedo decir cómo logré. Tengo otro hilo del vestido de San Pedro, que me dió un santo ermitaño del desierto. Tengo, en fin, un cabello de la Santa Virgen, que brilla como si fuera un rayo de sol. En cuanto a la sangre de los Inocentes, pronto la tendré asimismo, pues, aquí cerca, en el golfo de Mármara, es donde se encuentra.

Una vez que el armenio contaba su historia, echáronse a reir varios marineros oyendo esto de que en el mar que ellos conocían tanto pudiese hallarse aún la sangre vertida por Herodes miles de años antes. Pero el capitán Muntaner, encontrándose presente, mandólos callar y le dijo:

—Lo que este hombre asegura no es falso, pues realmente sucede en aquel golfo un milagro, y es

que siempre se encuentran en él unos rastros de sangre, tamaños como una cubierta, y los hay mayores. Esto tiene su origen en la matanza de los Inocentes, que sucedió ahí, y desde aquel tiempo acá ha existido y existirá siempre. La pura verdad es todo ello, y de tal sangre yo mismo he cogido con mis propias manos.

—Y el maná de San Juan, ¿lo enconntrará también?—preguntó entonces un soldado.

—Sí, lo encontrará—repuso Muntaner—, y será en Efeso, donde algunos de vosotros habéis estado cuando fué allá el almirante Berenguer de Rocafort. Sólo que vosotros llamáis aquel punto Altoilock, que es como se le nombra hoy, pero, en realidad, es Efeso. Y hay allí un monumento en que vivió mi señor San Juan después de despedirse del Pueblo, y al cual fué a buscarlo una nube de fuego para llevarlo al Cielo en cuerpo y alma. Cada año, el día de San Esteban, a la hora de vísperas, brota de dicho monumento, que es de mármol y de forma cuadrada, un maná de flor, que sale por varios agujeros y se eleva más de un palmo, durante toda la noche, y luego todo el día de San Juan, y tanta es su abundancia, que de seguro formaría el todo más de tres *quarteres* de Barcelona.

Ante esta explicación del más respetado de los jefes de la hueste, nadie se atrevió ya a dudar de la palabra del armenio, ni hubo siquiera quien le preguntara de dónde iba a sacar las lágrimas

del Espíritu Santo. Lo que sí le preguntaron todos, y muy a menudo, fué los nombres de las ciudades de Anatolia y de las islas de Domanía, que habían de ser de ellos. Cada guerrero tenía su curiosidad especial, y mientras unos querían saber en dónde se hallaba más oro, o más reliquias, o mejores caballos, otros se informaban de la belleza de las mujeres y de la calidad de los vinos. El armenio tenía respuesta para todo y para todos; pero, para hacerle hablar, había antes que darle de beber. Con su aspecto raquítico y con su decrepitud visible, su resistencia era tal, que aun los más famosos borrachos de la Compañía le envidiaban.

—Antes de hablar—decía—, hay que calentarse el cuerpo.

Y con la facilidad con que otros apuraban una copa, él se bebía un jarro.

Luego poníase a evocar las grandezas de las ciudades de la Anatolia, con una escrupulosidad geográfica de que los mercaderes eran incapaces. De cada comarca tenía un recuerdo. En Nicópolis, donde las sedas son admirables y parecen tejidas para mantos regios, había salvado de la muerte a un santo patriarca... En Nicomedia, cuyas riquezas son tan grandes que bastarían para comprar los tesoores de todos los emires, habíasele perdido una noche la mejor de sus reliquias... En Esmirna había vivido un año, y no había podido contar todos los palacios... En Nicea era donde los conventos estaban llenos de pedrerías...

Y en sus discursos, las leyendas cristianas mezclábanse a menudo con los cuentos paganos.

—Uno de los ídolos que podéis conquistar—aseguró un día dirigiéadose a Muntaner y a Berenguer de Rudor—es el de Artaqui que, sólo de oro, pesa más de mil onzas, y ya sabéis que Artaqui está aquí al lado y que es el país de la bella Helena.

—Te equivocas—contestóle Muntaner—, pues el año pasado estuvimos allí y no encontramos el ídolo. Lo único que encontramos es el castillo que Páris mandó construir cuando, a fuerza de armas, hubo preso a la esposa de Menelao, y este castillo yo lo he visto...

—Yo también—exclamó el armenio—. Es todo de mármol blanco y de oro puro, y tiene en cada uno de los ladrillos de su pavimento una piedra preciosa.

—¿Y ese castillo también será nuestro?—preguntaban los soldados.

—También—respondían los capitanes.

Pero aquella vida de esperanzas y de ensueños en que la hueste entera olvidaba sus penas reales acariciando imágenes de futuras grandezas, no podía durar eternamente. Un mes después de la publicación de la orden del día relativa a la soberanía de Roger en toda la Anatolia, la situación llegó a ser insostenible. Los soldados quejábanse de no recibir su paga y los capitanes desconfiaban del César. Al pie de los muros del Monasterio Viejo

amontonábanse por la noche los descontentos y, al amparo de la sombra, lanzaban al jefe supremo los más crueles insultos.

—¡Ladrón!—gritábanle unos.

—¡Traidor!—decíanle otros.

¡Allá arriba, en las amplias cuadras claustrales, convertidas en estancias de cuento oriental gracias a las riquezas amontonadas en las galeras en diez años de pillajes, la princesa María temblaba, mientras el césar Roger mordíase de rabia los labios.

Una tarde, la víspera de Navidad, presentáronse en la cámara regia los tres más famosos compañeros de Roger, que eran: el megaduque Berenguer de Entenza; el senescal de las tropas, Berenguer de Rocafort; el comandante de la plaza, Ramón Muntaner. Y como los tres fruncían el ceño y parecían preocupados, Roger llamólos aparte, y llevándolos a una galería donde no había como adornos sino trofeos de cascos, corazas, picas y espadas, rogóles que hablaran con franqueza. El megaduque tomó entonces la palabra, y se expresó de esta manera:

—La situación es más grave de lo que tú te figuras. Nuestros hombres no tienen ya confianza en ti...

—¡Vive Dios!—exclamó el César poniéndose encarnado—, eso no puede ser... Que murmuren porque no han recibido la paga, lo comprendo... Que se agiten porque el ocio largo de este invier-

no los aburre, también me lo explico... Pero desconfiar de mí, ¡eso es imposible, Berenguer!...

—¿Imposible? Pues has de saber que hoy mismo han regresado de Bizancio tres oficiales: Rodrigo Pérez de Santa Cruz, Arnoldo de Moncortés y Ferrer de Torueilas... ¿Sabías tú que habían salido de aquí?

—No...

—¿Sabías que la hueste los había nombrado embajadores secretos para que fueran a pedir al emperador que se les pague lo que se les debe, sin que el dinero pase por tus manos?...

—No...

—Bueno, pues ahora...

—Ahora—interrumpió el César—yo me encargo de todo... La hueste verá, una vez más, que mis riquezas son para ella... Tú, Ramón, haz publicar que pasado mañana la compañía recibirá la paga de seis meses para prepararse a la ocupación de la Anatolia y a la conquista de las ciudades que poseen los turcos... Mañana es día de fiesta... ¡Hasta mañana, en la iglesia de Santa María de los ojos verdes!... La reina os ruega que vengáis a comulgar con nosotros... Los frailes nos van a ofrecer una señera con la imagen santa...

—¡Hasta mañana!—contestaron los tres capitanes.

* * *

Cuando, al día siguiente, el César y la princesa María salieron de la iglesia, después de la misa, encontraron las calles llenas de soldados que los saludaban con entusiasmo, gritando:

—¡Vivan los señores reyes!

El megaduque Berenguer de Entenza, que iba a la izquierda de Roger, deciale en voz baja:

—Ya lo ves...; ahora ya no eres ni traidor, ni ladrón... Ahora eres el señor rey admirable... Mañana, cuando te presentes con tus sacos de oro, serás un santo, un dios... Si la promesa pregonada basta a poner tan alta tu fama y tu gloria, figúrate lo que sucederá luego... Pero, eso sí, hay que darles moneda buena, pues la del último pago no les bastó ni para el vino.

* * *

La princesa oía, absorta, la historia milagrosa que le contaba un viejo fraile de barbas hirsutas y de ojos infantiles. De vez en cuando, no pudiendo contener su ávida curiosidad, interrumpía el tardo relato para pedir detalles exactos. El esplendor milagroso de las piedras preciosas de que le hablaba el religioso, llenaba su alma de asombro.

—¿Estáis seguro de que las esmeraldas son siempre las mismas?—preguntó de pronto, con los labios crispados.

—Las mismas—dijo el fraile.

—Pero, ¿cómo os explicáis que ninguno de los príncipes que han conquistado esta plaza y que la han saqueado, pensara en llevarse a Constantinopla un tesoro tan inmenso?

—¡Ave María purísima!... Ni los mismos turcomanos serían capaces de tal sacrilegio. Durante los treinta años en que los señores venecianos poseyeron la ciudadela, en tiempos de nuestro muy venerable higúmeno Hilario de Cesárea, un duque vino varias veces en una galera dorada para buscar reliquias y llevárselas a la gran iglesia que se estaba entonces elevando en Venecia. Todas las puertas de nuestros monasterios y de nuestros santuarios le fueron abiertas, y en unos apoderóse de joyeles dentro de los cuales había rizos de mártires, y en otros sacó de las arcas las túnicas de los santos. Pero cuando estuvo en presencia de Nuestra Señora, no pudo sino postrarse de hinojos para adorarla, de tal modo el brillo de sus pupilas lo llenó de asombro. «Esta imagen—dijo—vale más que todos los tesoros de nuestra serenísima república.» Luego escribió en un pergamino la relación que de los milagros de la Virgen le hizo uno de nuestros hermanos, y se marchó para no volver nunca a Galípoli. Más tarde, en 1234, cuando el emperador de Nicea, con sus legiones griegas, reconquistó la plaza, ninguno de sus capitanes atrevióse a saquear nuestra iglesia. El recuerdo de la aventura de un persa que, en tiempo del basileo León, trató de aprovechar el furor iconoclasta de

la época para apoderarse de la santa imagen, detuvo entonces el apetito de los guerreros aquellos, que era, sin embargo, inmoderado.

—La aventura del persa—murmuró la princesa—, la aventura del persa... ¿Por qué no me la habéis contado?

—Como todo el mundo la conoce, creí que vuestra alteza... Pero ya que me hacéis la merced de oirme, os diré lo que he leído en la historia de nuestro convento, y que es a saber: que un día se levantaron en Galípoli, siguiendo el ejemplo de los energúmenos de Bizancio, hasta cien partidos de herejes dispuestos a romper todos los iconos cuya adoración les parecía pecaminosa. Uno de aquellos partidos estaba encabezado por un persa que destruyó las mejores imágenes de nuestro monasterio. Los esmaltes y las filigranas crujían entre sus manos sacrílegas. Su sable decapitaba las bellas estatuas. Mas sucedió que en el momento en que se disponía a romper en mil pedazos la Virgen de los ojos verdes, un milagro se operó. Sus propios ojos se convirtieron en dos globos de cristal. Y ciego, sin saber en dónde se hallaba, blasfemando y jurando, murió con la espuma en los labios y la maldición en la frente.

—¡Ave María!—murmuró la princesa, entre irónica y emocionada.

Luego, como hablando consigo misma:

—¡Leyendas de frailes!—dijo.

* * *

Eran realmente admirables las dos gemas verdes incrustadas en las órbitas del icono. Grandes como dos almendras, brillaban con luces misteriosas en el rostro esmaltado. El pueblo les atribuía virtudes infinitas, y hasta les prestaba una verdadera vida, asegurando que ciertos años, el día del santo entierro, manaban de ellas lágrimas que tenían el color glauco de las aguas del golfo. De todos los puntos del imperio, los peregrinos acudían a Galípoli en Semana Santa para presenciar tan gran milagro. El emperador mismo había ido en dos ocasiones distintas a arrodillarse ante la santa Theotocos y a pedirla favores especiales.

—No hay merced que no conceda—decía la gente.

Y los graves monjes, cuya única misión consistía en rendirle un perpetuo culto, trataban de demostrar, por medio de sutiles argumentos, que ni la mismísima Inmaculada de Blanquernes tenía tanta influencia en el ánimo de Dios Padre, dispensador de todos los favores celestes, como la madona de los ojos verdes.

—Nuestra Señora la blanquernitana—decían—no era en su principio sino una imagen cual otras muchas; y si ahora es milagrosa entre las milagrosas, esto consiste en que a sus pies se halla el arca que encierra el traje de María, encontrado hace diez siglos en la tienda de una judía piadosa de Jerusalén, y depositado en la iglesia imperial por el basileo León. Así, pues, su poder no está

en ella, sino en su santuario. En cambio, el poder de la nuestra reside en su propia esencia y se revela por medio de sus Divinas Lágrimas.

A esto los devotos de la imagen de la capital contestaban:

—No hay duda de que la santísima Theotocos de Galípoli es una de las preferidas de nuestro Señor Jesús, que está en los cielos a la diestra de Dios Padre. Pero su poder no es superior, ni siquiera igual, al de nuestra Madre de la Panagia blanquernitisa. La esencia divina de esta última, en efecto, es perpetua, mientras la esencia divina de la otra no dura sino la semana de sus lágrimas. El constante contacto con la túnica indestructible de María, aumenta, por otra parte, la omnipotencia de la de Blanquernes.

Roger, que había reunido en su palacio a todos los grandes señores de Galípoli, oía distraído la discusión que sostenían sobre este punto de teología dos de los confesores de su esposa. Era el primero un anciano presbítero, que había vivido siempre en el palacio imperial de Bizancio al servicio de la familia de Andrónico, y que, por tanto, creía de un modo exclusivo en la Theotocos de Blanquernes. El otro, al contrario, era provinciano, de una provincia remota, y prefería dar crédito al milagro visible de las santas lágrimas que a la influencia de una túnica cuya autenticidad no le parecía probada de un modo absoluto.

—Hay quienes tienen razones para dudar de

ella—dijo este último, refiriéndose a la túnica bizantina.

Al oir esto, la princesa hizo el santo signo de la cruz, y de entre los griegos presentes elevóse un murmullo de indignación contra aquel sacerdote que osaba poner en duda la santidad del *maforion* traído para el santo *basileus* León por los patricios Galvino y Cándido, allá en la época en que todo era puro en el Imperio.

—La prueba de la autenticidad de la túnica—exclamó al fin una de las damas de la corte—está en su propio poder. Así, cuando Román Lacapene tuvo que exponerse al peligro de ir a conferenciar con el zar Simeón, en medio del campamento de los búlgaros, de los eslavos y de los demás salvajes, bastóle con vestirse la santa túnica bajo su manto imperial para hacerse invulnerable.

—Verdad es... Pero aquel que tuviera las esmeraldas de la Virgen de Galípoli, no sólo sería invencible en la guerra, sino también en la paz. Y su ventura no tendría límites, porque todos sus deseos serían satisfechos en el acto. Yo he oído hablar de una mujer que un día acercó sus labios a esas piedras divinas y que luego envejeció y se arrugó, cuando fué vieja, pero conservando siempre la boca joven, fresca, roja, perfumada de voluptuosidad... Porque uno de los dones que el contacto de los divinos ojos conceden, es el de la eterna juventud... Así, quien los pudiera poseer y

ponerlos en todo su cuerpo, no envejecería nunca... Y es más: lo que tocan, según la tradición, lo embellecen... Su contacto es la fuente de todos los milagros...

Entre los que escuchaban con mayor atención estas palabras, hallábase un capitán valenciano, llamado Ferrán Mallol, que tenía por Roger un amor de perro. Así, cuando oyendo exclamar a la reina María: «¡quién poseyera esas esmeraldas!», el César vió brillar los ojos de su fiel ayudante, adivinó que algo extraordinario iba aquel hombre a tentar, y tuvo miedo. La idea de un saqueo, en efecto, lo espantaba en tal momento. Sintiéndose rey, experimentaba ya un respeto muy grande por el orden en sus estados. Y, además, pensar en apoderase de una santa imagen, como los cruzados se habían adueñado de los brazos de un apóstol de oro en Bizancio, parecíale peligroso por demás en aquel momento de fanatismo.

—Por una túnica de esas que probablemente han sido tejidas en algún taller judío, o por una de esas esmeraldas que quizá son falsas—pensaba—, esta gente es capaz de envenenar el agua de las fuentes.

Mas como en aquel mismo momento un grupo de armenios entró en la regia estancia llevando una magnífica alfombra de seda y oro, que los mercaderes de la ciudad ofrecían a la poderosa señora María, reina de Anatolia, nadie volvió a pensar en los iconos milagreros. Agrupándose al-

rededor del rico presente, cada uno dijo algo para elogiar la belleza del tejido o el esplendor de los galones áureos.

—¡Es un nacimiento!—exclamó la princesa, llena de júbilo infantil.

Y con la mano cargada de sortijas que parecían demasiado pesadas para la exquisita fragilidad de sus dedos, fué señalando las figuras del recién nacido, de la Virgen y de los Reyes Magos, que se destacaban bordados con hilos de oro en el fondo azul de la alfombra.

* * *

Reunidos en el vasto campo de la Santa Pureza, los hombres esperaban con impaciencia la hora señalada en el bando de Muntaner para el pago. Como en los días de fiesta, después de las batallas felices, cada uno se había puesto sus más ricas joyas. Pero lo que con mayor lujo brillaba, eran las armas, las lanzas de mil colores, cubiertas de incrustaciones de esmalte, de marfil o de nácar; las bellas espadas damasquinadas; los cascos de plata.

Berenguer de Entenza, que no había visto la hueste en armas desde los días remotos de las aventuras sicilianas, no podía reconocer a sus antiguos soldados de alpargatas, en los áureos caballeros que ahora tenía delante de sus ojos.

—Tales cual hoy los veo—decía—estos almogávares no harían ya reir, a causa de su miseria, a Carlos de Anjou. De lo viejo nada les queda.

—Nada más que su arrojo y su codicia—contestóle el senescal Rocafort.

—¡Ah! Y sus mujeres también—exclamó con sorna el megaduque.

En aquel instante, en efecto, las compañeras de los guerreros comenzaron a llegar en grupos gárrulos, parleros y gesticuladores. ¡Qué bien se veía que no eran griegas armoniosas como las de Bizancio, ni lánguidas asiáticas como las de Paflagonia, sino buenas comadres, gritonas, disputadoras, desordenadas, iguales a las que quedaban allá en la patria lejana! Vestidas, cual sus amantes, con los despojos de todos los campamentos saqueados y de todas las ciudades pilladas, usaban trajes y adornos de una fantástica heterogeneidad. Algunas se habían puesto los turbantes de los otomanos muertos en el sitio de Filadelfia o en la batalla de Aprós; otras ostentaban verdaderas coronas de perlas; una morena espléndida, de grandes ojos ardientes y de labios sensuales, llevaba, con diabólica inocencia, el nimbo de oro de un santo. Pero lo más extraordinario no eran los tocados, sino las faldas, las increíbles faldas multicoloras hechas de tapices turcos, de mantos bizantinos, de estandartes asiáticos. Sin saber que las leyes de Valentiniano prohibían los trajes bordados, y que las leyes de Graciano prohibían

las telas de oro, y que las leyes de Teodosio prohibían los tejidos de seda, todas ellas envolvían sus caderas robustas en los más ricos y en los más vistosos lienzos. Hasta la púrpura, que una pragmática en vigor reservaba a los emperadores, arrastrábanla con soberbia inconsciencia.

—¿Veis aquellas enaguas verdes?—preguntó Jimeno de Albero a sus amigos, señalando un fadellín ceñido, que dejaba adivinar las nerviosas redondeces de una chiquilla apenas púber.

—¡Tentadoras me parecen!—exclamó Ferrán Gorri, riendo a carcajadas.

—Pues, chico, como quien no dice nada, están hechas de un estandarte del Profeta. Por el otro lado tienen unos relieves de oro que alaban al Señor Alá, y cuando la niña se sienta, se le graban esas palabras en las nalgas... Así, por la noche...

Un inmenso clamor interrumpió el discurso irreverente de Albero.

—¡La paga!—gritaban todos los hombres de la hueste, viendo llegar a unos veinte esclavos negros portadores de grandes sacos sonoros.

—¡Viva la paga!

Y, cuando, tras los esclavos, apareció Roger, la multitud, entusiasmada, tributóle un homenaje ruidoso, alabando a grandes voces su heroísmo, su generosidad y su lujo. Las mujeres, sobre todo, lo vitoreaban con ardor, llamándolo magnífico. Y magnífico era, realmente, con su túnica azul de César del Imperio y su banda de oro recamada de pe-

drerías, aquel hombre de horrible rostro y de cabellos rojos como las llamas.

Un pregonero hizo saber que Su Majestad estaba dispuesta a entregar en seguida todos los atrasos, y, además, un adelanto de dos meses; pero con la condición de que cada soldado pagara, a su vez, lo que debía a los habitantes de la ciudad por alojamiento y víveres.

«Cada capitán—decía el pregón—es responsable de las deudas de sus hombres.»

—¡Bravo!—gritaron los soldados.

Pero, al mismo tiempo, los oficiales protestaron, negándose con energía a declararse solidarios personalmente de lo que debían las compañías.

—Preferimos no aceptar el dinero—decían.

Fué necesario que el senescal y el megaduque intervinieran para modificar el bando y hacer pregonar que los capitanes no tenían responsabilidad sino por sus propias deudas, y que cada soldado respondería de un modo individual de su conducta, en caso de no obedecer a lo que el César ordenaba con relación a las deudas.

Entonces comenzó la paga. De pie, bajo el pórtico de la Santa Pureza, Roger, ayudado por Ramón Muntaner y Ferrán Mallo, iban dando a cada soldado de a caballo ocho onzas de oro por los dos meses vencidos y otras ocho por los dos meses adelantados, y a cada peón dos onzas por los dos meses de atraso y dos como anticipo. En cuanto a los ricos hombres y oficiales, lo mismo que los clérigos,

siendo sus pagas muy variadas, tenían orden de presentarse más tarde en el palacio del César para cobrar sus haberes.

A medida que los soldados, después de percibir los lucientes escudos, confundíanse con los grupos de mujeres, las voces subían de tono y las disputas estallaban.

—¡Primero es pagar lo que se debe!—decían los hombres, tratando de meterse el dinero en las faltriqueras.

Mas sus queridas, alargando las manos con gestos de presa, trataban de arrebatarles las monedas.

De pronto una multitud de griegos, en medio de los cules iba un monje de luenga barba blanca, haciendo ademanes trágicos, apareció en el campo y se dirigió hacia el lugar en donde Roger hallábase.

—¡Todos seréis pagados!—díjoles Muntaner, tomándolos por acreedores de la tropa.

—No venimos a cobrar nada—contestó el monje arrodillándose—. Venimos a buscar los ojos de la Virgen... Los ojos de esmeraldas, que han sido arrancados de la faz divina.

—¡Los ojos de la Virgen!—exclamó la gente.

El César, sin pronunciar una palabra, volvióse hacia el valenciano Mallol y lo vió palidecer.

Luego, dirigiéndose a la multitud:

—Si os han robado, buscad entre los ladrones y no entre los soldados.

—¡Ladrones!... ¡Ladrones!... ¡Sois vosotros los ladrones!—exclamó el fraile, arrancándose las barbas y golpeándose la frente contra el suelo.

—¡Fuera de aquí!—ordenó Muntaner.

—¡Fuera!—repitieron los soldados que aún no habían cobrado.

—¡Fuera, fuera!—clamó el senescal.

* * *

La noticia iba corriendo de boca en boca, entre exclamaciones indignadas y comentarios devotos. Pueblo de teólogos, acostumbrado a discutir sobre las sutiles virtudes de los iconos, y acostumbrado, sobre todo, a temblar ante los presagios divinos que la superstición convertía en dogmas, el imperio entero daba una importancia capital al robo de las dos magníficas esmeraldas de la Virgen de Galípoli. En Bizancio, donde el crimen fué conocido tres días después de cometerse, el patriarca, lleno de ira, publicó un *anatema,* asegurando que todo el Oriente sufriría las consecuencias de aquel acto, y que los más grandes hombres de la Romanía veríanse cegados por manos crueles, ni más ni menos que Santa María de los ojos verdes. Y para corroborar esta predicción oficial, el ex patriarca Arsenio había exclamado al recibir, en su retiro, la noticia:

—«Otros ojos pagarán los de la divina Panagia.»

Cuando la frase del santo desterrado llegó hasta el fondo del palacio de Blanquernes, el viejo Andrónico sintióse sobrecogido de espanto. Confusamente comprendió que el verdadero responsable del nuevo insulto a María, Madre de Dios, era él ¡Triste destino el suyo! El, en efecto; él, que se sentía un alma de monje; él, que pasaba horas enteras, cada noche, orando ante los divinos iconos; él, que, como Migueel IV, hubiera hecho dormir en su tálamo imperial a un fraile mendigo y se habría acostado en el suelo, a sus pies, con una piedra en vez de almohada; él, todo piadoso, todo devoto, veía que, durante su reinado, la religión resultaba más escarnecida que en tiempo de los *basileus* iconoclastas. El culpable de los peores escarnios era él... El había dado a los mercaderes venecianos privilegios de que los mismos griegos no gozaban, y los mercaderes venecianos habían pagado sus mercedes azotando con ferocidad diabólica a los santos religiosos de los conventos de Prinkipo. El había colmado de riquezas y de honores a los mercenarios españoles, y ahora los mercenarios españoles, como recompensa, acarreaban sobre su cabeza cana las tempestades del cielo. «¡Santa Panagia—murmuraba, temblando—, Santa Panagia, madre de Cristo; Santa Theotocos, madre del Theos; Santa Pureza, madre del Pleromo, ten piedad de mí!» Repitiéndose mentalmente la amenaza del virtuoso Arsenio, sentía en sus po-

bres ojos, enrojecidos por las vigilias medrosas, el horror de los puñales cegadores. ¡Había en la historia de su trono tantos fantasmas mutilados! Allá, muy lejos, en la edad épica de las luchas religiosas, León el Armenio aparecía, ensangrentado, defendiéndose contra sus asesinos con un crucifijo de bronce y agonizando al pie del altar profanado de una iglesia. El César estremecíase al evocar aquella tragedia. Luego otros muchos *basileus*, castigados por el Cielo, pasaban ante su vida, haciendo grandes gestos de dolor. Y era Nicéforo Logoteta, cuyo cráneo fué ofrecido por el verdugo al rey Krum para servir de copa en las orgías de los bárbaros; y era Mauricio Tiberio, destronado por el grosero Focas, después de asistir al suplicio de sus cinco hijos; y era Miguel Rhangabé, a quien su propio cuñado le hizo sacar los ojos; y eran, en un grupo lamentable, Estéfano, Cristóbal y Constantino, asesinados por no haber creído en una predicción del monje Sergios; y era Román Diógenes, a quien un médico judío le quemó las pupilas por orden del emperador Miguel; y era Verdane, que, después de ser proclamado emperador por las tropas de Asiria, cayó en poder de unos cuantos guerreros, que le sacaron los ojos; y era Constantino VI, a quien por orden de su propia madre le sacó los ojos el verdugo; y era Miguel V, *el Calafata*, a quien los soldados de Zoe, *la Porofirogéneta*, le sacaron los ojos en medio de una multitud que celebró aquel horrible supli-

cio como una fiesta; y era Isaac, *el Angel*, con los ojos quemados; y era, en fin, no ya perdiéndose en la bruma de los siglos, sino presente y palpitante, el pobre Juan Lascaris, heredero legítimo del trono, que yacía enterrado vivo en un calabozo de la ciudadela de Dacybiza... Este último fantasma atormentábalo más a menudo que los otros, presentándose en sus sueños con las órbitas vacías para gritarle: «¡Usurpador! ¡Usurpador!» El, sin embargo, el viejo Andrónico, no había usurpado nada... El había recibido de su padre el cetro... El no era quien había dado la orden de sacarle los ojos a Lascaris... El se contentaba con dejarlo en la prisión en que lo encontrara al sentarse en el trono... El no tenía culpa ninguna... El trataba de no ofender nunca al Cielo, de no enfadar al Theos omnipotente, de no provocar las divinas cóleras de Cristo, de no mancillar el santo nombre del Pleromo... El había roto todas las relaciones con la Iglesia latina, establecidas por el emperador Miguel... El se había negado a concluir un pacto, ventajoso para el imperio, sólo por no dar al sudán de Egipto, rey idólatra, el nombre de «hermano» exigido por las pragmáticas... El había purificado el santuario de la Santa Sabiduría, expulsando al clero que aceptaba la unidad con Roma y la autoridad del Papa... El había hecho encarcelar a los obispos partidarios de la reconciliación apostólica del Oriente y del Occidente... Y aquello no era todo... Algo más había he-

cho, algo más doloroso para su alma tímida, algo más triste para su gran orgullo... Cuando pensaba en esto último, no se podía contener y sollozaba, inclinándose ante una imagen de la Inmaculada. «¡Por ti, madre de Dios; por ti, Panacratos Todomisericordiosa; por ti, y por tu fe, y por tu amor, he negado al cadáver de mi propio padre la sepultura sagrada!...» En efecto, temeroso de pecar contra la Iglesia ortodoxa, había impedido que el cuerpo del *basileus* iniciador de la paz de las dos grandes familias cristianas, fuese enterrado cristianamente. Y todo esto, sin embargo, no le servía para nada, ni lo salvaba del enfado divino, ni le daba las dulces esperanzas de paz eterna que su fe anhelaba... No... Para él no podía ya existir ninguna promesa de futura vida paradisíaca, puesto que él era el responsable del robo de las esmeraldas celestiales. ¡Cegar a la Virgen!... Al sólo repetir tales palabras, sus labios temblaban... En Bizancio, a través de las luchas constantes, no había día en que el verdugo no le sacara los ojos con un punzón a algún antiguo funcionario de la Corte, o a algún doméstico del Ejército. ¡Pero a la Virgen, a la Todo Santidad, a la Todo Misericordia, a la Todo Poder!... Sin duda ninguna, Cristo, ofendido, haría caer sobre la cabeza del *basileus* el peso de su cólera, si no se encontraba un medio cualquiera de calmar su justa sed de venganza... Y Andrónico, acompañado por su con-

fesor, el presbítero Humbertópulo, buscaba febrilmente este medio.

—¿Una iglesia con un altar de esmeraldas, consagrada a la expiación?...—preguntaba.

—No, eso no basta—contestábale el confesor.

—Entonces una novena, en la cual tomará parte toda la corte, todo el Ejército, todo el pueblo... O más bien una penitencia de todos los monjes del imperio... O si no, una gran procesión en que se pida a gritos perdón a la Santa Panagia... O un Concilio de obispos para tratar de establecer un nuevo culto especialmente consagrado a la Inmaculada...

—No, no, no; nada de eso—repetía el confesor...—Lo único que puede calmar la santa ira, es el castigo de los culpables, la muerte de esos miserables extranjeros que insultan a la grandeza de Bizancio...

¡Bien hubiera querido el *basileus* poder castigar a los españoles! Aun antes de que cometieran el terrible sacrilegio, más de una vez pensó en hacerlos asesinar a todos. desde Roger hasta el último peón... Sólo que de día en día la empresa resultaba más quimérica, pues lejos de debilitarse, los mercenarios occidentales parecían adquirir mayores fuerzas después de cada combate. Vengar a la Panagia y vengarse de paso él mismo, ¡qué hermoso ensueño!... ¡Qué vano ensueño!

—Todo el mundo los odia—solía decir el *présbiter*.

—Yo los odio más que nadie—contestaba el Emperador.

Los odiaba, en efecto, a causa de las humillaciones que le habían impuesto. Los odiaba tanto como los temía. Por odio habíalos alejado de la capital, y por temor había consentido en dar al César Roger el reino entero de la Anatolia. Mas ahora, al temor y al odio se agregaba un nuevo sentimiento de supersticiosa inquietud, que le hacía murmurar:

—Si me han salvado de la amenaza turca, en cambio me han acarreado la enemistad del cielo.

El resentimiento, por otra prte, no era sólo de la Corte y del Clero. Todos los griegos detestaban a aquellos caballeros orgullosos y groseros que habían venido de la remota Iberia más miserables que los genoveses, y que ahora poseían riquezas inmensas. Así, el día en que se leyó en Santa Sofía la bula del patriarca excomulgando a la hueste impía, el pueblo entero sintióse lleno de regocijo.

—¿Crees que esto bastará para calmar al Cielo?—preguntó entonces Andrónico a su capellán.

—No—repuso éste.

* * *

En Galípoli, donde naturalmente la indignación era mayor, los almogávares inspiraban tal miedo

a los griegos, que sólo el higúmeno del convento de Nuestra Señora de los ojos verdes se atrevió a leer la bula de excomunión, y eso en una ceremonia íntima.

—A mí no me importa el patriarca—había dicho Roger—: pero me importa el respeto de mis vasallos. Toda iglesia donde se lea esa ridícula insolencia, será quemada.

Y como la gente sabía que los españoles no bromeaban, prefirieron callar.

Además, los galipolitanos no tenían las mismas razones que los bizantinos de otros sitios para odiar a la compañía. Las deudas de cada soldado eran pagadas con regularidad. El capitán Muntaner mantenía el orden. Los pobres, los mendigos, los que, huyendo de los turcos, se refugiaban en la costa bien guardada, recibían de esos duros extranjeros más socorros que de sus suaves compatriotas. Con gusto, pues, hubiera seguido viéndolos la ciudad, a no ser el terrible sacrilegio.

Las procesiones sucedían a las procesiones, y tras una novena venía otra novena. Todo el mundo hacía oraciones, implorando la clemencia de Dios.

En los conventos, a todas horas, los monjes discutían sobre la manera de obtener para el imperio el perdón del Cielo. En el lugar profanado reinaba una consternación sincera y muda.

Un día el superior del convento de Nuestra Señora de los ojos verdes recibió una carta del cé-

lebre Arsenio, en la cual el ex patriarca decíale que el deber de sus monjes consistía en buscar en la penitencia la expiación del gran crimen. En la tarde de ese mismo día, después de las preces, en la iglesia en que la imagen ciega continuaba reinando en su altar, el higúmeno púsose de pie, y, dirigiéndose a los frailes arrodillados, habló de esta manera:

—Hermanos: El crimen que se ha cometido en nuestro templo trastorna por completo nuestra vida... Ya la paz de nuestra casa no puede existir... No tenemos derecho, nosotros los guardianes de la santa Virgen, a seguir contemplando la faz de Nuestro Señor Jesús, mientras Su Madre no ve sino sombras... De hoy más sólo la penitencia puede salvarnos de la justa cólera del Cielo... Pero no hablo, naturalmente, de las suaves penitencias a que estamos acostumbrados... Es preciso que nuestra vida entera sea una penitencia... Vosotros mismos debéis escoger el perpetuo rigor al cual tenemos que someternos para que todas las penas caigan sobre nuestras cabezas y el imperio no sufra por nuestra culpa.

—¡Es cierto—murmuraron los monjes.

—¡Hablad—continuó el superior—, hablad conforme el Espíritu Santo ilumine vuestras inteligencias, y decid lo que, según vosotros, nos corresponde como castigo!

—¡Maldición de maldiciones!—gritó un fraile de rostro casi negro.

Y otro fraile de aspecto suave, de ojos seráficos, gimió:

—¡Que Dios nos quite la vista!

—Dejadme explicaros lo que, a mi entender, sería grato a Jesús—dijo uno de los más doctos teólogos del convento—. Y, en primer lugar, notad que si existe, como es innegable, un gran delito, no somos nosotros quienes lo hemos cometido, sino esos aventureros españoles que, para castigo de los pecados de todo el Oriente, han venido a apoderarse de nuestra ciudad... Porque no hay duda de que el horrible sacrilegio ha sido cometido por esos lobos hambrientos que desconocen la faz del Señor... Así, pues, la maldición es para ellos por los siglos de los siglos... Mas, como guardianes, nosotros también tenemos nuestra culpa, nuestra gran culpa, y debemos expiarla cual buenos servidores del divino Salvador ofendido y de su Santa Madre escarnecida... A mi modo de ver, toda la comunidad debe ir a pie hasta Tierra Santa...

—Esto no es un castigo, sino un placer—exclamó un monje joven, mientras el religioso del rostro grave repetía:

—¡Que Dios nos quite la vista!

—¡Callad, hermanos; dejad hablar!—dijo el superior.

—Era todo—terminó el teólogo—, y puesto que mis hermanos creen que no es bastante ir a pie hasta el Santo Sepulcro, me inclino humildemen-

te. Otro habrá que encuentre la penitencia merecida.

—¿Habéis oído hablar de los cenobitas de Mesopotamia que se llamaron pastores?—preguntó un fraile obeso—. Pues lo que ellos hicieron podemos hacerlo nosotros. Ellos no tenían convento, ni iglesia, ni lechos... Nosotros no merecemos tener iglesia, puesto que no sabemos guardarla, ni convento, puesto que somos indignos de contemplar el Divino Rostro, ni lecho, puesto que no debemos descansar hasta que Dios nos perdone... Ellos vivían errantes por las montañas, y no reposaban sino en el duro suelo, y no se alimentaban sino de raíces, y no oraban sino arrodillados en los abrojos... Así debiéramos nosotros, indignos, hacer... Ellos eran santos, puesto que, según Efrén, cuando los sátiros los encontraban, en vez de atacarlos inclinábanse y luego huían... ¡Oh! ¡Si nosotros hubiéramos sido como ellos, los bandidos no habrían penetrado en esta iglesia!... Sólo que nosotros vivimos en la pereza y en la tentación, en el pecado y en el vicio, en la podredumbre y en la ignominia...

—¡Es cierto!... ¡Anatema!... ¡Anatema!... ¡Maldición sobre nosotros!...

Las voces se confundían, interrumpiendo al que hablaba.

—Silencio, hermanos—ordenó el superior.

Entonces el obeso fraile, exaltado, continuó:

—En la ignominia, sí; en la pereza, sí... Y nues-

tro único camino de salvación es abandonar esta casa, donde hemos vivido como zánganos, y esparcirnos por las cimas de las montañas lejanas para seguir las huellas de Zenón, de Heliodoro, de Addaleos, de Bateos, de todos los pastores de otros siglos, que iban con los pies ensangrentados, orando y sufriendo sin detenerse nunca, como ansiosos de huir del lugar donde habían conocido el mundo y sus impurezas... ¿No os parece?

—No, hermano; no, no—dijo con energía el teólogo que antes había hablado.

Y en el acto nuevos clamores llenaron la sala, reclamando penitencias terribles y rebelándose contra esas proposiciones de vida libre o de peregrinaciones suaves.

—Nuestro crimen es espantoso—gritó uno.

—Somos hijos de Judas y hemos vendido a la Madre de Jesús—clamó otro.

—¡Que Dios nos quite la vida, hermanos; que Dios nos castigue o nos dé fuerzas para castigarnos!—murmuró el monje de aspecto suave.

Al fin, dominando el tumulto, un hermoso fraile, casi adolescente, expresóse así:

—Aunque soy el más humilde, permitid que os dé mi opinión. De que debemos imponernos un castigo, no hay duda, y de que el castigo debe ser terrible, tampoco la hay. Pero, ¿hemos acaso de castigarnos en lo que no hemos pecado? Nuestra falta consiste en habernos dormido cuando era preciso velar, ¿no es cierto? Pues, castiguémonos en

nuestro sueño. La historia nos enseña que muchos de nuestros predecesores no dormían casi nada. El santo Pakomio no se acostaba nunca, contentándose, durante las raras horas que podía consagrar al descanso, con sentarse y reclinar su venerable cabeza contra el muro. El obispo de Carrhes, Abrán, tampoco se echó jamás en el suelo de su celda, pues le parecía bastante sentarse en un taburete y apoyar su frente en sus manos. San Eutimio pasaba las noches de pie y así dormía, atado con una cuerda para no caerse. Nosotros podemos imitar a estos santos maestros. Y si lo que ellos hicieron os parece poco, ya que aunque hubiéramos dormido de pie o sentados el terrible robo habría podido llevarse a cabo, entonces adoptemos una medida más enérgica y suprimamos por completo el sueño. Antes de nosotros, y sin culpa ninguna que expiar, lo hizo el solitario Doroteo de Tebas, que pasaba las noches enteras arrodillado al pie de la Virgen.

—En efecto—repuso un fraile de rostro lívido y de grandes ojos ardientes—; en efecto, no dormir hubiera sido nuestro deber, puesto que Cristo nos había confiado la guardia de su divina Madre. Sólo que ahora ya no es de vigilancia de lo que se trata, sino de penitencia. Habiendo cometido el crimen de perder la santa reliquia de nuestro convento, debemos considerarnos como criminales. ¡Carguemos nuestros cuerpos de cadenas y de grillos! Las crónicas nos hablan de los hierros que

llevaban en el cuello y en la cintura los santos ermitaños de Capadocia y de Tiro. El obispo Teodoreto, visitando al solitario Jacobo en el momento de su agonía, quiso tocarle el pecho, y vió que una cadena terrible le envolvía todo el busto. Otro solitario, Eusebio, discípulo de Marciano de Calcis, llevó, durante veintinueve años, una cadena que pesaba 120 libras; y no contento con ello, a la muerte de Agapito se puso los hierros de éste, que pesaban más de 50 libras. Pero lo que yo os propongo, ¡oh, hermanos!, no es que inútilmente nos carguemos de cadenas... ¡No!... Hay que dar a nuestra penitencia un carácter simbólico. Un cenobita nos ofrece un ejemplo y una indicación. Me refiero a Teodosio de Antioquía, que, considerándose como indigno de elevar sus miradas hacia el cielo, púsose una cadena en el cuello y otra en la cintura y las reunió por medio de una barra, que lo hacía mantenerse inclinado hacia el suelo. «De este modo—decía—dejaré de manchar las alturas con mis ojos.» ¿No creéis que nosotros debiéramos tratar asimismo de no levantar la frente hacia las divinas alturas, para evitar que nuestro Señor nos pregunte en dónde están los ojos de su madre?

—Es cierto—murmuraron varios religiosos.

Pero hubo uno, muy anciano, que, incorporándose con dificultad, exclamó:

—No os apresuréis a demostrar vuestra cobardía adoptando medidas de una suavidad indigna.

Los justos y los santos pueden contentarse con esas vigilias que no son sino placeres perpetuos, puesto que, gracias a ellas, logran más largo tiempo contemplar a nuestro Señor Jesucristo. Los solitarios sin culpas ni pecados tienen derecho a ponerse cadenas para sentir cuán menos pesado es el hierro que la tentacaón. Nosotros no debemos contentarnos con eso... Nosotros debemos, en primer lugar, alejarnos de aquí, como los asesinos se alejan del sitio donde han cometido sus crímenes... Aquí nuestras plantas insultan el suelo bendito... ¡Anatema sobre nuestras cabezas!...

—¡Anatema!—repitieron los religiosos en coro.

—¡Anatema, anatema!—clamó el anciano golpeándose el pecho con las manos temblorosas.

Luego, vibrante y gimiente, prosiguió:

—Yo os diría que adoptásemos una existencia tal, que nuestras fuerzas fueran incapaces de resistirla durante muchos meses; mas esto sería contrario a la voluntad de Dios, que nos manda vivir nuestra vida hasta el fin sin tratar de acortarla. Así, pues, lo único que digo es que busquemos en el pasado de los santos religiosos de Egipto y de Siria ejemplos de verdaderas penitencias y que las imitemos escrupulosamente. En el desierto, los buenos ermitaños que querían sentir una mortificación durable, hacían construir celdas estrechas y bajas, de modo que no podían permanecer en ellas ni de pie ni acostados, y tenían que estar perpetuamente arrodillados. Aque-

La gran penitencia era digna de aquellas grandes almas. Pero como todos ellos tenían un instante de debilidad, en vez de puertas pusieron un muro con una ventanilla, por la cual recibían los alimentos. El piadoso Salamanes vivió así durante más de cincuenta años, y cuando el obispo quiso conferirle las órdenes sacerdotales, tuvo que hacer demoler uno de los cuatro muros de su encierro. Otros solitarios vivían enterrados en estrechos sepulcros. Pedro de Gálata no salió nunca de su tumba. Acepcimas permaneció sesenta y cuatro años en la suya. ¿Por qué nosotros no hemos de imitar aquella conducta? Por nuestra culpa no sólo eso merecemos, sino todos los castigos, todos los martirios... ¡Anatema sobre nuestras cabezas!

—¡Anatema!—clamaron de nuevo los monjes.

—Dejad hablar a nuestro hermano Marcelo, que desea a su vez darnos su opinión—dijo un anciano.

En el acto todos callaron, porque entre ellos ninguno tenía tanta fama de virtud, de bondad, de candidez y de sabiduría como aquel que iba a tomar la palabra.

—Habla, hermano; tus ideas serán las más venerables—exclamó el superior.

Con dificultad, lentamente, púsose en pie el religioso de rostro manso, y con una dulzura seráfica habló así:

—¡Que Jesús nos perdone, hermanos!... Yo no quiero, como vosotros, castigarnos a nosotros mismos... El Señor Jesús no nos aconseja eso, por-

que sería un vano alarde de humildad. Lo que el Señor Jesús nos aconseja es que venguemos a su santa Madre y que purguemos esta tierra de los opresores sin fe que hoy la deshonran... Sí, hermanos; es preciso abandonar la mansedumbre, es preciso poner una espada en nuestra santa cruz, es preciso recordar los altos hechos de los abuelos nuestros que subieron al Cielo con las manos santamente manchadas de sangre... Yo no soy de esta tierra de paciencia inútil, ni oigo las voces de los cenobitas que se unieron para sufrir en silencio todos los martirios... En la soledad de la celda, desde el día fatal del sacrilegio, una voz ruda me dice, en mi lengua natal, que mi deber no está ya en la mansedumbre, sino en la cólera... ¿No se encendió en divino enfado el alma del Señor cuando el templo llenóse de mercaderes?... Pues hoy es todo el imperio el que está en poder de mercaderes que no se detienen ni ante los ojos de la Señora María Santísima. «Haz como yo», me dice esa voz; y yo reconozco al patriarca de mi Egipto natal, que fué, al mismo tiempo, un gran guerrero y un gran anacoreta, y que se llamó Schenudi. ¡Oh, sagrado nombre! ¡Inspíranos, Schenudi, en nuestra miseria; guíanos, Schenudi, en nuestro abandono; aliméntanos, Schenudi, en nuestro desmayo! Tú, que supiste, con tus brazos fuertes, desbaratar las tropas de los paganos; tú, que en Panópolis incendiaste los templos y viste, lleno de gozo, morir entre las llamas a millares y mi-

llares de idólatras; tú, que en Baniut, ayudado por tus monjes, venciste a los gentiles sin más armas que las piedras del camino; tú, que obligaste a huir, despavoridos, de Akim, a los adoradores de la impura Venus; tú, el fuerte; tú, el temerario; tú, el invencible, danos un poco de ira celestial, para que, ayudados por nuestros hermanos, podamos, sin demora, castigar a los que oprimen nuestra ciudad!...

Un murmullo inquieto acogió este discurso.

—¡Silencio!—dijo el superior.

Y dirigiéndose a Marcelo:

—Hermano—exclamó—, el demonio del orgullo te ha tentado... Nuestra regla es contraria a toda violencia... No hay uno solo de nuestros conventos que tenga una almena... Además, de lo que se trata no es de lanzarnos contra los opresores y de oponer el hierro al hierro, sino de calmar la cólera celeste. Los culpables somos nosotros, hermano, no los extranjeros.

—En ese caso—contestó Marcelo con la dulzura de siempre—voy a proponer lo que la voz de Dios me inspira en este momento... Oídme todos, pero antes decidme si estáis dispuestos a lo más cruel, a lo más terrible, para calmar la cólera sagrada...

—A todo estamos dispuestos—contestó el superior.

Y el coro de los monjes repitió:

—A todo...

—Entonces, la penitencia se halla en nuestras

manos... Oídme bien... Nosotros somos los devotos de la Theotocos..., nosotros somos sus guardianes..., nosotros no vivimos sino para servir su santo culto... Fuera de ella nada debe ocuparnos, nada debe preocuparnos... Pues bien, hermanos; ya que ella ha perdido la vista, perdámosla nosotros también... Depositemos a sus pies nuestros ojos inútiles... Lo que el verdugo ha hecho con nuestros emperadores cada vez que han sido indignos de reinar, hagámoslo nosotros con nosotros mismos... Arranquémonos los ojos, hermanos; arranquémonos los ojos inútiles...

Un silencio de muerte reinaba en el vasto coro cuando Marcelo hubo terminado de hablar.

Con voz temblorosa, el superior dijo, al fin, arrodillándose:

—Hermanos, oremos...

Y oraron. Pero de pronto, un grito turbó la quietud rumorosa.

—¡Ved!—dijo un monje—. ¡Ved!...

Con el índice crispado señalaba al más joven de los regiosos, al rubio y lindo adolescente, que acababa de erguirse ensangrentado.

—¡Ved!...

Y vieron todos que aquel niño se había sacado los ojos, y que en su rostro, como en el de la madona ciega, dos enormes agujeros negros se abrían cual dos cavernas.

—¡Vedme a mi también!—murmuró Marcelo, metiéndose entre las órbitas la punta de un pu-

ñal—. ¡Vedme y envidiadme, porque así, sin ojos, contemplaré mejor a nuestro Señor Jesús, que me sonríe, y a su Madre María, que me llama!

Entonces, como si un vértigo se hubiese apoderado súbitamente de la congregación entera, todos los frailes comenzaron a agitarse, temblorosos y enloquecidos.

—¡Imitemos a la madona!—decían unos.

Y otros:

—¡Malditos sean nuestros ojos!

Y otros:

—¡Marcelo, tú eres la palabra de Dios!

Y otros:

—¡Dadnos valor, santos mártires, vosotros que conocéis los dolores y que habéis saboreado las amarguras!

Y todos, con una energía de que nadie los hubiera creído capaces algunas horas antes, sacábanse los ojos de la manera más ruda y más cruel.

—Hermanos míos, hijos míos—gemía el superior—; un espíritu demoníaco se apodera de vosotros... Nuestro Padre Cristo no nos aconseja que completemos una mutilación con otras mutilaciones... Nuestra pobre carne no nos pertenece... Hijos, hermanos, detened vuestra loca rabia... Yo os lo ordeno en nombre de nuestra Santa Virgen María... Detened vuestras manos criminales...

Pero en la penumbra del coro, nadie parecía oirlo. Los religiosos habían llevado a cabo, en un

instante, la obra del supremo sacrificio, de la suprema mutilación, y buscaban, sin una queja, sin un gesto de arrepentimiento, el altar en donde la Virgen, ciega, erguíase entre flores y joyas, para ofrecerla las primeras miradas de sus órbitas vacías.

Y como los discos de madera agitados por los servidores del convento anunciaron el alba, los monjes recordaron que aquel día era el de la procesión de la Santa Virgen. En la calle, lo mismo que todos los años, la multitud amontonábase para contemplar el santo desfile. A las voces claras de los griegos, uníanse las rudas interjecciones de los españoles.

—Hermanos—dijo el higúmeno—, hermanos, hay que cumplir...

A tientas, los cuatro más ancianos religiosos se dirigieron hacia el altar y pusieron en sus andas la imagen santa. A tientas encamináronse luego todos hacia la puerta. Y entonces, el pueblo, sobrecogido, vió aparecer aquel cortejo trágico de frailes ciegos, que custodiaban a la Virgen ciega. Todo el mundo se arrodilló Los españoles mismos, silenciosos, se arrodillaron. Y en la vasta plaza sólo se oyeron los pasos inciertos y angustiosos de los sublimes fantasmas ensangrentados.

FIN

INDICE

Páginas

Introducción 11
Los Santos Solitarios..... 25
La Leyenda de San Pakomio..... 53
La vida de San Jerónimo..... 115
El alma inexorable de San Schenudi..... 147
La Vida maravillosa de San Josafat..... 201
Los evangelios apócrifos..... 225
El Evangelio de San Francisco..... 243
Nuestra Señora de los ojos verdes..... 263

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 064351734